

May Bonner



*Y que le gusten
los perros...*

¿NO ERA UNA
PELÍCULA?



May Bonner



*Y que le gusten
los perros...*

¿NO ERA UNA
PELÍCULA?



Y que le gusten los perros,
¿no era una película?

May Bonner



Y QUE LE GUSTEN LOS PERROS,

¿NO ERA UNA PELÍCULA?

May Bonner

La vida de Helena es una locura de trabajo y horarios imposibles, por eso está decidida a no enamorarse ni a complicarse con nada, pero si de repente aparecen un encantador perrito y un impresionante tenista, ¿qué puedes hacer?

ACERCA DE LA OBRA

Helena es una joven becaria con problemas económicos que recoge en la calle a un perro sin saber que se trata del reclamo de un programa de televisión. El relaciones públicas de un conocido tenista, enterado de lo ocurrido, pretenderá sacar partido de la situación para limpiar la imagen pública de su cliente. Las cosas empezarán a complicarse cuando la joven y el tenista se enamoren sin sospechar nada de las artimañas que se están urdiendo a sus espaldas.

ACERCA DE LA AUTORA

Nació en Melilla y vive en Barcelona. Estudió historia y periodismo. **May Bonner** es el pseudónimo como escritora de novela romántica de una enamorada de las letras, y con ese nombre ha publicado *El verano que cambió mi vida* y *Un destino inesperado*.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII

CAPÍTULO XXIX

CAPÍTULO XXX

CAPÍTULO XXXI

CAPÍTULO XXXII
CAPÍTULO XXXIII
CAPÍTULO XXXIV
CAPÍTULO XXXV
CAPÍTULO XXXVI
CAPÍTULO XXXVII
CAPÍTULO XXXVIII
CAPÍTULO XXXIX

Nota de la autora

Créditos

CAPÍTULO I

Siempre me gustaron los animales. Nunca he podido evitarlo y por eso me metí en ese inmenso lío del que todo el mundo estuvo hablando durante semanas. Quizás también vosotros os hayáis enterado, porque salió en toda la prensa. ¿Y él? ¿Qué decir de él? Que me partió el corazón y después... Pero será mejor que vayamos paso a paso y empecemos por el principio.

Debía ser un miércoles o un jueves por la tarde, no sé, pero recuerdo perfectamente que era final de mes, porque mi presupuesto para gastos mensuales ascendía en ese momento a la cantidad de tres euros y cincuenta céntimos. Debía cobrar lo que ganaba dando clases en un par de días como máximo, pero hasta entonces, eso era lo único que tenía. Nada extraordinario, lo mismo le sucede a montones de personas en todo el mundo todos los días —y es una terrible injusticia—, así que decidí que, en lugar de quejarme, me iría a aquella cafetería tan mona del centro y me tomaría uno de sus cafés especiales.

—Tengo tres con cincuenta, vamos a celebrarlo —me dije.

Y eso explica por qué estaba yo en ese lugar, en ese preciso momento. Estaba sentada en la terraza de la cafetería pensando en mis cosas —que no era otro asunto, ni más ni menos, que buscar otro trabajo para los fines de semana— cuando no pude evitar escuchar la conversación que se estaba manteniendo en una mesa cercana a la mía. No es que yo sea una cotilla, pero parecía que quisieran que todo el mundo las oyese. Se trataba de una pareja de amigas, vestidas como si vinieran de correr, que llevaban un perrito que no se atrevía a salir de debajo de la mesa. Era una preciosidad, pequeño, con mucho pelo y de un color marrón canela. El resto de clientes de la cafetería, que no eran muchos a aquella hora, por lo menos en la terraza, también empezaron a estar atentos a la conversación de aquellas dos mujeres que hablaban en un tono más alto de lo habitual.

—Estoy harta. No lo soporto más... —decía una—. De verdad que no sabes lo cansada que estoy ya de esto.

—No sé como lo aguantas. Qué asco —contestaba la otra—. Lo que no entiendo es por qué lo has cogido.

—Ha sido un regalo de mi suegra para los niños... A ella y a los chicos les encantan. Creo que lo ha hecho para fastidiarme.

No tardé en darme cuenta de que hablaban del perro y parecía que lo trataba a patadas. Literalmente. Eso me enfureció. No soporto que maltraten a los animales. Si no te gustan, no tengas y punto. Así que giré la silla para darles la espalda. Iba a saltar en cualquier momento y no quería meterme en líos. Al fin y al cabo, la única prueba que tenía eran unos comentarios que bien podían ser exagerados, porque la realidad era que no habían hecho nada delante de mí. Los demás clientes también empezaron a mirarlas con cara de pocos amigos, pero tampoco se decidían a hacer o decir nada. Otros se fueron, yo creo que para no seguir escuchando. Entonces a la amiga de la que debía ser la dueña se le ocurrió una idea.

—Oye, se me ocurre algo, ¿por qué no lo dejamos aquí y dices en casa que se ha escapado?

Lo tomé en serio y decidí tantear a una compañera del periódico (sí, el periódico, ya lo explicaré más tarde) a la que le encantaban también los animales. A mí no me dejaban tener mascotas en el apartamento que tenía alquilado. No es que tuviera mucha confianza con ella, pero no conocía a nadie más en la ciudad a quién yo supiera quien que le gustaran los animales. Y la situación requería actuar deprisa.

—Hola, Nora, soy Helena —le dije—. ¿Podrías hacerte cargo de un perrito si fuera necesario...?

No me dejó continuar. Su novio y su madre le habían dado un ultimátum en toda regla. Ni una mascota más —ya tenía tres propias y otras dos en acogida— y prefería no conocer la historia completa ya que no podía ayudar. La verdad es que yo estaba a punto de echarme a llorar. Ese perrito parecía tan bueno y se le veía tan indefenso... Aquellas brujas de cuento seguían hablando de dejarle allí, y yo estaba a punto de romper la taza de lo fuerte que la estaba apretando para contenerme. No sabía qué hacer ya para no saltar. Respirar hondo, contar hasta diez... En fin, estaba practicando todo lo que se me pasaba por la cabeza para mantener la calma. No dio resultado. Me levanté y caminé hacia ellas dispuesta a decirles cuatro frescas, cuando comprobé que no estaban. Se habían marchado y habían dejado al animal atado a la mesa. Ya os podéis imaginar lo que pasó después.

A unos cuantos kilómetros de distancia de la cafetería, también se estaban produciendo acontecimientos que iban a afectarme de forma directa, aunque entonces yo no tuviera ni idea. En unos conocidos estudios de televisión se estaba grabando un programa; la estrella invitada aquella tarde era Sergio Noel, el famoso tenista. Todos estaban pendientes de la gran pantalla por la que se estaba retransmitiendo en directo lo que ocurría en la calle.

—Ahora nuestros ganchos se alejarán y dejarán solo al animal para ver cómo reacciona la gente ante una cosa como... Parece que ya tenemos una reacción. Alguien se acerca a donde nuestros colaboradores han dejado a... Pero, ¿qué hace esa chica? —preguntó el presentador con cara de no entender nada, aunque enseguida recuperó la compostura, como profesional que era.

—¡Qué regresen las actrices a la cafetería inmediatamente! —gritó el realizador por el pinganillo cuando se dieron cuenta que *esa chica* estaba desatando al perro y parecía tener toda la intención de llevárselo.

Los de realización y las actrices que seguían los acontecimientos desde una furgoneta aparcada cerca de la cafetería, se lanzaron a la carrera, pero cuando llegaron...

—No está. Se lo ha llevado —confirmaron.

Sergio Noel se reía por lo bajo mirando la pantalla que mostraba en directo como una especie de loca justiciera, desataba el perro de la pata de la mesa y lo metía con cuidado en la bolsa que llevaba —suerte que era pequeño y que yo suelo usar bolsos grandes para el trabajo— y desaparecía de la vista. La cara del presentador era todo un poema.

—Pues esto sí que ha sido totalmente inesperado... —dijo al fin.

—Corten. Esto es un desastre —murmuró el realizador—. Pero, ¿cómo es posible que haya ocurrido algo así? Menos mal que esta vez estábamos retransmitiendo en directo solo para el estudio y no para todo el público.

—Bueno, este programa es para ver cómo reacciona la gente antes situaciones injustas, pues en este caso ya lo sabemos. ¿Y ahora quién le dice a Erika von Auersperg que su perro, valorado en

más de tres mil euros, ha sido «secuestrado»? —preguntó Ana, la ayudante de dirección con una media sonrisa.

Por mi parte, ajena al revuelo que había organizado sin querer, me disponía a intentar colar a mi pequeño nuevo amigo en el edificio sin que se dieran cuenta. La verdad, el perro era muy bueno, parecía estar muy bien adiestrado. Daba la sensación de que había comprendido la situación y solo asomaba un ápice la cabeza sin emitir ningún sonido. También me daba lametones en la parte del brazo que quedaba a su alcance cada vez que me movía. Iba a tener que ducharme en cuanto llegara.

El asunto iba bien de momento, no había nadie a la vista y pudimos subir al apartamento sin dificultad. Cuando cerré la puerta, respiré aliviada, saqué al animal de la bolsa y este se dedicó a inspeccionar todo el entorno, nuevo para él.

—Será algo provisional. No puedo tener mascotas aquí ni tengo dinero para mantener una —le dije como si pudiera entenderme, aunque reconozco que levantó la cabeza y me estuvo mirando un rato fijamente.

¿Por qué no lo llevé a un refugio de animales? Si os soy sincera, estaba tan enfadada que ni lo pensé. Además, dado que estuve mucho rato dando vueltas pensando cómo meterlo en casa, se había hecho de noche y, desde luego, lo que no podía hacer era dejarlo en la cafetería para que se lo llevara cualquier sádico. El caso es que estábamos allí los dos y tenía que ver cómo me iba a organizar a partir de entonces porque, a la mañana siguiente, tenía que estar en el periódico a las ocho en punto.

Lo pensaría más tarde, en ese momento había que plantearse la cena. Fui a la cocina para ver como estaban las cosas por allí y no habían cambiado desde la mañana. Nadie había entrado a hurtadillas a dejarme un chuletón o una tarta. Seguía teniendo el paquete de pan de molde y los sobres de jamón y queso con los que tendría que cenar esos días hasta que cobrarse. No tenía presupuesto para fruta o verduras.

—Tendremos que compartirlo —me dije.

Me preparé un sándwich de jamón y queso y busqué algo donde ponerle al perro comida y agua. Después de revolver armarios, encontré unos platos de plástico y puse en ellos un poco de jamón y queso cortados y agua. En cuanto oyó que los colocaba sobre el suelo, apareció como de la nada e hizo desaparecer la comida en un instante. Después se me ocurrió que debía sacarlo para evitar «accidentes» dentro de casa, y allí estaba yo, de nuevo, bajando la escalera como si de una tortuga ninja se tratara. En fin, que lo saqué a la calle, hizo lo que tenía que hacer, y volvimos a subir sin novedad.

Solo entonces me senté en el sofá a comerme el sándwich y a pensar en mi vida. El perro saltó también al sofá, se acurrucó a mi lado y se quedó frito. Yo, después de lo que había oído, no tuve corazón para echarlo.

—Serán solo un par de días —me dije. Me quedé allí pensando si sería capaz de aguantar aquella situación mucho tiempo más.

—¿Qué vamos a hacer ahora? No acabo de entenderlo, ¿cómo ha podido suceder? No. No comprendo cómo ha ocurrido. Si la furgoneta estaba muy cerca, ¿cómo es que no han llegado antes de que esa chiflada se llevara al dichoso perro? —repetía sin cesar el director del programa a

punto de arrancarse el poco pelo que le quedaba y mientras paseaba arriba y abajo por el amplio despacho.

Su ayudante, Ana, sentada en el sofá dónde solían acomodar a los invitados importantes, levantó la vista un instante de los papeles que estaba leyendo. No dijo nada, era inútil intentar razonar con su jefe cuando se ponía así. Lo conocía muy bien y lo único que funcionaba era esperar con paciencia a que se le pasara el disgusto. En ese momento alguien llamó a la puerta.

—¿Quién viene ahora? No estoy de humor...

—Tranquilo, yo me encargo —dijo con diligencia la ayudante que se había levantado de un salto y se dirigía ya hacia la puerta.

—Gracias. Si no fuera por ti... —añadió el hombre mirándola, ella asintió con su media sonrisa.

Cuando vio quién era, la joven se apartó un poco para dejarle pasar y miró a su jefe interrogándole con la mirada.

—Vengo a proponerles un asunto —dijo entrando con seguridad en el despacho. Con la seguridad de quien sabe será bien recibido.

—¿Un asunto? —preguntó el productor que necesitaba con urgencia una idea para salir de aquel embrollo.

—Con todo este lío que se ha formado, se me ha ocurrido una cosa que nos podría beneficiar mucho a las dos partes —añadió sentándose frente a su interlocutor, aunque nadie le había invitado a hacerlo.

—Adelante, te escucho —respondió el productor que se sentía dispuesto a aceptar cualquier proposición.

—Pues se trata de... Pero, quiero dejar claro que es cosa mía, es mejor si no le comentamos nada a Sergio de momento... Este muchacho es... En fin, que es mucho mejor que Sergio no se entere —concluyó Alfonso Bernal, el relaciones públicas del famoso tenista, que era quien había entrado en el despacho.

—Por nosotros no hay inconveniente.

—Bien, pues el asunto es el siguiente...

Esto lo sé porque más tarde a todo el mundo le dio por contarme cosas. ¿Quizás porque sabían que era, o intentaba ser, periodista y esperaban ver su nombre en la prensa alguna vez? No creo que fuera eso. En general esta gente suele preferir mantenerse al margen de ese tipo de cuestiones. Me parece que más bien fue por fastidiar a sus respectivos jefes. El caso es que supe muchas cosas de las que no fui testigo y por puedo contar la historia completa y no solo desde mi punto de vista.

CAPÍTULO II

Antes de continuar, será mejor que os explique con más detalle cómo era exactamente mi vida en aquellos momentos. Había llegado a la capital, a la gran ciudad (pongamos que hablo de Madrid, como dice la canción) unos cinco meses atrás. Me había decidido por fin a dar el paso. Desde que había acabado la universidad, había intentado encontrar trabajo en lo mío, en el periodismo, pero no había habido manera. Un par de meses en el periódico local, alguna colaboración puntualísima en la revista de la Unión Agrícola... En fin, nada destacable. Un pueblo a orillas del Mediterráneo es ideal para vivir, pero para trabajar es otra cosa. Si al menos hubiera sido una ciudad como Málaga o algo así... También estuve empleada como administrativa, dando clases y hasta de camarera esperando mi gran oportunidad, pero, al final, había acabado trabajando en la perfumería de la familia, desengañada de todo.

No obstante, a principios del verano pasado tuve noticias de un curso de periodismo que incluía nueve meses de beca en uno de los principales periódicos del país. Me dije, ahora o nunca, y me lancé. Sería mi último intento de llegar a ser periodista. Con lo que tenía ahorrado —la verdad es que no soy muy gastosa gastadora y he trabajado casi desde siempre, hasta los veranos cuando estudiaba— me llegaba para pagar el curso y la estancia en la ciudad. Y, ahora, ya nadie se extraña de que una becaria tenga más de veinticinco años, casi treinta, a decir verdad.

Una cosa que tenía muy clara cuando decidí venir a la ciudad era que no quería compartir piso. Había tenido alguna que otra experiencia muy desagradable en mi época de universidad y no estaba dispuesta a repetirlo. Solo de pensarlo me daban escalofríos, en ese aspecto quería tranquilidad.

Así que había encontrado ese apartamento en las afueras. Solo un dormitorio, un salón con la cocina incorporada y un baño; en cinco pasos lo habías recorrido entero, pero al menos tenía un balcón y eso me encantaba. Era un edificio agradable que, para mi sorpresa, hasta tenía portera, aunque era algo caro. No me importó. Con mis ahorros podría pagar los nueve meses de alquiler y los gastos de luz y agua; pero no podía usar ese dinero para nada más, si quería quedarme todo el tiempo que durase la beca. Para vivir contaba con lo que me pagaran como becaria y con conseguir algún trabajo por las tardes, ya que el curso solo era en horario de mañana.

Ese fue mi primer error de cálculo. Hasta hacía un par de años, los becarios del periódico recibían un pequeño sueldo, pero con la crisis solo daban cien euros para transporte, que volaban antes de fin de mes. Había encontrado un trabajo dando clases en una academia por las tardes, pero el sueldo era tan bajo que, hacia el día veinticinco del mes, tenía que empezar a racionar la comida, si quería comer algo todos los días.

Por si fuera poco, en el periódico tampoco iban las cosas tan bien como hubiera querido. Con la dichosa crisis se estaba produciendo un reajuste del personal y el redactor jefe, que parecía tener claro qué hacer con los becarios, fue sustituido por otro que no sabía muy bien dónde ponerme; me tenían pasando la cartelera de cine y transcribiendo la previsión del tiempo. Estaba totalmente

decepcionada, frustrada y deprimida. Mi única esperanza era que el incorporar en mi currículum el curso y la experiencia laboral en el periódico, me ayudase a encontrar trabajo en ese sector. Si no era así, tenía muy claro que regresaría al pueblo a vender perfumes con el resto de la familia. Por cierto, a ellos no quería preocuparles ni pedirles ayuda. Sabía que me apoyarían y me enviarían algo de efectivo, pero trabajaban todos muy duro para sacar adelante el negocio y no me parecía justo pedirles dinero por un sueño que, muy bien, podría quedarse en nada. Sentía que no podía hacer eso. Por el momento, estaba dispuesta a resistir con lo que tenía. Reflexionaba también lo injusto que resultaba que una persona tuviera dos trabajos y a duras penas llegara a fin de mes.

—Y suerte que no tengo familia a mi cargo, porque si no, no sé qué haría —pensé con alivio.

Era sobre esas cosas, entre otras muchas, sobre las que me hubiera gustado estar escribiendo en el periódico y no tan solo pasando la cartelera. Si al menos me hubieran dejado hacer la crítica de las películas sería algo más creativo... Pero no podía quejarme, al fin y al cabo, estaba en esa situación porque quería. En cualquier momento hubiera podido regresar al pueblo donde me esperaba un trabajo y una casa. No, los que no podían elegir y trataban de resistir porque no les quedaba otra, éstos eran los verdaderos héroes.

Mientras tanto, Alfonso —Alf para los amigos, puesto que había quien le encontraba parecido con el extraterrestre de aquella serie de los ochenta, y más tarde pude dar fe de que era verdad— había salido satisfecho de su reunión con el director del programa. Si sus planes salían bien, el nombre de Sergio Noel saldría limpio y reforzado ante la opinión pública, que era para lo que le habían contratado. Si había escándalo, sería uno muy positivo para él. Puede que no fuera muy ético, pero nunca había tenido muchos escrúpulos. De hecho, escrupulo era una palabra que no aparecía en su diccionario. Al fin y al cabo, uno no se hacía con una reputación como la suya siguiendo siempre las reglas. Era muy consciente de que despertaba admiración y miedo a partes iguales, y eso, lejos de molestarle, le complacía. No es que utilizara la violencia, no, no, ni mucho menos. No, lo suyo era mucho más sutil; no era necesario recurrir a la violencia en los tiempos que corren. Para destruir a alguien no hacía falta mancharse las manos, que era algo que le repugnaba. Bastaba con filtrar un rumor aquí, otro allí... Aunque él era más imaginativo. Sus campañas eran casi legendarias. Tan buenas, que no parecían campañas de imagen, parecían espontáneas, surgidas de la realidad. Se veía a sí mismo como a un auténtico artista y ahora su obra era Sergio Noel, bueno, su imagen.

Aquella misma noche Alfonso llamó a un detective amigo suyo, en el que confiaba plenamente desde hacía muchos años, pues había trabajado para él en innumerables ocasiones y le proporcionó los pocos datos de los que disponía.

—No es mucho —le había dicho éste.

—Lo sé, pero no dispongo de nada más por el momento.

—¿No hay posibilidades de que puedas conseguir algo más de información? —insistió el detective.

—No, me temo que no. Lo que quiero saber es si serás capaz de encontrar a la chica y, no solo eso, si serás capaz de hacerlo en un tiempo razonable —había insistido Alf.

—No me ofendas. Sabes que soy el mejor en lo mío, de sobra me conoces. Ya te diré algo —había respondido el otro algo molesto.

—No lo dudo, pero, sobre todo, no te olvides que sea pronto —había concluido Alf antes de colgar.

Sonrió satisfecho, siempre estaba bien presionar un poquito para que se tomaran interés en el trabajo. No es que dudara de la capacidad de su amigo; si alguien podía hacerlo, era él. Sintió que había cumplido con su deber por el momento y decidió que se había ganado un buen masaje. Sería lo primero que haría al día siguiente por la mañana.

CAPÍTULO III

Sergio Noel estaba sentado en la cafetería donde desayunaba algunas veces, mirando fijamente una taza de café que aún no había tocado. Le gustaba madrugar y solía levantarse cuando aún no había salido el sol para ir a correr. Ese día no dejaba de darle vueltas a los últimos acontecimientos en su vida. Suspiró.

«¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?», pensó.

Él solo quería jugar al tenis, nada más. Eso era lo que le apasionaba y para lo que había estado preparándose desde pequeño. Nunca imaginó que triunfar en su deporte iba a suponer también hacer anuncios, posar para las revistas y participar en absurdos programas de televisión. Aunque pensando en el lío de la chica y el perro no pudo evitar sonreír; es más, tuvo que reprimir una carcajada para que el resto de clientes de la cafetería no pensarán que estaba loco. Solo la había visto de refilón —la cámara apenas la había enfocado cuando se acercó al perro, y, además, todo sucedió tan deprisa que no había podido verla bien—, pero le había gustado su decisión.

—Alguien que es capaz de hacer una buena acción casi sin pensar... Hace falta más gente así —susurró.

El caso era que, aparte de esa anécdota, no le gustaba nada todo lo que le estaban obligando a hacer en estos últimos tiempos. Recordó una de las primeras conversaciones con ese relaciones públicas que le habían endosado.

—Es que no entiendo para qué necesito yo un relaciones públicas —había protestado sin éxito.

—Sé que no te gustan mucho mis métodos, pero soy el mejor, si me permites la inmodestia, y tus patrocinadores consideran que necesitas a alguien como yo para mejorar tu imagen pública... Recuerda el escándalo con tu antigua novia —le había dicho Alfonso Bernal.

Sergio había sacudido la cabeza y había respondido:

—Te repito que no fui yo. Fue el otro tío, ese por el que me dejó, el que le hizo todo aquello... Si hacía más de tres meses que ni siquiera la veía.

—¿Y crees que a la prensa sensacionalista le importa eso? Han visto un filón en poder usar tu nombre para atraer más público y vender más. Ya has visto que todos los titulares empiezan con un «La ex de Sergio Noel...». Convéncete, la imagen lo es todo.

—Pero... —había intentado protestar de nuevo, aunque era inútil. No, él no lo entendía, venía de un mundo en el que el esfuerzo lo era todo y no podía comprender que una imagen tuviera más valor, más peso, que el trabajo diario.

—No te molestes, no importa si eres o no responsable. La gente lo único que recordará será tu nombre mezclado con un desagradable escándalo. Por eso es tan importante asociarlo a cosas positivas en la mente del público. Y de ahí los programas de televisión para toda la familia, las visitas a colegios... —le había insistido Alfonso. Lo peor era que tenía razón y Sergio lo sabía.

—Las visitas a colegios no me importa hacerlas —había dicho él.

—Pues lo demás también es necesario. Tienes que comprenderlo. Los contratos publicitarios dependen de eso.

Los contratos publicitarios, ahí estaba la clave. Sin patrocinadores, no podría competir a nivel profesional, y sin buenos contratos publicitarios, no podría ayudar a su padre. Si hubiera sido solo por él, hubiera mandado a paseo al gabinete de prensa, al relaciones públicas y a todo lo demás, pero estaban su familia y amigos. Su padre le había dejado muy clara la situación; entre la crisis y unas inversiones fallidas que había realizado su hermano, la empresa estaba al borde de la bancarrota. Y eso significaba la ruina, la vergüenza y dejar en la calle a un buen número de trabajadores, la mayoría de los cuales eran casi de la familia después de tantos años juntos. No, no podía fallarles. Se necesitaba mucho dinero para reflotar el negocio, mucho más de lo que podría ganar compitiendo. Por eso eran fundamentales los contratos publicitarios. No tenía alternativa. Tendría que afrontar la situación, todo dependía de él.

—Alfonso Bernal es el mejor y no sabes lo que nos ha costado que acepte trabajar para ti. Su intervención es fundamental para los intereses de todo. Sabes que solo acepta un cliente cada vez, estará centrado en tu caso. Trata de llevarlo lo mejor posible —eso es lo que le habían dicho sus patrocinadores cuando fue a quejarse, dejando claro que no iban a dar su brazo a torcer. Tendría que aguantarle.

Sergio golpeó la mesa, apuró su café de un sorbo y salió de la cafetería.

Me desperté sobresaltada. Me había quedado dormida en la misma posición en la que me había sentado la noche anterior y, por lo que pude ver por la ventana, ya había amanecido. Noté que algo se movía junto a mí en el sofá y, por un momento, me asusté. Después, vi a una bolita peluda que dormía a mi lado y recordé todo el lío del día anterior.

—¿Qué voy a hacer contigo? —suspiré.

Pero no tuve tiempo de pensar nada más, porque miré el reloj y vi que iba a llegar tarde al periódico. Me levanté de un salto, me duché a toda velocidad y saqué al perro, que de nuevo pareció comprender la situación y acabó enseguida. Después salí de la casa, mordisqueando una madalena que me quedaba y rezando para que mi nuevo compañero de piso no destrozara los muebles mientras estaba fuera.

Llegué al trabajo sin aliento y me senté en mi mesa. Allí me esperaban, como siempre, los informes meteorológicos del día y la cartelera cinematográfica de la semana. Hundí la cabeza entre los hombros y comencé a teclear con desgana. Nunca imaginé que iba a desear con tanta fuerza que se acabara ese trabajo, después de lo que había anhelado conseguir esa beca. En fin, era preferible no pensar más y acabar cuanto antes.

Aquella tarde, entré en el portal de mal humor. Después del periódico, fui a la academia a dar clase como cada día. Al acabar mi jornada me pasé esperanzada por el despacho de administración, pero allí me informaron —eso sí, con una sonrisa— de que no me habían pagado, aunque me aseguraron que al día siguiente, sin falta, tendría el dinero en mi cuenta.

—Esperan que viva del aire —farfullé mientras abría la puerta del piso.

Al entrar, volví a sobresaltarme al ver que una alegre bolita de pelo se acercaba a mí moviendo la cola a toda velocidad; había vuelto a olvidarme por completo de él. No habíamos pasado ni un día juntos y el animal estaba encantado de verme, cómo si hubiéramos compartido casa toda la vida. Cuando me veía eran tres kilitos de pura felicidad.

—Ains... Aún no he pensado qué voy a hacer contigo. Debería llevarte hoy mismo a la protectora... —susurré mientras lo acariciaba—. Vaya, parece que has tenido un buen día —añadí al comprobar que había un cojín en el suelo con una especie de hueco en medio. Debía haberlo usado de cama.

El animal no se cansaba de recibir mimos y estaba muy interesado en el extremo del cinturón de mi vestido. Me quedé un buen rato jugando con él. Cuando quise darme cuenta, había olvidado los problemas y el mal humor de casi todo el día.

—Vas a resultar más eficaz que un antidepressivo —dije—. ¿Sabes qué? Ahora nos vamos a ir tú y yo a dar un paseo.

Salimos los dos a la calle con mucha cautela. La señora Díaz, que se encargaba del mantenimiento de los pisos, no estaba a la vista, pero aún así, no saqué al perro de la bolsa hasta que no estábamos en un parque a varias calles de mi casa. Una vez allí paseamos tranquilamente, sin prisas y me sentí relajada por primera vez en mucho tiempo.

«Esta noche podemos compartir otra vez el sándwich de jamón y si cobro mañana... Podríamos estar juntos un poco más de tiempo», pensé.

Era agradable tener otra cosa de la que ocuparme que de mis problemas económicos y, aunque quedarme con el perro un tiempo supondría, sin duda, un gasto, era el acicate que necesitaba para buscar un trabajo de fin de semana como había estado pensado desde hacía tantos días.

—Mañana mismo hablaré con la señora Díaz, seguro que sabe de algún sitio que necesite camareras, se entera de todo —me dije.

CAPÍTULO IV

—**S**í, quiero que nos veamos esta tarde en esa cafetería de la avenida que te he comentado. Sí, es que me viene mejor que nos veamos allí. Sí, gracias —concluyó Alf antes de colgar el teléfono.

Sonrió satisfecho, como solía hacer a diario. Yo aún no le conocía y no sabía el papel crucial que iba a jugar en el desarrollo de los acontecimientos. Es curioso como una persona desconocida puede resultar tan decisiva en tu vida. Es material para reflexionar... En fin, sigamos. Tras recrearse unos instantes en sus logros, Alf le dijo a su secretaria con su habitual tranquilidad:

—Saldré dentro de una hora, pero aún así no me pase llamadas.

—Está bien —respondió ella antes de salir del despacho.

Cuando se quedó solo, Alf se estiró bien en la silla y la giró para poder mirar por la ventana. Desde aquella altura se podía contemplar toda la ciudad y a él le daba sensación de poder. Al fin y al cabo, la gente acababa pensando lo que él quería que pensase. Esa era su percepción y eso le hacía sentirse un triunfador. Ahora tenía un plan entre manos y ya había empezado a mover los peones. Esa misma tarde empezaría de verdad la partida.

A esa hora de la tarde aún no había mucho movimiento en la cafetería, pero como yo ya había podido comprobar, en poco rato habría tanto ajetreo que no daríamos abasto. Llevaba ya tres semanas trabajando allí. Como suponía, la señora Díaz sabía donde necesitaban personal. Era increíble cómo se enteraba siempre de todo y eso que vivía en una ciudad enorme. El único turno que podía hacer era el de fin de semana y mi situación económica se había aliviado un poco, aunque me sentía agotada.

Bond, como había llamado al perro, aún estaba conmigo; al final, le había puesto nombre. Como se portaba tan bien cuando entrábamos y salíamos de incógnito, se me pasó por la cabeza que era un perfecto perrito espía. Además, era tan «guapo»..., ¿qué mejor nombre que Bond, Doggy Bond? La cuestión era que se me hacía cuesta arriba dejarlo en la protectora; me había acostumbrado a que alguien me esperara cada día cuando regresaba a casa. Sentía que era lo único de verdad positivo que me había pasado desde que había llegado a la ciudad. Era un perro muy bueno, apenas ladraba, y eso me hacía pensar que saldría bien el tenerlo escondido en casa. Cada vez me parecía más claro que alguien debía haberle dedicado mucho tiempo para conseguir que se comportase tan bien, por eso me extrañaba que después lo hubieran tratado como lo habían hecho. Pero, así habían sido las cosas. Cuando tocaba paseo lo metía en la cesta y no lo sacaba hasta que nos habíamos alejado del edificio y si me veía algún conocido, siempre podría decir que era de un amigo. En esas reflexiones estaba cuando se me acercó una de mis compañeras, Amanda, y me dijo:

—Mira quién se ha sentado en tu zona... Fíjate.

—¿Qué? —pregunté sorprendida, pues estaba abstraída en mis pensamientos y levanté la vista de la cafetera.

—Que mires a ese chico que se ha sentado en una de tus mesas. Es guapísimo, seguro que es algún famoso ¡Qué suerte!

Miré en la dirección que me indicaba y le vi. Era guapo de verdad. Vale, era más que eso, era impresionante y, si tenía que ser sincera, sí que me resultaba un poco familiar. A lo mejor sí que era famoso como decía Amanda, pero yo no estaba para tonterías en esos días. No tenía tiempo para ver la televisión y últimamente estaba tan cansada cuando llegaba a casa que ni miraba Internet. Mis perfiles en las redes sociales parecían detenidos en el tiempo. Cuando tenía un momento libre, prefería sacar a Bond y leer un rato un libro en papel, en parte, porque era una romántica y en parte, porque mirar las pantallas por la noche me provocaba insomnio. Y lo que me faltaba era no dormir por las noches.

Me acerqué a la mesa y me encontré frente a frente con el «famoso». Me pareció aún más guapo de cerca. Pelo más bien rubio, ojos miel, bronceado y de complexión fuerte, pero con una mirada dulce e inteligente a la vez. Vamos, para hacerme temblar las piernas una semana seguida.

—¿Qué va a tomar? —pregunté con todo el aplomo que pude reunir. Él me miró y sonrió:

—Un café solo, gracias.

—Enseguida —contesté muy diligente y me fui hacia la barra con un ligero temblor en las piernas.

Los hombres que me resultan atractivos me producen ese efecto, como quizás habréis deducido por mi comentario de antes.

«Déjate de tonterías, Helena», pensé. Lo último que necesitaba en ese momento era un hombre en mi vida. No cabía nadie más en mi «camarote de los hermanos Marx» particular en que se había convertido mi existencia.

—Tengo la agenda completa de momento. Bastantes líos tengo ya —susurré con una sonrisa.

El hombre que esperaba su café solo, recibió una llamada de teléfono.

—¿No vienes entonces? —preguntó con fastidio.

—No, no sabes como lo siento... Me ha surgido un imprevisto, pero no te quejes que al menos he procurado reservarte la mesa en la mejor zona de la cafetería —se oyó decir al otro lado del teléfono.

—Tenía cosas que hacer...

—Oye, de verdad que lo siento, Sergio... Pero, bueno, dame un cuarto de hora a ver si puedo escaparme. Es importante que hablemos.

Sergio Noel resopló. Con lo poco que le gustaba Alf, encima, lo dejaba plantado. Y ahora tener que esperar quince minutos más allí solo. Pero, si realmente era importante... Su padre le había llamado esa mañana y la situación de la empresa comenzaba a ser desesperada. Necesitaba los contratos de publicidad como fuera.

—De acuerdo, aquí te esperaré, pero yo también tengo cosas que hacer y no puedo perder así el tiempo... —repitió.

—Mira, si en un cuarto de hora no he llegado, vete. De verdad, no me esperes más y mañana ya veremos cómo lo hacemos, pero dame la oportunidad de intentar verte hoy... Te lo agradezco de verás —dijo antes de colgar con una sonrisa maliciosa. (Esto de la sonrisa no lo sé seguro, pero con los datos que tuve después sobre este personaje, creo que encaja).

Cuando le llevé el café estaba pensativo y ni siquiera se percató de mi presencia. Pensé que aquella llamada le había perturbado.

—Mejor así —me dije.

—Ahí está otra vez —dijo con emoción Amanda, la misma compañera que el día anterior me había avisado de la presencia del «hombre guapo»—. Y en la misma mesa. Ese quiere algo...

Miré hacia mi zona de mesas y allí estaba de nuevo. Me volvió el viejo temblor de piernas, pero, por suerte, a esas alturas de mi vida sabía como controlarlo para que no se notase. Desde luego sí que me parecía era curioso que, de no venir nunca, pasara a hacerlo dos días seguidos.

—A lo mejor viene a verte —añadió mi compañera con un cierto tono de envidia.

—Sí, claro —respondí y me dirigí a la mesa del recién llegado, a quien seguía sin reconocer.

Esta vez Sergio estaba enfadado y se le notaba en su expresión. No solo Alfonso, Alf para amigos y, sobre todo, enemigos, no se había presentado la tarde anterior, si no que casi le había ordenado que se encontraran el sábado por la tarde en el mismo sitio. No le gustaba lo más mínimo la sensación de que le tenía en sus manos debido a la situación económica de su familia. De buena gana lo habría mandado a paseo, pero no podía permitirselo.

—¿Qué va a tomar?

—Lo mismo que ayer —respondió él con brusquedad, sin darse ni cuenta, enfrascado como estaba en sus pensamientos.

—¿Debería acordarme? —pregunté con un cierto tono de reproche.

Me acordaba, claro que sí, pero no me gustaba que los clientes pensarán que era su personal de servicio. Con los clientes habituales había un trato frecuente, una cierta confianza, pero un cliente que al que era la segunda vez que veía no tenía por qué tomarse esas familiaridades. Sergio, todavía cliente guapo desconocido para mí, no lo olvidemos, levantó la cabeza y me miró como si se sorprendiese de que se dirigieran a él en esos términos.

—Oh, disculpe. Estaba distraído...

—Eso me había parecido.

Creo que mi voz sonaba como el hielo.

—Lo lamento, no quería parecer descortés. Las cosas últimamente no..., en fin, discúlpeme.

Sonreí al ver su cambio de expresión y respondí con un tono suave, casi susurrando, pensando más en mí que en él:

—Todos tenemos problemas...

—Eh, sí... Póngame un café largo, gracias.

El joven estudió a la chica —o sea, a mí, recordad que este es su punto de vista— cuando se dirigió de regreso a la barra. Miró su cabello castaño dorado, recogido en un moño por encima del cuello, sus caderas al caminar y su figura en general. Y le gustó lo que vio. Había conseguido llamar su atención. De ordinario las mujeres no solían tratarlo así, pero ella lo había puesto en su sitio. Si yo hubiera sabido eso entonces, no habría sido capaz de llegar a la barra por el temblor en las piernas.

Le metí prisa al compañero que atendía la barra para que me diera el pedido cuanto antes. Quería llevárselo y alejarme. Supongo que mi instinto se había puesto en marcha y presentía que podría tener problemas.

—Aquí tiene —dije poniendo el café sobre la mesa con especial cuidado. No quería que se me cayera un pedido por primera vez justo atendiéndole a él.

Al parecer, según supe después, Sergio quiso decirme algo, pero no le dio tiempo porque me marché a atender a otros clientes y a él no se le ocurrió nada. Eso le sorprendió. No es que fuera un conquistador profesional, ni mucho menos, pero no solía quedarse en blanco a la hora de hablar con una mujer; debía ser por todos los problemas que estaba afrontando últimamente. Tenía la cabeza en otra parte, era imprescindible que lograra centrarse y no dejarse llevar por las

distracciones. Sabía que no se podía permitir ese lujo si de verdad quería incorporarse a la competición en pocas semanas.

«Están acabando hasta con mi inspiración. ¡Necesito concentrarme a toda costa!», pensó con cierta inquietud.

Consultó su reloj con impaciencia. Otra vez se retrasaba. Le parecía increíble y empezaba a ponerse furioso. Cuando ya estaba a punto de marcharse, vio que Alf llegaba a toda prisa.

—Lo siento, lo siento mucho. Me he retrasado de nuevo, pero ni en fin de semana le dejan a uno —dijo mientras se sentaba en la silla de al lado.

—Lo que importante es que ya estás aquí —respondió Sergio malhumorado.

—Sí, hoy al menos he podido llegar.

Alf hizo un gesto y me acerqué de nuevo tomé nota de lo que quería tomar sin apenas prestarle atención y me marché, por lo que no pude oír de que hablaban y debo reconocer que me tenían intrigada (hasta que me enteré más tarde, es lo que tiene disponer de buenas fuentes). En ese momento Me hubiera gustado mucho saber qué se traían entre manos.

—No te quejes tanto. Estás en una de las mejores cafeterías de la ciudad, en pleno barrio de Salamanca y te atiende una camarera muy guapa. No me dirás que no te has fijado.

Sergio resopló, gesto que repetía mucho desde que había conocido a ese hombre. No estaba para reírle las gracias, aunque tuviera razón.

—Además, en esta mesa, que te insistí que ocuparas —continuó el hombre sin darse por aludido —, tenemos las mejores vistas de la avenida, y es lo suficientemente discreta como para tratar temas delicados.

—Bueno, ahora, ¿qué es eso tan importante que tenías que comentarme y que no podía esperar al lunes? —preguntó Sergio deseando acabar con la entrevista lo antes posible.

—No te impacientes, muchacho, tranquilízate. Déjame primero que disfrute de mi bebida.

Sergio miró al cielo y tuvo que reprimir las palabras que hubiera querido dedicarle en ese momento.

CAPÍTULO V

—¿Conseguiste buenas fotos? —preguntó Alf a su interlocutor.

Sentado en su gigantesco despacho —a juego con su ego— aquel lunes por la mañana, el asesor de imagen, relaciones públicas y quién sabe cuántas cosas más, esperaba impaciente una respuesta.

—Vale, ahora mismo abro el correo —dijo mientras abría el mensaje, que acababa de llegarle, y examinaba su contenido.

Sacudió la cabeza con impaciencia—

—No, no, no. ¡Esto no sirve! —exclamó—. Apenas se distingue quién aparece en las imágenes... Me da igual que estuvieras demasiado lejos... Acércate más. Sí, prepararé otro encuentro para la próxima semana y conseguiré que estés mucho más cerca. Tú concéntrate en hacer las mejores fotos... Eso es. Lo demás, déjalo de mi cuenta y esta vez no me falles.

Alf colgó el teléfono de mal humor. Sus planes se retrasaban y eso no le gustaba. Estaba acostumbrado a conseguir todo lo que se proponía con bastante rapidez y esperar le ponía nervioso. No estaba habituado a los retrasos, no le gustaba la sensación de no controlar toda la situación. Pensando sus próximos pasos, tamborileó con los dedos en la mesa de nogal que le servía de escritorio. Era antigüedad de estilo *art déco* valorada en más de cinco mil euros. Para Alfonso Bernal solo lo mejor, ese era su lema y lo aplicaba en todos ámbitos de su vida, desde la decoración hasta la ropa o la comida. Y así, frente a esa hermosa mesa, reflexionaba sobre qué hacer a continuación. No podía llamar a Sergio para quedar de nuevo allí, al menos no tan pronto. Si lo hacía, lo más seguro es que empezara a sospechar algo raro. No, debía esperar al menos un par de semanas. No le gustó la perspectiva. De repente, cogió su chaqueta y salió del despacho.

Yo estaba sentada en mi mesa de la redacción como todos los lunes —bueno, como todos los días— dejando volar mi imaginación. Sí, aún me quedaba la esperanza de trabajar (de verdad) en un buen periódico o revista. Siempre había querido ser parte de la plantilla de una revista como *Elva*, que era como el equivalente a *Vogue* en el país. No es que me fuera mucho la moda, pero me gustaban las entrevistas y los reportajes de viajes que publicaban. Así que, como he dicho, estaba dejando volar mi imaginación durante un momento cuando pasó el nuevo redactor jefe y me vio. Cambió de expresión y dijo:

—Venga a mi despacho, por favor.

Me pareció que reprimía un gesto de verdadero enfado, pero yo no podía entender por qué. Nora, la compañera a la que llamé en primer lugar aquella tarde para que se hiciera cargo de Bond, me miró con cara de preocupación, y yo me encogí de hombros para indicarle que no tenía ni idea de para qué me llamaba. Le seguí a su oficina y esperé a que pasara por detrás de la mesa hasta sentarse en su silla que, por cierto sí que parecía cómoda; no como la mía, pero claro, yo solo era la becaria.

—Esto es intolerable. Inaudito —comenzó a decir.

Yo le miré con cierta condescendencia porque cruzó por mi cabeza la impresión de que en realidad aquel hombre no tenía ni idea de quién era yo.

—Así van las cosas. Sepa usted que la he estado observando toda la mañana, no podemos permitirnos el lujo de tener empleados que no aprovechan su tiempo.

Con esas palabras, mis sospechas se confirmaron. Parecía estar ensayando un discurso con el que echar a la gente, pero a mí, estrictamente, no me podía despedir. Más que nada porque no estaba en nómina.

—Dígame, ¿cree que se merece su sueldo? ¿Cuánto le paga este periódico?

Era un momento con el que había estado soñando en secreto desde hacía mucho tiempo, pero que no podía imaginar que se hiciera realidad. Sabía que este hombre no estaba muy al tanto de los asuntos de la redacción, al menos en comparación con el anterior redactor jefe; lo noté desde el primer día, no sé si por falta de pericia o porque llevaba muchos asuntos entre manos. O una combinación de ambas cosas. También era cierto que ejercía funciones que iban mucho más allá de las de un redactor jefe, porque cada vez había menos personal en el periódico. El caso es que estuve a punto de decirle aquello de «me alegra que me haga esa pregunta».

—Nada —respondí yo con tranquilidad y disfrutando del momento—. No me paga absolutamente nada. La Universidad me da cien euros al mes para el transporte, pero si tenemos en cuenta que no yo no vivía en la ciudad y he tenido que mudarme y alquilar un piso, ya puede imaginarse lo que supone cobrar solo cien euros...

Seguí disfrutando de la cara que puso. Abrió los ojos como platos. Abrió la boca, la cerró, pero no acertó a contesta, así que yo continué:

—Y si no me ha visto trabajar más, es porque no tengo más trabajo. Transcribir la cartelera y la información meteorológica me suele llevar media hora como mucho. Tres cuartos si estiro bien el trabajo. Por lo que puedo decirle, sin temor a equivocarme, que no he aprendido casi nada desde que estoy aquí y créame que lo siento, porque me hacía mucha ilusión trabajar en un sitio como éste. Y gracias al fabuloso sueldo que no me pagan, he tenido que buscar un empleo por las tardes en una academia y los fines de semana trabajo de camarera en una cafetería para poder sobrevivir los meses que dure la beca.

Había dicho todo aquello con una mezcla de enfado y tristeza, pero también con firmeza, y pareció agradaarle. Se levantó de la silla y se acercó a mí, que seguía de pie, a pesar de que me había ofrecido sentarme cuando entramos en el despacho.

—Creo que debo disculparme. No soy de los que no lo reconocen cuando se equivocan. Así que es nuestra becaria; siento no haberla situado desde el primer momento en el organigrama de la redacción, pero han sido unos meses un poco, digamos, intensos para todos.

Después me invitó de nuevo a sentarme, cosa que esta vez sí acepté, y me animó a que le contara por qué había querido trabajar allí. Era un auténtico profesional, consiguió sonsacarme toda la información. Hasta le hablé de mi vieja ilusión de trabajar en Elva. Tras escuchar toda mi historia, me aseguró que iba a estudiar el asunto y que procuraría que las cosas cambiasen para mí.

Salí de su despacho sin saber si aquello era bueno o malo, porque no quería tener que transcribir también los servicios de guardia en la ciudad. Pronto supe que, si bien el cambio sería bueno, porque podría hacer unos pinitos como redactora, iba a tener trabajo a base de bien porque me habían nombrado «documentalista oficial» de la redacción.

CAPÍTULO VI

*E*se mismo lunes, en el otro extremo de la ciudad, se había representado otra clase de drama en la oficina de un conocido productor televisivo. No mencionaremos nombres, es mejor ser discretos.

—Erika von Auersperg ha vuelto a llamar. Quiere saber cuándo le daremos a su perro. Tiene intención de presentarlo a no sé qué concurso y dice que debe prepararlo —dijo Ana, la ayudante del productor.

Él repiqueteó los dedos en su gran mesa de despacho antes de contestar (parece que a todos los magnates de la comunicación les da por lo mismo: tamborilear sobre sus grandes mesas):

—Necesitamos más tiempo... Hay que convencerla como sea para quedarnos el perro un poco más. El plan que nos propuso el representante de Sergio Noel es muy bueno y no podemos desperdiciarlo.

Ana suspiró y dijo:

—Pero yo ya no sé qué decirle. Nos lo dejó para tres días y ya hace más de tres semanas que no sabemos dónde está.

Su jefe sonrió antes de responder:

—En eso te equivocas. Sí sabemos dónde está: Alf, quiero decir Alfonso Bernal, me ha asegurado que ya han localizado a la chica y al perro. El animal está perfectamente.

La joven le miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa, sorprendida.

—¡Y yo sin enterarme! ¡Esto es el colmo! —exclamó con un claro acento de reproche.

—Es un asunto de máxima discreción, compéndelo.

—Bueno, es igual... Pero, ¿qué le digo a esta mujer? Empieza a impacientarse. Quiere noticias de su perro y ya ha insinuado que si le ha ocurrido algo o si pierde la oportunidad de participar en ese concurso, nos demandará por una buena cantidad de dinero...

—¿Ya le dijiste que lo necesitábamos para otro programa porque es un perro con buenas cualidades?

—Sí, claro.

—¿Y que le pagaremos en consonancia al tiempo que lo tengamos y al trabajo que realice para nosotros?

—Claro Naturalmente, pero no entiende por qué no le dejamos verlo.

El hombre permaneció pensativo unos instantes y, de repente, preguntó:

—¿Tu hermana no tenía también un pomerania?

Ana, que le veía venir, se apresuró a decir:

—Sí, pero nada que ver con un campeón internacional, no podría pasar ni por el campeón del barrio. No se está quieto un momento y tampoco representa el estándar perfecto de la raza. Usted y yo no lo notaríamos, pero Erika y cualquier profesional, sí. Le recuerdo que Arla von Steinbach Ravenhorst es hijo, nieto y bisnieto de campeones del mundo. Hoy por hoy, es uno de los

ejemplares más perfectos de su raza y muy bien adiestrado para evitar los defectos de carácter de los spitz enanos. ¿Sabe cuántas veces he oído eso ya?

Su jefe no pudo reprimir un gesto de asombro. Esos nombres siempre le habían parecido absurdos para un perro. Si cuando le anunciaron que iba a ver a Arla von Steinbach Ravenhorst, pensó que lo visitaba un gran duque prusiano. La cara que puso cuando vio entrar a su ayudante con un perro que no levantaba un palmo del suelo, no tuvo precio. Claro que enseguida conoció a su dueña, criadora de campeones, y lo comprendió todo.

—No te preocupes, solo necesitamos unas fotografías del animal pasándolo bien para que vea que se encuentra bien en perfecto estado. Se hacen las fotos de lejos o de lado, es igual, pero que tenga algo para que se calme. Y, sobre todo, haz mucho hincapié en el dinero que ganará con esto.

—¿Y si insiste en venir a verlo? —preguntó Ana resignada a tener que llevar a delante otra de las estrafalarias ideas de su jefe. El caso es que a veces salían bien, lo que no dejaba de sorprenderla.

—Pues ya lo pensaremos. O se lo enseñaríamos de lejos...

Ana miró al techo con impotencia y estuvo a punto de morderse el puño por la desesperación.

—No te preocupes tanto —repitió él en tono afable—. Solo necesitamos ganar tiempo. Esto tampoco puede eternizarse. Alfonso me habló de uno o dos meses más.

—¿Uno o dos meses!? —casi aulló Ana pensando en la cantidad de veces que tendría que hablar con la dueña del perro todavía.

—Anda, anda, te repito: no te preocupes.

—¿Qué no me preocupe, dice! Pero, ¿usted sabe lo que es tener que escuchar la lista de virtudes del perro y la lista de reclamaciones que nos va a poner como le pase algo, un día sí y otro también? Y con esa forma de hablar tan pausada. Me crispa los nervios, me va a volver loca como me descuide. Creo que todo eso no entra en mi sueldo...

—Vamos, vamos, que no es para tanto. Ese no es el espíritu de esta cadena, debemos intentar hacer posible lo imposible. Ya sabes, el logo de nuestro programa —dijo mientras la empujaba con suavidad hacia fuera, la sacaba de su despacho y cerraba la puerta tras ella.

Sonrió satisfecho de haberse librado de su ayudante. Tenía que reconocer que era bastante buena, algún día ocuparía su puesto. Decidió prepararse un buen café y tomarlo con calma.

Tres días más tarde, la conocida criadora de campeones recibía en la bandeja de entrada de su correo electrónico un mensaje con varias fotografías. En ellas se veía a un perro pequeño de color marrón, visto desde arriba, un primer plano de una pata y jugando en un parque a lo lejos. Junto con las imágenes, se incluía una nota en la que se le aseguraba que su animal se encontraba genial y que disfrutaba de sus inesperadas «vacaciones». También se le informaba de que recibiría el doble de lo acordado en un principio por cada día que excediera del plazo estipulado. Esto lo incluyó Ana como pequeña venganza contra su jefe. Estaba deseando oírle gritar cuando supiera cuánto tendrían que pagarle a la dueña del perro.

No obstante, Erika no estaba muy convencida con aquella situación, que se le antojaba bastante inusual, ni con las explicaciones que le habían dado, pero la cantidad que le ofrecían era lo suficientemente importante como para dejar estar las cosas. Por lo menos de momento.

Sentada en mi pequeño sofá junto a Bond, me disponía a pasar el resto de la tarde-noche, como siempre. No era más que lunes y ya estaba bastante cansada, pero aún me mantenía a flote. Para mí era suficiente. El caso era que había adoptado una serie de costumbres que nos gustaban a los dos

o eso me parecía a mí. Llegaba del trabajo, lo sacaba a pasear y después preparaba la cena. Bueno, la de Bond no tenía mucho que preparar, solo poner pienso en su plato. Después cenábamos y nos sentábamos uno al lado del otro y yo leía o —espero que no penséis que estoy loca— hablaba con él, le contaba todos mis problemas. Era el único con el que me podía desahogar, parecía que adivinaba mi necesidad de ser escuchada porque me miraba muy atento y, a veces, echaba hacia atrás las orejas, como si le sorprendiese algo de lo que yo hubiera dicho.

Supongo que los dueños de perros lo entenderán, y el resto pensará que estoy chiflada, pero lo cierto era que aquellos monólogos me hacían mucho bien. Me descargaban por dentro de verdad y, de haber estado sola, no lo habría hecho. Si puede parecer ridículo que le hable a un perro, imagina si doy un discurso en una habitación vacía. No sé, supongo que los psicólogos podrían dar una explicación, pero en esos momentos lo único que me importaba era que, por fin, me empezaba a encontrar mejor y me veía con fuerzas y ánimos para acabar aquella aventura en la que me había embarcado. Aún me quedaban más de tres meses de beca, lo que significaba más de tres meses de trabajar en tres sitios y necesitaba toda la ayuda posible.

La cuestión es que estábamos allí sentados los dos cuando, de repente, se me ocurrió que quizás podría escribir la historia de Bond. Podía ser una idea tan buena como cualquier otra.

—¿Qué te parecería que escribiera algo sobre ti? —pregunté—. Creo que podría resultar, ¿no te parece?

El animal, que estaba echado a mi lado con los ojos cerrados, levantó la cabeza y olfateó el ambiente. Es lo que solía hacer cuando estábamos así y yo empezaba a hablar. Supongo que esperaba oír las palabras mágicas «vamos a la calle» o «la comida está servida».

—Sí, estaría bien tener algo escrito por si surge la oportunidad de publicarlo en el periódico. Cosas más raras se han visto —añadí, porque me pareció ver un destello de incredulidad en sus ojos. Imaginación no me falta, ya lo sé—. Además, serviría para denunciar a los dueños irresponsables de mascotas. Sí, podríamos intentar concienciar a la gente... Y todo contado en primera persona, a través de un caso real con nombres y apellidos —acabé yo, cada vez más entusiasmada con la idea.

Debí ser demasiado vehemente con las últimas frases, porque se me cayó el libro, por el gesto tan brusco que hice con los brazos, e hizo bastante ruido. Bond se alarmó y acabó sentado sobre sus cuartos traseros, preparado para saltar del sofá.

—Tranquilo, amigo. No pasa nada —dije con voz suave mientras le acariciaba la cabeza. Ese gesto lo tranquilizó y volvió a echarse, eso sí, sin dejar de mirarme por si acaso.

CAPÍTULO VII

Un par de días más tarde, en un amplio piso de uno de los barrios más elegantes de la ciudad, otro de los personajes de esta historia de cuya existencia, por cierto, yo aún no tenía noticia, sopesaba su situación:

—Es que no me coge ni el teléfono, esta vez es serio —dijo la chica con preocupación.

—Pero, ¿a quién se le ocurre, Laura? Tenías a ese chico comiendo de tu mano, estaba pendiente de ti para todo, y tú... En fin. —Su padre la miró con gesto de impotencia.

—Yo creía... —respondió ella con gesto malhumorado, pero no acabó la frase.

Laura permanecía sentada con sus larguísimas piernas cruzadas, un brazo apoyado en el sofá y el otro sobre su regazo. Tiraba una y otra vez de uno de los extremos del cinturón de su vestido mientras pensaba. Había creído que lo tenía todo hecho, que el amor de Sergio era seguro y que, pasara lo que pasara, siempre podría volver con él si las cosas no le salían como quería.

—Creías que podías hacer tu voluntad sin consecuencias, pero me temo que el mundo no funciona así. La culpa es mía por habértelo dado todo sin más. Pensaste que Sergio era uno de tus juguetes, que podría jugar con él como..., como juegas conmigo, que al final me lo sacas todo, pero es que yo no tengo a nadie más que a ti y, aún así, no te he hecho ningún favor consintiéndotelo todo.

Laura hizo un mohín de fastidio. No estaba para sermones.

—Basta, papá. Si eres tú el que empuja hacia unos u otros, y mamá antes que tú. Su padre puso cara de inocente.

—Pero eso es solo para que consigas un buen puesto en la sociedad, para ti y para la familia.

—Ya, pero ahora no sé qué hacer.

El hombre se sentó a su lado y miró al techo con melancolía.

—Oh, ese chico era ideal —dijo—. Era el pelotazo que estábamos buscando. Mira, hasta he hecho un juego de palabras: pelotazo, como es tenista —añadió riéndose de su propia gracia.

Laura resopló con impotencia. Se levantó de un salto y comenzó a caminar por el salón, haciéndose ondas con los dedos en el pelo y en las extensiones.

—Que sí, papá, que eres muy gracioso, pero eso no me ayuda.

—Nunca debiste salir con aquel tipo, que además no me gustaba un pelo, o, al menos, ser más discreta.

—Pero es que Sergio es tan serio y tan..., tan aburrido, ya lo he dicho —exclamó volviéndose hacia su padre con el gesto de una niña a la que han pillado en plena travesura.

—Es un deportista de élite. No puede estar de fiesta hasta la madrugada un día sí y otro también como tú quieres. Debe seguir una disciplina.

—Lo sé, pero es que era tan guapo y tan divertido... —añadió la chica sentándose de nuevo junto a su padre y buscando su apoyo. Este le pasó la mano por el hombro y la abrazó suavemente.

—¿Quién?

—Ya sabes...

—No me hables más de ese tipo, no quiero saber nada de él. Para lo qué sirvió que fuera tan divertido.

—Solo se ponía algo violento cuando bebía, y tampoco fue para tanto.

—Que era casi todos los días, Laura.

—Ya —respondió ella con resignación—. Al menos conseguimos algunas buenas exclusivas con todo esto.

—Sí, eso sí. No hay como exagerar un poco las cosas y mezclar el nombre de algún personaje famoso para estar en primera página.

Estaba claro que, con tal de conseguir sus propósitos, a ninguno de los dos les importaba a quién perjudicaban.

—Pero, ahora, la cosa se ha puesto fea. La prensa no quiere saber nada de nosotros ni de ninguna noticia relacionada con Sergio Noel, si no hace referencia a su carrera deportiva o a algo positivo. No sé que ha pasado —añadió el padre

—Supongo que habrá amenazado con demandarles o algo parecido. —El hombre se levantó, se dirigió al mueble bar y se sirvió algo de beber.

—¿No es un poco pronto? Ni siquiera hemos cenado —preguntó la chica.

Él hizo un gesto con la mano en la que llevaba la botella como diciendo, «¿qué importancia tiene?», y dijo:

—Lo necesito para pensar... Sabes que, si no hacemos algo, nos echarán de esta casa. No pagamos el alquiler desde hace dos meses.

Ella asintió. Su situación económica empezaba a ser desesperada. Habían tenido unas buenas ganancias con las exclusivas, pero el tren de vida que llevaban había hecho desaparecer el dinero en muy poco tiempo.

—Por un momento tuve la esperanza de que te casarías con él —murmuró el hombre de forma distraída.

Laura se volvió para mirarle.

—¿Con quién?

—Con Sergio, por supuesto. Habría significado el fin de nuestros problemas económicos. No más preocupaciones.

—¿Casarnos? Una cosa es salir con él y otra es dar un paso como ese. No me imagino sentada en casa cada noche, aburriéndome mortalmente, sin poder ir por ahí porque él tiene que entrenar.

—Pero chica, no seas tonta. ¿Quién dice que tienes que permanecer casada mucho tiempo? No, si la cosa no funciona, os separáis y en paz, pero él te tendría que pasar una pensión y si, además, tenéis un hijo..., pues asunto resuelto.

El hombre había soltado su discurso como quién no quiere la cosa, como una sencilla e inocente propuesta. Dio la vuelta a la gran mesa de centro, y se quedó mirando por la ventana, que tenía unas vistas que le gustaban mucho. No quería dejar esa casa. Su secreto deseo era llegar a comprarla. Laura le miró de nuevo. La realidad era que su situación económica nunca había sido tan precaria y había que buscar una solución.

—Además, no me imaginaba que Laura Montes iba a permitir que la trataran así, con ese desprecio. Que iba a permitir que la dejaran de esa forma sin luchar —añadió, de nuevo, inocentemente. Conocía muy bien a su hija y sabía que sus palabras no quedarían sin efecto.

Laura retorció el cinturón de su vestido.

—Tienes razón, menuda soy yo. Además, seguro que, si me lo propongo en serio, vuelve a estar

conmigo como un corderito —dijo pensativa.

—Esa sí es la Laura que conozco.

La chica cogió el teléfono de la mesa y marcó el número de Sergio. Lo cierto era que jamás hubiera esperado que él no contestase a sus llamadas. Esperó que sonaran los tonos hasta que saltó el buzón de voz. Colgó.

—Nada, no hay forma. Esto requerirá medidas más drásticas —añadió con convicción.

CAPÍTULO VIII

Sergio miró su teléfono, cuando vio quién le llamaba, lo dejó sonar hasta que paró. No le interesaba hablar con esa persona. Su mente estaba ocupada pensando en el asombro que le había producido descubrir que deseaba ver otra vez a aquella camarera (y yo sin enterarme de lo que estaba pasando). No había podido dejar de pensar en ella, ni siquiera durante los entrenamientos. No entendía por qué, pero deseaba hablar con ella. Recordaba su mirada inquisitiva y cómo le temblaba el labio superior cuando algo la incomodaba. El destino, a veces, trenza sus propios caminos, y decidió que iría de nuevo a la cafetería aquella misma tarde, esta vez sin que nadie le citara.

Cuando llegó, vio que la mesa en que se había sentado las veces anteriores estaba ocupada. Eso le contrarió; se sentó en la mesa de al lado, esperando que también estuviera en su zona. Pronto se acercó alguien a atenderle, pero no era ella, era un camarero. Pidió su consumición y, cuando se la trajeron, se decidió a preguntar:

—El otro día había una camarera... —no supo qué más decir, no sabía ni como me llamaba.

—¿Sí? —contestó quien le había servido.

—Sí, pero hoy no la veo y no parece que esté tampoco detrás de la barra.

—Ah, debió ser el fin de semana...

—Sí, creo que era fin de semana.

—Claro. Durante la semana estamos nosotros y los viernes, sábados y domingos por la tarde hay otro turno de camareros. ¿Quiere que le diga algo?

—Eh, no... Era solo curiosidad.

Sergio se sintió casi avergonzado al haberse puesto en evidencia por una chica a la que había visto dos veces, aunque lo que pensaran era lo último que le preocupaba.

«Bien, hoy es miércoles, así que, si quiero volver a verla, debería venir dentro de dos o tres días...», pensó.

Tenía entrenamiento todas las mañanas, pero como no tenía competiciones a la vista, pues se estaba recuperando de una lesión, tampoco tenía que viajar. De momento, aparte de los entrenamientos y las ideas estafalarias de Alf, podía disponer de su tiempo. Quizás podría pasarse por la cafetería ese fin de semana, dando un paseo, como quien no quiere la cosa.

Para mí, en cambio, el fin de semana llegaba sin avisar. Casi ni me enteraba del paso de las semanas, los días sí se me hacían pesados y duros. Por las mañanas estaba mi particular travesía del desierto en el periódico. Nadie allí me prestaba atención, me sentaba en mi rincón con lo que tenía que transcribir y ni se enteraban de que estaba. Reconozco, no obstante, que eso estaba empezando a cambiar poco a poco desde mi conversación con el redactor jefe. Por la tarde, hasta las siete o las ocho, las clases de refuerzo para los niños de la academia. Tampoco hablaba con mucha gente en ese lugar, al menos, no con gente mayor de diez años. Y los fines de semana a la

cafetería. Por lo menos allí podía charlar un rato con los compañeros y hasta con los clientes..., si no era hora punta, claro.

El viernes era el día estrella: por la mañana corre al periódico, por la tarde corre a la academia, que ese día acababa a las cinco, y luego corre a la cafetería. Al menos el sábado y el domingo solo trabajaba en un sitio, que traducido quería decir que solo tenía que correr una vez al día. Eso sin olvidar que las mañanas del sábado y el domingo eran para la compra, la colada, preparar la comida para rellenar los *tuppers*... Visto con perspectiva, no sé como fui capaz de aguantarlo.

Mis amigas del pueblo insistían en que las llamase y les fuera contando todo lo que me pasaba para que me desahogara, decían ellas. Al principio nos llamábamos los fines de semana, me iba a una cafetería y hacíamos una videollamada todas juntas. Bueno, al menos todas las que podían, pero, pronto, mi economía no estaba para esas alegrías y menos a fin de mes, así que les dije que tenía tanto que hacer y estaba tan agotada, que necesitaba los sábados y los domingos para descansar. Nos apañaríamos con los mensajes de WhatsApp y solo llamaría si había algo urgente que decir. Lo cierto es que me costó prescindir de esas conversaciones porque me levantaban el ánimo, siempre acabábamos riendo. Con mis padres era más sencillo, todo se quedaba en una escueta conversación:

- ¿Estás bien?
- Sí. ¿Y vosotros?
- También.
- ¿Necesitas algo?
- No.

Esas llamadas eran la contraseña que indicaba que todo iba bien. Solíamos hacerlas una vez a la semana, como una especie de control familiar semanal familiar. Por mí estaba bien así, cuanto menos hablara con ellos, menos posibilidades de irme de la lengua y decirles cuál era mi verdadera situación, y, por suerte, ellos nunca se han metido en mi vida ni les ha gustado fisgar demasiado.

Bond me hacía sentir un poco culpable. Pasaba la mayor parte del día solo, pero, como ya he dicho, era un perrito tan bueno que cuando yo llegaba, la casa estaba en perfecto estado. No parecía que hubiera un animal viviendo en el piso. Por si acaso, siempre dejaba unos periódicos extendidos en una esquina de la terraza. (era una terraza con muro de piedra, no era posible que nadie le viera desde allí. No hay que olvidar que estaba prohibido tener mascotas en aquellos pisos). Pensaba que lo mejor era ser precavida, aunque casi todos los días los papeles estaban limpios cuando los miraba. Estaba claro que esperaba pacientemente a que yo lo sacara. Eso sí, en cuanto llegaba del trabajo no tenía tiempo de dejar ni el bolso, teníamos que correr a la calle porque el pobre no podía más. Ya no me cabía la menor duda de que el perro había tenido algún tipo de adiestramiento, si no, no me lo podía explicar. Y eso de que no ladrara nunca... Desde luego era una suerte, porque de lo contrario habríamos salido de ese edificio a la voz de ya.

Cuando pude llevarlo al veterinario, me confirmó que estaba en muy buen estado y que no tenía ningún tipo de enfermedad. No le conté la verdad sobre cómo le había encontrado porque me dio un poquito de vergüenza. Sé que era una tontería, pues la que debía avergonzarse no era yo, pero no quería que creyera que era una loca que iba por ahí recogiendo todos los animales abandonados que encontraba. Una hora tonta la tiene cualquiera. El caso es que actué como si el perro fuera mío desde siempre y fuera solo a hacerle una revisión.

—Me he mudado a la ciudad no hace mucho y como hacía tiempo que no visitábamos al veterinario... Aunque parece estar en forma, lo he traído para asegurarme de que todo está correcto —improvisé con un cierto nerviosismo en la voz. Fingir nunca se me ha dado demasiado bien.

El hombre no hizo caso de mi inquietud o no la quiso notar. Supongo que para él lo importante es que había venido a verle y eso demostraba que me preocupaba por el animal. Le hizo unas cuantas pruebas, como mirarle los oídos y comprobar que las patas pisaban correctamente, y asintió satisfecho.

—No tiene de qué preocuparse —dijo, al fin, y yo me sentí aliviada.

Tenia previsto hacer algo más a fondo y, contar toda la verdad para ponerle el chip cuando regresara al pueblo en verano. Con el veterinario de allí sí tenía mucha confianza, había tratado a todas nuestras mascotas desde que era niña y no me importaba contárselo todo. Comprendo que no fue la mejor decisión que he tomado en la vida, pero tampoco estaba en ese momento para complicarme más la existencia. Por suerte, el veterinario no me interrogó mucho sobre Bond y no tuve que inventar demasiado.

Uf, ¡qué manera de irme por las ramas! Es que cuando me lanzo, no puedo parar. Todo este rollo que os he soltado ha sido para explicar que yo apenas había pensado en el guapo desconocido de la cafetería. Reconozco que su imagen había cruzado por mi mente, pero estaba tan ocupada que no podía decir que había estado pensando en él.

CAPÍTULO IX

—¡*H*a preguntado por ti! —fue lo primero que me espetó Amanda en cuanto llegué a la cafetería ese viernes. No me dio tiempo ni a dejar el bolso y la chaqueta en el vestuario.

—Que ha preguntado por mí... ¿quién? —respondí yo sin comprender. Ella soltó una risita antes de contestar:

—¿Quién va a ser? El chico guapo.

La verdad es que yo no sabía en ese momento a quién se refería, con la cantidad de cosas que tenía en la cabeza, no recordaba a ningún chico guapo. Amanda hizo un gesto de desesperación.

—Pero ¿cómo es posible que no te acuerdes? Ese hombre tan guapo que se sentó en aquella mesa dos días seguidos.

En ese momento me vino a la cabeza su imagen de una manera tan nítida que me sorprendió, la verdad.

—Vaya —dije yo porque no se me ocurrió otra cosa.

—Parece que has hecho una conquista ¡Qué suerte tienes! —siguió ella entusiasmada—. Víctor me lo ha contado, le llamé como siempre para saber si tenía que comentarme algo. Por cierto, la cafetera se estropeó ayer por la noche, pero consiguieron que funcionara —añadió recordando la conversación—, habrá que observarla. Bueno, pero eso es lo de menos. Lo importante es que me lo contó todo. Estuvo aquí el miércoles y le atendió él. Parece que se decepcionó al no encontrarte.

Le hice un gesto como queriendo quitarle importancia al asunto. No quería pensar que fuera algo más que una simple casualidad.

—Querría quejarse de algo —apostillé, aunque la verdad era que me sentía muy halagada por su interés.

«Así que ha preguntado por mí expresamente. ¿De verdad estará interesado en mí?», pensé, pero deseché la idea.

No quería hacerme ilusiones. Bastante trabajo tenía encima como para añadir inquietudes amorosas. Si quería algo de mí, tendría que ponerse a la cola y esperar a que acabara la beca.

—¿Cómo te ha ido a ti la semana? —pregunté a Amanda para cambiar de tema. Ya la conocía un poquito y sabía que seguiría insistiendo.

La gente suele preguntar a sus compañeros de trabajo cómo le ha ido el fin de semana, nosotros teníamos que preguntar cómo nos había ido la semana.

—Bien, bien —respondió con tono evasivo.

Yo, que había comenzado a colocar las tazas del café, paré un momento y la miré un poco escamada.

—¿No habrás vuelto a salir con...?

—Es muy buen chico —respondió ella un tanto a la defensiva, preparada para justificarlo como fuera.

—Pero Amanda... —le dije yo con un suspiro.

—De verdad que lo es. Sí, no estoy loca ni nada parecido. Es lo que pienso. Si lo conocierais mejor, lo sabrías —concluyó mientras se escabullía por la puerta lateral porque no quería seguir hablando—. Voy al almacén a ver si hay que acabar de ordenar, que ayer había muchas cajas amontonadas de cualquier manera y no puede ser. añadió mientras se escabullía por la puerta lateral porque no quería seguir hablando.

Amanda era una chica muy alta, guapa y muy llamativa, pero bastante ingenua. Había conocido a ese hombre hacía como un mes y no había tardado en traerlo a la cafetería para que lo viéramos. Desde el primer día no me gustó, y lo mismo le pasó al resto de compañeros. Había cierta chulería en su actitud, pero, sobre todo, era cómo la trataba. Le hablaba de una forma muy despectiva y lo peor era que ella no parecía notarlo o bien lo disculpaba. Cuando nos pidió nuestra opinión, fuimos muy sinceros y pareció tomar nota, dijo que en realidad no era nada serio y que iba a dejarle. Estaba claro que no lo había hecho. Yo esperaba que aquello no fuera a más porque, con su carácter impulsivo, podía ocurrir cualquier cosa.

La tarde pasó con bastante rapidez. El hecho de que al día siguiente fuera sábado parecía animar a la gente a salir como anticipo del fin de semana. ¡Ah! Aquellos tiempos en los que yo también hacía lo mismo. En fin, estaba siendo una jornada bastante movida de trabajo, pero eso no impidió que me diera cuenta de que el «chico guapo» había llegado. Y Amanda también se percató de ello.

—¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí! —exclamó entusiasmada—. Ya sabía yo que vendría, ya lo sabía yo —repitió.

Le faltó aplaudir. Y es que a veces era como una niña pequeña.

—¡Chist!, qué te va a oír todo el mundo, incluido él —susurré yo tratando de calmar su entusiasmo.

Había conseguido ponerme nerviosa. Cuando cogí la carta para llevársela, me temblaban las manos. Respiré hondo un par de veces y me controlé. Soy muy buena en eso, él no tampoco notaría que también me temblaban las piernas, como de costumbre en esos casos.

—Buenas tardes, ¿desea mirar la carta de cafés? —pregunté al llegar a su mesa. Soné tan profesional que nadie hubiera podido pensar que había algo en el ambiente que me afectara.

Él me miró y sonrió de una forma que a punto estuve de mandar a paseo mi profesionalidad y ponerme a tartamudear.

—No, gracias, sé lo que quiero.

Lo dijo con tanta intención que me pareció que iba dirigido a expresamente mí, y creo que me sonrojé un poquito porque las mejillas comenzaron a arderme. Deseé que no lo hubiera notado.

—Pues, ya me dirá —y lo dije sin tartamudear.

—Un café largo —respondió.

—Enseguida —repliqué, alejándome a toda prisa para servir el pedido y acabar de una vez con aquella situación.

Creo que él me estuvo observando todo el tiempo, pero no puedo asegurarlo porque yo no quería mirar en su dirección y casi estuve a punto de pedirle a Amanda que le llevara ella el café.

—Si estás pensando en que le lleve yo el pedido a ese tío guapísimo, olvídalo, no está en mi zona. Como ves estamos todos hasta arriba de trabajo —me dijo Amanda en cuanto llegué a la barra.

Parecía mentira, pero a veces daba la sensación de que esta chica te leía el pensamiento. Mientras preparaban el café, me quedé detrás de la barra y desde allí pude observarle un instante, porque íbamos a destajo. Parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo para salir a la

vez. Aún así, pude fijarme en sus manos, ¡que manos! Eran grandes y fuertes... Todo él era como un sueño. ¿Cómo no me iban a temblar las piernas cuando estaba cerca? Me temblaba todo el cuerpo. Y yo que no quería líos... En ese momento decidí mantenerme firme y no ceder.

Pero, claro, era un cliente y Amanda no quería colaborar en mis planes de mantenerme alejada, así que tuve que llevarle yo el café. La situación me parecía absurda y repetitiva, porque me daba la sensación de que no dejaba de llevarle café a aquel hombre; era ya la tercera vez en poco tiempo. En fin, cogí la bandeja con cuidado, cuando estaba él cerca mis manos empezaban a tener vida propia, y otra vez me acerqué a su mesa. Le dejé el pedido y la cuenta y me dedicó otra de sus miradas penetrantes.

—Gracias —dijo con voz profunda.

—No hay de qué —contesté y me giré tan rápido que no le dio tiempo a añadir nada más, aunque sí me pareció que quería decirme algo.

Tenía que irme antes de que mi autocontrol desapareciera y los nervios ocuparan su lugar. Además, me habían llamado de otra mesa, estábamos en hora punta y no dábamos abasto. Sergio (recordemos que yo aún no sabía quién era) se quedó mirando cómo me alejaba un poco desconcertado, pero, al final, se echó a reír.

CAPÍTULO X

—Sí, Bond. No sé por qué lo hice, pero estaba tan cansada...

Mientras desayunaba, sentada en el taburete frente al mostrador que separaba la minúscula cocina de un salón no mucho más grande, no paraba de darle vueltas a la escena que había tenido lugar la noche anterior, cuando acabé mi turno en la cafetería. Como ya expliqué, había sido una tarde de muchísimo trabajo, todo el mundo parecía haber decidido salir a tomar algo por ahí al mismo tiempo. Ya sabéis, el «chico guapo» —todavía desconocido para mí, no me canso de recordarlo— esperaba su pedido que, al final, llevé yo misma. Había tanto público que apenas me dio tiempo susurrar un «aquí tiene su café» cuando me reclamaron de otra mesa. En el fondo, eso me alivió: no hubo lugar para preguntas ni charla y pude mantener mi autocontrol intacto. Mi sorpresa fue mayúscula cuando al salir de la cafetería, vi que estaba allí en la puerta esperándome. Debió notar mi gesto y mi cara de asombro porque dijo un tanto titubeante:

—Sé que no esperaba algo así... Intenté hablar con usted antes, pero no fue posible.

Yo estaba agotada. Ansiaba relajarme un ratito paseando a Bond y meterme en la cama a descansar. No tenía fuerzas para nada a esas alturas de la semana y menos a esa hora. Mi lado práctico y, en este caso, un poco borde salió a relucir y dije:

—Tiene razón, no me esperaba que estuviera en la puerta. Mire, no tengo tiempo para esto. No sé que se habrá pensado, pero que un empleado sea amable con un cliente solo significa eso, que intenta hacer bien su trabajo.

Ahora el asombrado era él. Creo que no imaginaba una respuesta semejante.

—Le aseguro que no era mi intención molestarla. Solo quería charlar con usted que, por cierto, no es un modelo de amabilidad.

No sé si he dicho que cuando estoy muy cansada me pongo de muy mal humor, sobre todo con quienes se interponen en mi camino hacia la cama.

—¿Cómo se atreve? Le he tratado con total corrección y es usted el que se está pasando de la raya —exclamé muy enfadada.

El joven abrió más los ojos y me miró de una forma que no supe descifrar.

—Si se pone así, es mejor que lo dejemos estar —respondió él.

—¡Por supuesto que es mejor! —lancé yo.

—Pues buenas noches —bramó.

—Buenas noches —amenacé

Sí, amenacé, porque nos habíamos deseado pasar una buena noche de tal forma, que más parecía que estuviéramos lanzándonos terribles amenazas. La conversación había tenido lugar en la acera, frente a la puerta principal de la cafetería, por donde, afortunadamente, no pasaba nadie a esa hora ni había compañeros a la vista. Después, con el nuevo día, ya despejada y descansada, lamenté lo ocurrido y haberme puesto de aquella manera.

—De verdad que yo no soy así —le dije a Bond que esta vez no me hizo mucho caso, atareado como estaba con un trozo de pan que se me había caído. Siempre era más rápido que yo y no me daba tiempo a quitárselo.

Volviendo al otro asunto, era cierto que yo no era así, pero el cansancio y la presión de los últimos meses estaban haciendo mella en mí. ¡Cómo deseaba que se acabara ya! Sí, podía dejarlo si no aguantaba más, pero entonces todo el esfuerzo realizado no habría servido para nada. Tenía que recordarme esto cada vez más a menudo.

—Lo sé, papá. Lo sé —dijo Sergio con tono conciliador.

—Estoy desesperado —murmuró un hombre de pelo cano y fuerte complexión—. El banco no deja de presionar y no sé hasta cuándo aguantaremos.

Esta escena tenía lugar a kilómetros de distancia de mi casa y, en cierto modo, mostraba otra cara de la crisis por la que estábamos pasando todos.

—¿De verdad que no quieres tomar nada?

—No, papá, de verdad. No te preocupes por mí.

—Lo que de verdad me preocupa son tu madre y tus hermanas. Tu hermano y tú ya tenéis el camino elegido. Y, por supuesto, nuestros empleados. No quiero ni pensar que llegue el momento en que tenga que empezar a despedir gente, pero no veo otra salida para salvar algo de la empresa si esto sigue así.

El hombre se sentó con desgana en el sofá frente la chimenea.

—Y esos buitres han empezado a revolotear enseguida. He recibido ya tres ofertas para comprar la empresa por una miseria. No ofrecen ni la mitad de su valor, pero si lo hago, si vendo, ya sé lo que pasará: despedirán a todos de inmediato. No puedo hacer eso, no puedo.

Sergio miró con preocupación a su padre. Si continuaba así, acabaría enfermo. Había acudido a la casa familiar porque su madre le había llamado. Estaba tan inquieta y preocupada por su marido que pidió a su hijo que fuera a hablar con él.

—A ver, no hay motivo para inquietarse —mintió solo un poco—. Aunque no haya firmado aún los contratos publicitarios, Alfonso me ha asegurado que está hecho. Ya solo es una cuestión de papeleo. Si quieres, la próxima vez que vayas al banco, iré contigo y hablaré con ellos.

Su padre sonrió y puso la mano en el hombro a Sergio, que se había sentado a su lado en el sofá.

—Pero es me duele que tengas que pagar tú el desaguisado con tu dinero. Ese que ganas con tanto esfuerzo —dijo pensando en las lesiones que había sufrido los últimos tres años y que había superado con tesón, voluntad y con mucho sacrificio.

Sergio hizo un gesto con la mano como queriendo quitar importancia al asunto y respondió:

—Es la empresa familiar, por lo que también es mi responsabilidad. Así que, no es que yo regale nada, sino que invierto en una empresa que también es mía.

Sergio padre, pues se llamaban igual padre e hijo, sonrió de nuevo. Estaba muy orgulloso de su hijo por muchas razones, pero, sobre todo, por lo generoso y buena persona que era.

—Bien —dijo el hombre cambiando de tono para relajar el ambiente—. Voy a pedirle a Tana que nos prepare el mejor aperitivo que pueda. Después de tantos años, no tengo que decirle nada más, ya sabe lo que nos gusta —añadió y salió de salón.

Sergio se quedó pensativo en el sofá. Sin quererlo, pasó de la situación económica de la empresa a a la chica de la cafetería (y yo sin enterarme). Estaba enfadado, pero enfadado consigo mismo, por haber cedido al impulso de quedarse hasta que cerraran para hablar con ella. No entendía por qué lo había hecho, al fin y al cabo, chicas como ella había a miles y a alguien como él nunca le faltaban voluntarias para salir o lo que fuera, pero le había intrigado desde el día en

que le había puesto en su sitio como cliente. Después había respondido de forma cortés y cuando se había sentido menospreciada, había sabido defenderse. Eso le había gustado. Aunque lo de la noche anterior no tenía excusa. Esta vez sí que le temblaba el labio superior al contestarle de aquella manera tan airada. Esos labios, que descubrió, estaba deseando besar.

—¿Qué se habrá creído? —murmuró irritado por sus propios pensamientos—. Lo mejor será no volver por esa cafetería. —Decidió al final.

Había pretendido ser amable y quizás charlar un poco, pero ella había actuado como una loca. Eso era lo que pensaba, pero, por alguna razón, no podía quitarse a esa loca de la cabeza.

CAPÍTULO XI

—¿Cómo? ¿Otra vez quieres que nos veamos en esa cafetería? —preguntó Sergio incrédulo a Alf que le escuchaba al otro lado del auricular.

—Sí, es importantísimo. Tengo ya un precontrato para que lo revises y no me va bien que sea en la oficina. Esta tarde estaré por aquella zona y es lo más cómodo —respondió con aire inocente.

Sergio resopló, como casi siempre que hablaba con Alf. No podía dejar pasar el contrato, así que, aunque sabía que se iba a arrepentir de haber cedido, accedió a verse con su asesor allí.

Pues sí, Sergio se arrepintió de haber ido nada más pisar el local. Era sábado y seguro que aquella chica estaba allí. A lo peor llegaba a pensar que era una especie de acosador. Procuró sentarse esta vez en una zona diferente de la cafetería. Le fastidió comprobar que había fotógrafos en la terraza. Parecía que iban a hacer un reportaje o una sesión con modelos.

—El jefe ha accedido a que hagan una sesión de fotos siempre que no molesten a los clientes. Es curioso, pero han insistido en que se hiciera con la cafetería abierta al público y con clientes de verdad. Para darle más realismo, dicen. Deben haber pagado bien —informó Amanda al darse cuenta del interés con que miraba ese cliente a los fotógrafos.

Cuando el cliente en cuestión la miró, Amanda sonrió de oreja a oreja al darse cuenta de quién era.

—Esta no es la zona de Helena —dijo guiñando un ojo. Sergio la miró confuso, pero enseguida lo comprendió.

—No, yo no... —balbuceó porque no acertaba a encontrar una respuesta.

—No se preocupe. Esto lo arreglo yo —dijo Amanda muy dispuesta.

«Al menos he averiguado cómo se llama», pensó él.

Amanda dio media vuelta y se dirigió de nuevo a la barra. Susurró algo al oído de la encargada y ésta le sonrió. Después me llamó. Yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Esta tarde cambiaremos las zonas. Amanda, tú te ocuparás de ese lado —dijo señalando la parte de la terraza más cercana a la avenida—. Tú, Fran, al centro y tú, Helena, harás la zona que suele atender Amanda. Así los clientes ven caras nuevas.

Resoplé y miré a Amanda. No podía entender la expresión de su cara, como si esperara algo. Enseguida lo comprendí todo. En cuanto levanté la vista hacia su zona de mesas y le vi allí, esperando con aspecto nervioso.

—Pero, ¿cómo se te ocurre? —le medio grité a mi compañera, que no sabía nada de la desagradable escena que habíamos protagonizado él y yo unos días antes.

—Ya me lo agradecerás luego —dijo tan campante y se escabulló detrás de la barra.

No recordaba haber estado tan nerviosa desde hacía mucho tiempo. Me sentía avergonzada por cómo había tratado a aquel hombre hacía unas noches y no sabía qué cara poner al acercarme a su mesa.

—Seré profesional y ya está —me dije, dispuesta a actuar como si no hubiera pasado nada.

El joven miraba en dirección contraria cuando llegué a su altura. Me puse muy derecha y procuré sonar lo más serena posible, pero hablé en voz tan baja, que no oyó una palabra de lo que le dije.

—¿Qué va a tomar? —pregunté de nuevo muy digna. Esta vez me miró fijamente y me dijo:

—Le aseguro que no era mi intención molestarla. Ni la otra noche ni ahora... De hecho, me había sentado aquí para que no tuviera que «aguantarme», pero su compañera...

Yo le sonreí. Estaba tan incómodo como yo y, después de todo, era yo quien le debía una disculpa.

—Siento mucho lo que le dije la otra noche... Pero estaba tan cansada que no podía ni pensar.

—No fue muy amable, la verdad...

—Sí, lo sé. Lo siento de veras. No sé cómo disculparme por mi comportamiento. Pareció animarse por mi cambio de actitud. Sonrió y me tendió la mano:

—¿Amigos? —preguntó.

Me pilló por sorpresa su gesto, pero reaccioné con rapidez y le di la mano también.

—Amigos —contesté.

Nos quedamos en silencio un rato. Me sentía incómoda por si la encargada me veía de plantón junto a una mesa, pero después de lo ocurrido no quise parecer borde otra vez.

—Quizás podríamos vernos cuando salgas del trabajo para charlar y eso...

—Es que salgo muy tarde y lo único que me apetece es irme a casa.

Asintió con una expresión que casi podría haber definido de impotencia. Me resultaba curioso verle tan inseguro, porque me daba la impresión de que no era esa clase de hombre, en absoluto, pero mi padre suele decirme que cuando me pongo sería, tengo una personalidad que puede llegar a intimidar. Tal vez tenga razón. Por eso añadí:

—Mira, el próximo miércoles es fiesta y no trabajo en ninguna parte. Si quieres podemos ir a tomar un café.

—No sé si estaré libre —dijo sonriendo. Al ver mi cara de boba, supo que se había vengado—.

Es broma. ¿A las cinco te va bien?

—De acuerdo —respondí—. Y ahora, ¿me dices qué vas a tomar antes de que la encargada la emprenda a gritos conmigo?

Me alejé después de tomar nota al pedido, dejándolo a solas con sus pensamientos. No había caído en la cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaba y había quedado con él en la puerta de la cafetería el siguiente miércoles a las cinco. Por su parte, él se sentía enfadado y satisfecho a partes iguales.

«¿Serás idiota? ¿No dijiste que no ibas a intentarlo más? Te has humillado a base de bien. pero por lo menos ha sido efectivo...», pensó..

Le resultaba atractiva esa chica que parecía no tener ni idea de quién era y a quien no parecía impresionarle en absoluto. Era refrescante y, le intrigaba. Pronto llegó Alfonso y le dejó bien claro lo que pensaba de que lo tuviera yendo y viendo a la cafetería, pero éste le mostró el borrador del contrato que con tanta urgencia necesitaba firmar, y se vio obligado a calmarse.

Cuando se levantaron para marcharse, el joven miró en mi dirección y me hizo un gesto con la mano, que yo correspondí. No me fijé en la sonrisita de su acompañante al verlo, pero Amanda sí. Y enseguida me informó de ello.

—Seguro que le ha hablado de ti a su amigo, que por cierto, que pinta más rara tiene —sentenció tan entusiasmada como si le hubiera pasado a ella.

—¿Rara? —respondí yo. Lo cierto era que ni me había fijado en el acompañante de Sergio.

Entre el trabajo y que, aunque no quisiera reconocerlo, sólo tenía ojos para él cuando estaba allí, no podría decir ni que color de pelo tenía aquel hombre.

—Es maravilloso —insitió Amanda soñadora.

Y es que esta chica era de lo más parecido a una niña grande. Por eso había que echarle un ojo de vez en cuando. Ya me lo había advertido otro compañero de la cafetería cuando empecé a trabajar allí. Lo cierto era que todos los compañeros la cuidaban bastante.

—Es un encanto, pero está chiflada, ya verás... Es muy impulsiva y no suele pensar demasiado lo que hace. En realidad, es como una niña pequeña que se encontrara atrapada en un cuerpo adulto —me habían dicho.

Así, entre las sonrisitas de Amanda y el ajetreo del fin de semana, pasó la tarde casi sin sentir. Estábamos ya recogiendo para cerrar, apilando las mesas y ordenando las tazas y vasos. Amanda estaba más callada que de costumbre, parecía que estaba reflexionando sobre algo importante, cosa que nos sorprendía mucho a todos. No obstante, no quisimos interrumpir sus pensamientos hasta que gritó de repente:

—Ya sé quién es, acabo de recordarlo: es Sergio Noel, el famoso tenista. ¡Qué suerte tienes!

CAPÍTULO XII

Alf había pasado la tarde en el gimnasio, sin pisar la oficina. Aunque solo fuera lunes, creía que se lo había ganado. Mientras corría en la cinta, repasaba mentalmente los acontecimientos de los días anteriores, estaba satisfecho. Por una parte, había conseguido que los patrocinadores interesados en Sergio accedieran a preparar un precontrato; eso sí, después de asegurarles que la imagen del tenista iba a mejorar. Para empezar, la demanda a los medios que habían publicado titulares falsos era un hecho, y, después, les convenció de que había una noticia que estaban reservando para cuando la ocasión fuera propicia y que lo cambiaría todo. La gente volvería ver en el joven al muchacho simpático, agradable y de fiar que siempre había sido y que, en realidad, nunca había dejado de ser.

Aunque cuando llegó a la cafetería iba a echarle la bronca por no haberse sentado «en su mesa preferida», tal como le había pedido, enseguida descubrió que, a pesar de ser una zona diferente del local, le atendía la misma camarera, y hasta le hizo un gesto al salir. Parecía que simpatizaban. Una vez más, sentía que el destino era su aliado y le facilitaba los planes. Estaba convencido de ser un hombre muy afortunado porque, casi siempre, cuando se proponía algo, los acontecimientos solían alinearse en esa dirección.

Paró la cinta y se bajó. Ya se había esforzado suficiente por ese día. Le esperaba un baño caliente.

No todos los personajes de esta historia tenían el estatus y la suerte de Alfonso Bernal. Ana, ayudante y secretaria del productor del programa en que Bond —y yo sin quererlo— habíamos sido los protagonistas, acababa de sentarse a su mesa y miraba con desgana el teléfono. Estaba segura de que terminaría cogiéndole manía si seguía así.

—Si a primera hora de la mañana ya estoy tan animada... —murmuró con cierta resignación. Su lunes no había empezado de manera muy prometedora.

Cuando le propusieron trabajar con uno de los productores de televisión más influyentes del país, no pudo creerlo. Era un sueño hecho realidad, de esos que no imaginas que vayan a cumplirse nunca.

—¡La de cosas que aprenderé! —había exclamado.

Y, desde luego, había aprendido mucho, pero no lo que ella hubiera pensado. Eso de utilizar trucos publicitarios, algunos bastante sucios, según su opinión, para vender un programa como fuera, no era lo que esperaba. Sí, se consideraba una ingenua y más después de lo vivido durante esos dos años que llevaba a las órdenes de su jefe.

—¡Cómo me gustaría estar en informativos! —suspiró.

Tenía claro que, si seguía en televisión, lo haría en otra clase de programas. Pero la realidad inmediata era que no podía dejar su trabajo porque necesitaba el dinero y aún no tenía suficiente confianza con otros jefes de la cadena para pedirles que la tuvieran en cuenta si quedaba alguna

vacante en informativos o en documentales. Había llegado un punto en que casi hubiera preferido que la llevaran a servir café a los ejecutivos de la cadena, con tal de no oír más a Erika von Auersperg repetirle por enésima vez lo valiosísimo que era su perro, Arla y cuánto les iba a costar si no lo tenía a tiempo para participar en las mejores competiciones del año. Aún recordaba la cara que había puesto su hermana cuando se empeñó en fotografiar a su mascota, pero de forma que no se la viera bien del todo, porque lo necesitaba para el trabajo. Se reafirmó en su idea de que todos los que trabajaban en televisión debían estar locos. Y, en este caso, Ana no tenía argumentos para defenderse. Encendió el ordenador intentando no pensar más en aquello.

«A lo mejor hoy tengo un día tranquilo», pensó esperanzada. Entonces sonó el teléfono.

—¡Que no sea ella! ¡Que no sea ella! —exclamó con aprensión. Respiró hondo y descolgó el auricular.

—¿Diga?

La joven miró al techo y respondió:

—Buenos días, señora von Auersperg.

CAPÍTULO XIII

*E*staba en casa sentada a la mesa para cenar con Bond a mis pies; la mesa era tan pequeña que llamarla mesa me parecía excesivo, sí, tenía el tamaño de un taburete. Había sido un lunes muy largo. Últimamente me parecía que siempre era lunes. No me había repuesto aún de la sorpresa de que mi «hombre guapo» fuera un personaje conocido. ¡Y tanto que era conocido! A mí me sonaba su nombre, claro, como a casi todo el mundo, pero al no haber seguido nunca demasiado el tenis, no tenía ni idea de cómo era su cara; hasta entonces. Sí que me había resultado familiar la primera vez que le vi, sin duda porque le había visto en televisión o en la prensa alguna vez. Aproveché la conexión a internet del periódico, en casa no me podía permitir tenerlo ,para hacer una búsqueda. Había sido campeón de Roland Garros, del Open de Australia, del Conde de Godó... ¡Qué sé yo! Había ganado todo lo que se podía ganar en tenis menos Wimbledon que, parece ser, era un título que se le resistía. Había sufrido lesiones las últimas temporadas y en ese momento se encontraba en período de recuperación.

Pero cuando el corazón se me paralizó fue cuando leí un titular: «La novia de Sergio Noel realiza una denuncia por malos tratos». Aguanté la respiración mientras leía la noticia. Entonces me enfadé de veras. Si leías la noticia entera veías que no era «la novia de Sergio Noel», sino «la exnovia de Sergio Noel», y había puesto una denuncia contra su actual pareja, no contra Sergio. Quizás por mis deseos de trabajar en ese mundo, mi enfado fue mayor. No me parecía ético utilizar ese tipo de trucos para atraer lectores. Además, es algo contraproducente. En el cuerpo de la noticia sí dejaban claro que no se trataba del tenista, pero el titular no es que fuera confuso, es que era falso. Ni la antigua novia ni su actual pareja eran conocidos, por lo que, si querían vender la noticia, tenían que usar el nombre de Sergio. Me pareció una jugada asquerosa. Y eso sin contar el daño que hacían a la imagen de una persona inocente que nada tenía que ver con aquello.

—Bond, hay gente muy mala por ahí —le dije señalando con el dedo.

Él lo olisqueó, me dio un lametón y siguió a lo suyo, que en este caso era inspeccionar con muchísimo cuidado la portada del cuaderno que había dejado sobre una silla. Entonces surgió en mi mente una duda:

—¿Por qué un hombre así querría quedar con una camarera? —me pregunté en voz alta.

Sergio se movía en unos círculos sociales que le permitían conocer a toda clase de chicas y mujeres famosas, ricas, influyentes... Como soy bastante desconfiada aquello me resultó extraño, pero decidí concederle el beneficio de la duda. Eso sí, me propuse tener cuidado, nunca se sabe.

Después de la cena, me llevé a Bond a dar un paseo porque necesitaba despejarme un poco. Realizamos nuestro protocolo de cada día para no ser descubiertos y estuvimos por el parque un buen rato, pero yo no podía dejar de pensar en Sergio y en quién era. Me estaba poniendo muy nerviosa, así que, cuando volvimos a casa, decidí que lo mejor sería retomar mi idea de escribir la historia de como conocí a Bond. Eso me ocuparía la mente y me serviría de distracción, pero no me vino ni una sola idea. Estaba en blanco.

—No se me ocurre nada —dije en tono lastimero.

El animal levantó las orejas como para comprobar si había algún problema en el que él tuviera que intervenir. Estuvo así unos segundos, pero en vista de que yo no decía nada más, se relajó. Yo tenía el cuaderno abierto con la esperanza de que se me iluminara la mente, pero no había escrito más que un par de frases que no me convencían en absoluto.

—«Anoche soñé que volvía a Manderley». ¿No te parece una frase estupenda para empezar una historia? El problema es que se le ocurrió a Daphne du Maurier antes que a mí.

Esta vez Bond levantó la cabeza y se quedó mirándome fijamente como solía hacer cuando yo empezaba a soltar un discurso. Era de los mejores públicos que había tenido.

—O, también, «Eran las cinco de una madrugada de invierno en Siria» o, incluso, «Ya era de noche cuando K. llegó», pero volvemos a tropezar con la dificultad de que se les ocurrieron a la Christie y a Kafka antes que a mí —añadí con tristeza sacudiendo la cabeza—. No me negarás que son evocadoras. ¿No te dan ganas de seguir leyendo cuando lees frases como esas?

Acaricié el lomo de Bond que se dejó hacer con mucho gusto.

—¿Por qué no se me ocurren a mí cosas así? —dije sacudiendo de nuevo la cabeza.

El perro no me quitaba ojo y, animada por su atención, decidí continuar con mi disertación:

—No creas que la última frase no tiene importancia. Concluir bien una historia también es muy difícil. Por ejemplo: «...porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra». Punto final, ¿qué más se podría añadir? Nada más. Sí, sí, ya sé lo que estás pensando, que García Márquez la escribió antes que yo. Ya lo sé, ya. Anda Helena, deja de hacer el tonto y de darle la vara a un pobre animal inocente —me dije al fin.

Era inútil, esa noche no iba a adelantar nada, demasiadas emociones que me distraían. Por tanto, decidí que, como no me venía ninguna idea decente, haría una relación de los hechos. Me limitaría a apuntar lo que había ocurrido desde que vi a Bond bajo aquella mesa, hasta el momento actual de manera telegráfica. De esta forma tampoco olvidaría ningún detalle. Luego ya vería si era capaz de darle forma.

Quizás tuviera que afrontar la posibilidad de que yo no sirviera para periodista. Era una posibilidad a tener en cuenta, desde luego. Si analizábamos la situación y mi experiencia laboral, tenía que reconocer que como documentalista no era del todo mala; que dar clases de apoyo a los niños se me daba bastante bien y que hasta resultaba una camarera presentable. Por tanto, si no quería volver al negocio familiar y seguía empeñada de hacer una carrera por mí misma, tenía varias opciones. Claro que no era lo que siempre había soñado, no se parecía en nada, pero era algo. Me consolé con esos pensamientos. Era un pobre consuelo, desde luego, pero era un consuelo, al fin y al cabo.

CAPÍTULO XIV

*E*staba como un verdadero flan. Había esperado como agua de mayo aquel día de fiesta. Ni recordaba ya cuándo había tenido un día libre. Mi intención era levantarme muy tarde, pero los nervios de pensar que a las cinco de la tarde me iba a encontrar con aquel hombre, que había resultado ser alguien muy conocido, me sacaron de la cama antes de lo previsto. Aún así, me había levantado un par de horas más tarde que de costumbre y eso se notaba en la expresión de mi cara y en mi humor matinal. Hacía tiempo que no me sentía tan descansada. Bond no paraba de seguirme a todas partes, creo que por la sorpresa de que estuviera en casa a esas horas.

—Vamos a desayunar bien que hoy vas a tener un paseo de los buenos —le dije muy animada.

Cuando nos disponíamos a salir, alguien llamó a la puerta. Yo me quedé petrificada, pero ante la insistencia, dije:

—Un momento, ya voy.

Tenía que esconder a Bond que ya estaba acomodado en el bolso para nuestra rutina diaria. Puse la cesta en el dormitorio, sin sacar al perro para que no anduviera paseándose por la habitación, y me dirigí a abrir la puerta.

—Buenos días, Helena.

—Buenos días, señora Díaz. —Era la portera.

«¿Qué podrá querer?», pensé mientras abría el cerrojo.

Yo me había quedado de pie en la puerta bloqueando el paso hacia el interior de la casa, pero la mujer no dejaba de mirar por encima de mi hombro.

—Verás, no sé como decirlo, pero...

Me temí lo peor. ¿Habrían visto a Bond desde alguna terraza o algo así?

—Bueno, lo mejor es decirlo de una vez. Sabes que no se admiten más inquilinos que los que aparecen en el contrato y que la comunidad de vecinos aprobó una norma para que no se produjeran visitas..., nocturnas...

Me quedé mirándola con cara de tonta porque no entendía nada de lo que me estaba diciendo. ¿Por qué no podía hablar esta mujer con claridad?

—Algunos vecinos dicen que se han oído ruidos cuando estas fuera y que, a veces, parece que no estás sola en casa. Como comprenderás para mi es muy violento tener que decirte esto, pero si tienes un «novio», es mejor que seas más cuidadosa.

—Pero yo no...

—Sí, ya sé —añadió la señora con gesto comprensivo—, eres mayorcita y muy capaz de tomar tus decisiones, pero, yo, como portera de la finca, no puedo dejar de comprobar las cosas si recibo alguna queja.

Me estaba enfadando por momentos. ¿Y qué si tenía un novio? ¿Qué le importaba a los demás? Qué gente más cotilla y qué poco tenían que hacer.

—Ha sido ese metomentodo del segundo, ¿verdad? ¡Ah!, y la «señora» del tercero A..., seguro.

La señora Díaz sonrió por lo bajo como indicando que había acertado, pero dijo:

—Oh, yo no puedo decir quién se ha quejado, pero debes ir con cuidado. Sabes que si recibo varias quejas, tengo que ponerlo en conocimiento del dueño del piso. Si me dejaras pasar para que comprobara que no hay nadie, sería otra cosa. Esta misma mañana ya me han dicho que te han oído hablando con alguien. Si entro y veo que estás sola, puedo decirles que quizás debían comprarse un aparato para el oído...

Me asusté. Si entraba podría ver a Bond, pero si no la dejaba pasar sospecharía y entonces sí podría tener problemas.

—Estaba hablando por teléfono... —insistí en un intento desesperado de que la portera no entrara en la casa.

La mujer se encogió de hombros.

—La mejor manera de acabar con las sospechas es que me dejes entrar a echar un vistazo, pero si no quieres... —añadió con un tono de advertencia.

Suspiré y dije apartándome de la puerta:

—Está bien, pase. No se asuste por el desorden. Hoy es el primer día libre que tengo en meses y no me ha dado tiempo a hacer gran cosa —le avisé.

Esperaba poder arreglar un poquito la casa después del paseo con Bond. En fin, ¿qué más daba? Si Bond se había hartado y había salido de la cesta o asomaba el hocico cuando la portera estuviera en la habitación, se acababa el asunto.

—No te preocupes, ya sé lo ocupada que estás... Vas de cabeza.

Asentí. Qué razón tenía. La mujer echó un vistazo rápido al salón y a la cocina. No había sitio para que nadie se escondiera, después pasó al cuarto de baño y, por fin, llegó el turno del dormitorio. Me adelanté, le abrí la puerta y me puse de un salto al lado de la cesta. No había rastro de Bond por la habitación. Me sentí más aliviada.

—No hay nadie —dijo la señora Díaz, aún un poco sorprendida por cómo había corrido para entrar en el dormitorio.

De forma disimulada, metí la mano en la cesta y toqué algo peludo. Sonreí de oreja a oreja, pero cuando Bond notó que le tocaban, levantó el hocico para olisquear qué pasaba. Justo cuando la portera se volvía hacia mí, satisfecha de que sus pesquisas no hubieran dado resultado.

—¡Ya ve que no hay nadie! —grité yo en un tono un poco más subido de lo que hubiera querido, los nervios me jugaron una mala pasada.

Bond se asustó y gruñó un poco, pero lo hizo tan bajito que ella no lo oyó. Yo también me asusté y, sin dejar de disimular, bajé suavemente la cabeza del perro para que no se viera. La señora Díaz me miró alarmada. Me sentía como la protagonista de una comedia de enredo.

—Tranquila, mujer. Ya veo que no hay nadie. Creo que deberías tomarte un descanso... Tantas prisas no pueden ser buenas, acaba una con los nervios destrozados —concluyó cuando nos dirigíamos hacia fuera.

—Tiene razón, tiene toda la razón —asentí mientras abría la puerta de la casa esperando que se fuera lo antes posible.

—Vosotros, los jóvenes, siempre corriendo... Y es lo que yo digo, si hay tiempo para todo, ¿a qué tanto correr?

—Estoy al cien por cien de acuerdo con usted —añadí a punto de retorcerme las manos por los nervios.

—Bueno, pues me alegro de que todo haya salido bien —insistió de nuevo.

Se quedó parada en el rellano de la escalera, no parecía tener mucha prisa por marcharse. Hice

un gesto de desesperación en un momento en que ella miraba hacia otro lado. Por fin, le dije:

—Verá, tengo prisa... Quiero aprovechar el día libre.

—Oh, claro, claro. Discúlpame, a veces no me doy cuenta. Que me alegro por todo. Y ya sabes, si necesitas algo...

—Sí, sí. Ya lo sé. Muchas gracias —concluí cerrando la puerta.

Cuando me quedé sola, me apoyé en la puerta durante unos instantes y suspiré. Cada vez estaba para menos trotes como ese. Era justo lo que necesitaba para ir tranquila y relajada a mi cita. Me fui al dormitorio y cogí a Bond en brazos. Mirándole a los ojos, le dije:

—Hemos superado el primer gran asalto, pero no sé si seríamos capaces de sobrevivir a otro. Por lo menos, yo no. Procuraré hablar más bajito y tú tendrás que intentar hacer menos ruido cuando yo no estoy en casa.

Él se limitó a mirarme e intentar darme un lametón en la nariz.

CAPÍTULO XV

Sergio esperaba a la puerta de la cafetería. Hacía buen día y mucha gente paseando por los alrededores. Había quién le miraba con curiosidad, seguramente le habían reconocido. Al notarlo se puso tenso, pero nadie le molestó. Sin duda, no eran *paparazzis*. Respiró aliviado.

«Pero, ¿qué tonterías son éstas? Vamos, tienes que calmarte, Sergio», pensó con cierta irritación.

No quería admitirlo, pero estaba algo nervioso. Aunque le costara reconocerlo, se había acostumbrado a las mujeres que le adulaban y que hacían cualquier cosa por estar a su lado. Estaba claro que esta chica era diferente. Al mismo tiempo, se alegraba de que los periodistas no le hubieran molestado en las últimas semanas. Parecía que la demanda que había interpuesto contra los medios que habían publicado titulares falsos sobre él, había dado resultado y le habían dejado en paz. Estaba acostumbrado a aparecer en la prensa deportiva y esa incursión en otro tipo de publicaciones, no le había gustado nada. Esperaba que todo aquello se hubiera acabado de manera definitiva, aunque no podía evitar que se le pasara por la cabeza lo que su entrenador, Nacho, le había sugerido: que quizás lo mejor era no volver a salir con nadie hasta que pasara un poco más de tiempo y todo se olvidara por completo.

—Espero estar haciendo bien —murmuró en voz baja, cuidando de que nadie le oyera. No quería ni pensar en volver a estar en el centro de la vorágine periodística por algo que no fuera el tenis, es decir, por algo que no fuera su trabajo.

De todas formas, llevaba ya unos meses de tranquilidad en ese aspecto y estaba contento por ello. Ese pensamiento hizo que se relajara un poco. De no haber sido así, de no haber podido ir tranquilo por la calle, no hubiera quedado con nadie. No quería aparecer de nuevo en la prensa del corazón y, mucho menos, arrastrar con él a ninguna pobre chica ajena a ese mundo. De haber tenido alguna sospecha de que los periodistas aún le seguían, habría hecho caso a su entrenador sin dudarle. Cada vez que pensaba en la caravana de fotógrafos haciendo guardia en la puerta de su casa o en la aprensión a la hora de abrir el periódico cada mañana, se le ponían los pelos de punta. Por nada del mundo querría vivir otra situación así. En cualquier caso, ya era tarde para arrepentirse. Había quedado con una chica y no podía echarse atrás. Miró de nuevo su reloj. Parecía que se retrasaba.

Giré la esquina echa un manojito de nervios por culpa del sobresalto con la señora Díaz, de Bond y de tener una cita con uno de los solteros de oro del momento. Mis pies casi no tocaban el suelo. Debo admitir que al saber quién era en realidad mi cita..., aunque, ¿de verdad podía llamarla así? solo habíamos quedado a tomar un café, el café de la paz, podríamos decir. Pero, en fin, no nos desviemos, decía que se me había pasado por la cabeza no acudir. Si ya me parecía complicado mantener una relación en esa época de mi vida, tenía la intuición de que si, además, el hombre en cuestión era conocido, la cosa se podía complicar aún más; pero como también era cierto que yo

no había salido nunca con alguien famoso, todas mis aprensiones no eran más que prejuicios. Si era o no más complicado, solo podría saberlo probando.

—Ánimo, tú puedes —me dije para animarme.

Todas aquellas neuras debían provenir del tiempo que hacía que no tenía una cita. Lo había dejado con mi novio hacía..., vaya, si hacía ya dos años. El tiempo vuela. Pues eso, que hacía más de dos años que no tenía una primera cita y sentía como si hubiera perdido práctica. Me había centrado tanto en hacer el curso de periodismo para conseguir la beca y después en trabajar en el periódico y en todo lo demás. que no había tenido tiempo de pensar en nada más. Y repito, el tiempo vuela.

«Espero estar haciendo bien», pensé. Curioso, ¿eh?, los dos habíamos pensado lo mismo, porque, aunque fuera por razones diferentes, a ambos nos preocupaba comenzar una relación en esos precisos momentos.

El caso es que, cuando giré la esquina a toda prisa y le vi allí entre la gente. no sé qué sentí. Era tan alto, tan guapo. Estaba esperándome apoyado en la pared y consultando su reloj. De repente todo aquello me pareció un sueño, algo irreal. ¿De verdad me estaba ocurriendo a mí? ¿A Helena? Y en ese instante, justo al verle, tuve una maravillosa sensación que no esperaba. Me dio un vuelco el corazón y me subió una especie de ola de calor hacia la cara. No esperaba sentir una alegría tan grande al tenerle frente a mi.

«Ay, Helena, a ver si te estás enamorando», pensé.

CAPÍTULO XVI

*E*stábamos sentados frente a frente en una coctelería de moda. Era un local amplio, decorado con un estilo moderno, casi vanguardista. Había cuadros en todas las paredes y jugaban muy bien con la iluminación. Se escuchaba una suave música de fondo que no impedía la conversación, algo así como música disco de los setenta en versión *chill out*. Raro, pero agradable. Sergio propuso ir a esa coctelería porque le habían hablado ella, al parecer servía los mejores cócteles, con y sin alcohol, y los mejores zumos de la ciudad. Pensó que al menos sería una pequeña variación para mí no tener que ir a una cafetería, que bastantes horas pasaba ya entre cafés durante los fines de semana. A mí me pareció bien, sobre todo, el detalle de pensar en mí y en que me despejara. Al menos de uno de mis empleos, pero eso él no podía saberlo.

En ese momento estábamos cara a cara y sin saber qué decir. Nos habíamos presentado al encontrarnos en la puerta de la cafetería, porque oficialmente no sabíamos ni nuestros nombres. El me dijo que se llamaba Sergio y no añadió más, y yo no supe si decirle que sabía quién era. Así que no dije nada. Después de eso apenas habíamos hablado por el camino, presas de una timidez nueva para los dos. Y allí seguíamos, en medio de un silencio que comenzaba a ser incómodo. Para romper el hielo, exclamé:

—¡Este zumo es increíble!

Enseguida me sonrojé porque me pareció una estupidez empezar así una conversación. Sergio sonrió y respondió imitando el mismo tono intrascendente que había adoptado yo:

—Me alegro de que te guste. Este cóctel tampoco está mal. Parece mentira que sea sin alcohol.

Supuse que no podría beber alcohol mientras estuviera en temporada de entrenamiento. No tenía ni idea de cómo funcionaría aquello y si se le permitía beber un poco de alcohol o no. En cualquier caso, me parecía que era demasiado temprano para ponerse a beber.

—No suelo ser tan tímido —añadió él.

—Ni yo suelo quedarme sin palabras —apostillé yo.

Los dos nos reímos. Sentíamos como si estuviera pasando algo que no podíamos definir, pero percibíamos que no era una cita como las demás. Había algo en el ambiente. Yo estaba asustada. Parecíamos dos adolescentes nerviosos por salir por primera vez con la persona soñada, y así pasamos aquel buen rato casi sin atrevernos a mirarnos a la cara y sin decir una palabra. En cambio, daba la impresión de que ninguno de los dos teníamos prisa porque se acabara la cita.

—Cuéntame algo sobre ti —se decidió Sergio al fin—. ¿Hace mucho que eres camarera?

—Creo que tú tendrás cosas mucho más interesantes que contar... Con los viajes y las competiciones —respondí yo, que había decidido dejarme de tonterías y admitir que sabía quién era.

—Ah, sabes quién soy —dijo con un cierto tono de decepción o eso me pareció—. Tenía la impresión de que no lo sabías.

—En realidad, no lo supe hasta hace un par de días, después de concertar nuestra cita. Una compañera, de repente, te reconoció.

Sonrió, yo diría que complacido, y añadió:

—¿Y qué pensaste? ¿No te arrepentiste?

—Pues, si te soy sincera, se me pasó por la cabeza la idea de no venir...

Para mi sorpresa, me dio la impresión de que le había gustado mi comentario.

—Pero aquí estás.

—No me pareció bien dejarte plantado. Y menos después de lo que había pasado. Sonrió y dio un sorbo a su cóctel.

—Pues te lo agradezco... ¿Crees que si te pido que volvamos a salir, aceptarías?

Reconozco que no me lo esperaba, no sé por qué. Se notaba que estábamos muy a gusto allí, los dos juntos, pero no pensaba que quisiera que nos siguiéramos viendo. ¿Qué podría querer de una chica como yo, por muy guapa que fuera, alguien como él? Alguien que tenía a sus pies todas las chicas ricas y famosas que quisiera. Pues un rollo, algo pasajero, y yo nunca he sido de ese tipo. A quien le vaya bien así, estupendo, pero a mí no me iba. Yo necesitaba conocer al hombre que fuera y, sobre todo, necesitaba sentir algo por él. Bueno, cada uno es como es. Aún así, había algo que me empujaba hacia Sergio y me sorprendí a mí misma respondiendo:

—Posiblemente, sí.

—Bueno, al menos no es una negativa rotunda. Y ya que has aceptado te llevaré al Jardín Secreto —añadió sonriendo.

Yo también sonreí sin saber si bromeaba, aunque intuía que aquello me iba a complicar la vida un poquito más de lo que ya estaba.

Al mismo tiempo, en un exclusivo club de la ciudad, tenía lugar otro tipo de «cita».

—¿Hemos de esperar mucho todavía? La gente empieza a impacientarse, y no digamos la dueña del perro. Esto me va a costar una fortuna. Si seguimos así, no sé si este negocio me va a compensar.

Alf bebió de su copa sin prisas y saboreó su contenido antes de contestar. Las cosas habían de hacerse siempre al ritmo que él marcaba:

—No te preocupes. No creo que tardemos mucho, pero necesito que tengáis un poco más de paciencia. Las cosas van mucho mejor de lo que yo tenía previsto, y lo que creía una simple noticia que saliera de vuestro programa, se puede convertir en toda una gran exclusiva que podríamos explotar durante mucho más tiempo. Sí, unos acontecimientos inesperados hacen que nuestros planes hayan mejorado mucho su perspectiva.

—No sé lo que te traes entre manos, pero recuerda que un fotógrafo indiscreto o un paparazzi tozudo fisga un poco y se descubre el pastel antes de lo que conviene. No sería la primera vez que ocurre.

Alf le miró entre divertido y molesto. Parecía que a veces la gente no se daba cuenta de quién era Alfonso Bernal.

—¿Por quién me tomas? ¿Por un relaciones públicas de tres al cuarto? Ya me he encargado de que nadie moleste a Sergio Noel mientras yo trabaje para él. Aparte de las demandas por difamación que siempre son un buen argumento, yo tengo mis propios métodos..., diría que mucho más convincentes.

—No me gustaría tenerte como enemigo..., pero tampoco me gustaría involucrarme en nada ilegal.

Bernal echó hacia atrás la cabeza haciendo que su flequillo imposible subiera y bajara en el aire. Qué estrechos de miras era algunos.

—¿Ilegal? No sé de qué me hablas —respondió con una sonrisa malévola—. No debes preocuparte por nada. Todo irá bien. Tú concéntrate en la idea de que esos «acontecimientos inesperados» de los que te hablaba, nos favorecen a todos.

El productor sonrió. La fama de Alf en el mundillo no era inmerecida y sobre él corrían todo tipo de rumores y leyendas. Además, tenía acceso a los sitios más exclusivos. Ni siquiera él, un productor televisivo de cierto renombre, había conseguido que lo admitieran en aquel club. Se decía que tenía una agenda que para ellos la hubieran querido el director de la CIA y del CNI juntos. Y que en ella no solo había teléfonos...; pero ¿quién podía saberlo? La gente habla tanto; lo único cierto era que allí estaban los dos y que el asunto que se traían entre manos pintaba bien.

«Si conseguimos relacionar el nombre del programa con una exclusiva que se mantenga en las portadas durante semanas o, quizás, meses, la renovación estaría asegurada por el precio que yo quiera. Una segunda temporada completa y, a lo mejor, una tercera. Y puede que hasta me admitan aquí», pensó con deleite.

Asintió, satisfecho, contemplado las caras de algunas de las personas más influyentes del país y del mundo que se encontraban en esa misma sala. Aún me resulta curioso pensar que mi destino se estuviera fraguando allí, en uno de los clubs privados más selectos del país en el que se llegaban a acuerdos al más alto nivel, entre dos completos desconocidos para mí. En un lugar donde muchas veces se decidía el destino del mundo, ahora, también se decidía el mío. La vida a veces tiene un curioso sentido del humor.

—Amigo mío, brindemos por eso —dijo, al fin, el productor después de haberse recreado en sus pensamientos durante un buen rato.

Alf levantó su copa y brindaron y bebieron.

Aquella noche, ya acostada, no podía dejar de pensar en la cita que acababa de tener con Sergio Noel. Habíamos terminado la tarde hablando de nosotros, pero de nuestros gustos y de nuestra infancia. Yo no había entrado en detalles sobre mi situación, porque tampoco quería pasar el día libre pensando en eso, y él tampoco parecía querer hablar de su vida actual. Luego, nos separamos como dos amigos, con un apretón de manos y un par de besos, en la puerta de la coctelería y cada uno se había ido por su lado. Reconozco que me hubiera gustado que paseáramos un rato más los dos juntos, pero ese hombre me intimidaba y eso sí que me resultaba preocupante. Al menos habíamos quedado en vernos otra vez la semana siguiente, el lunes por la tarde. Él hubiera querido quedar enseguida, al día siguiente, pero yo le paré los pies. Necesitaba tomarme las cosas con calma. Me obligué a ello. Empezaba a notar que aquello parecía que iba camino de ser algo mucho más importante y profundo que una amistad o una aventura. Mi vida era ya un puzzle al que no le cabía ni una pieza más, o eso creía yo, así que tenía que encontrar la forma de equilibrarlo todo, porque a veces me sentía tan perdida que estaba segura de que acabaría sirviendo un café a los niños de la academia, dando una clase de Geografía al cliente que me había pedido un zumo de melocotón y ni sabía lo que podría hacerle al redactor jefe del periódico. Además, Sergio se había comportado de una manera muy extraña, mirando a todas partes, como si nos siguieran. A

punto estuve de preguntarle si había sido espía en sus ratos libres. No sé si era por que no quería que le vieran con alguien como yo.

—¿Y por qué no iba a querer? —me pregunté en voz alta—. Lo tenía tan fácil como no pedirte una cita. Y bien que ha insistido en tenerla. No seas paranoica...

Aun así, no había podido negarme a verle otra vez. Mejor procuraba dormirme sin pensar más.

Al mismo tiempo, en el otro extremo de la ciudad, Sergio se preguntaba por qué no había aceptado salir con él de nuevo y había pedido esperar a la semana siguiente.

«Debimos seguir juntos un rato más y no despedirnos de esa manera tan fría al salir del local, pero esa chica ha conseguido que me sienta tímido... Es increíble», pensó con asombro, cada vez más sorprendido por lo que había hecho para estar de nuevo con aquella muchacha. .

Estaba claro que no iba a caer a sus pies sin más. Si quería conseguir llegar a algo con ella, tendría que esforzarse de verdad. Lo cierto era que no podía recordar que le hubiera pasado algo así antes. Al ser una situación inédita, primero lo había tomado como una especie de desafío, pero, luego, al hablar con ella (conmigo, fíjate) había sentido algo especial.

—Desde luego esa chica cada vez me intriga más —murmuró mientras volvía a recordar el rato que habían pasado juntos—. Sí, cada vez más —añadió.

Lamentó haber parecido nervioso durante su encuentro, porque miraba hacia atrás cada dos pasos temiendo encontrar un *paparazzi*. Sin duda, el episodio de su ex con la prensa le había marcado más de lo que imaginaba. Solo esperaba que Helena no se hubiera dado cuenta de ello. Miró el despertador de su mesilla y se apresuró a acostarse. Nacho, su preparador, le esperaba a primera hora para una buena sesión de entrenamiento y tenía que descansar.

CAPÍTULO XVII

—*M*e ha encantado el sitio. De verdad, no me esperaba algo así. Y disculpa por... —dije.

—Me alegro de que te haya gustado. No te preocupes, eso le pasa a cualquiera —respondió él con un gesto de aprobación y con una sonrisa sincera.

Sergio había venido a buscarme esa tarde a la salida de la academia como acordamos aquel día en la coctelería. Sí, como ya sabéis, no me pude resistir y, cuando hizo la propuesta firme de que nos viéramos otra vez, solo pude decirle que aceptaba. Le dije que me esperara frente a una academia que había cerca de la estación del tren, pero sin decirle que yo trabajaba allí. Debo reconocer que acabé esperando la cita con ganas. Me llevó al Jardín Secreto, como me había prometido, que resultó ser una especie de cafetería situada en un tercer piso. Nos sentamos junto a la chimenea y disfrutamos de la tarde, pero, antes de irnos, subimos al jardín secreto propiamente dicho, que estaba en el piso de arriba. No me esperaba un lugar tan romántico en una segunda cita, era como un oasis en medio de la ciudad. Tanto es así que creo que los dos nos sentimos algo cohibidos por el ambiente y apenas hablamos mientras estuvimos allí. ¡Qué novedad!

Aunque también pudo ser porque me quedé dormida en su hombro. Sí, me quedé frita en nuestra segunda cita. Espero que no pensara que había sido por aburrimiento. Sin duda, mi cuerpo empezaba a pasarme factura por como lo estaba tratando. Y es que se estaba tan bien allí, sentados en aquel sofá mirando el fuego de la chimenea, la música suave y él a mi lado. Me apoyé en el respaldo y lo siguiente que recuerdo es despertarme y ver su mirada divertida sobre mí; improvisar una disculpa y sentir que me ponía colorada hasta la raíz del pelo. Entonces fue cuando subimos al jardín, a ver si así me despejaba. Ya en la calle, seguí con las disculpas.

—De verdad que lo siento. No sé que me ha pasado...

—Creo que es la primera vez que duermo a una de mis citas... —respondió risueño. Parecía que disfrutaba al verme tan azorada.

—Lo estoy pasando genial, es que no dormí bien anoche. —No sabía qué excusa buscar.

—En serio, no pienses más en ello y hablemos de otra cosa.

—De acuerdo, ¿siempre quisiste ser tenista? —pregunté lo primero que se me ocurrió para cambiar de tema mientras paseábamos sin prisas calle abajo.

—Sí, desde que tenía tres años y tuve en mis manos una raqueta de juguete —contestó—. Aunque para ser sincero, a eso de los siete años me planteé ser bombero. Como ves nada original —añadió riendo.

Yo también sonreí. Me sentía muy a gusto en su compañía, y parecía que a él le pasaba lo mismo.

—Pero luego retomaste el camino —dije.

—Sí, volví al redil —respondió con un gesto cómico—. Y tú, ¿qué pensabas que serías cuando fueras mayor?

—Yo siempre supe que quería ser periodista. Me pasaba el día con una libretita en la mano entrevistando a mi padre y a mi madre. Y a todos mis tíos... Los tenía fritos.

En ese momento, unos niños que corrían calle arriba pasaron entre nosotros interrumpiendo la conversación. Los dos reímos a la vez.

—A veces es difícil conseguir lo que uno desea —continuó, pensativo.

Imagino que lo decía porque me había visto trabajando de camarera. Creería que no había podido estudiar o que los estudios no me habían servido para lo que yo quería. No le había dicho nada sobre el periódico.

—Y que lo digas —le respondí.

En ese momento algo me impulsó a ser sincera con él, al fin y al cabo, merecía una explicación de por qué su cita se había dormido en cuanto pudo sentarse, y le conté todo lo que estaba haciendo y como era mi caótica vida en la ciudad. Pareció impresionado.

—Pues no tendrás un momento libre —acertó a decir, comprendiendo mejor mi reacción de aquella «fatídica» noche.

—No, ni uno solo... Y el que tengo lo necesito para dormir, como bien has podido comprobar —añadí con una sonrisa de resignación.

Caminamos en silencio unos segundos antes de que Sergio hablara de nuevo:

—Entonces aprecio más estos momentos que me dedicas.

Su voz sonó tan profunda que me estremecí. Aceleré un poco el paso para que no lo notara, pero no tardó en ponerse a mi altura.

—Y, por cierto, gracias, ya no tendré que volverme loco pensando en que me he vuelto de aburrido con las mujeres, que las duermo a la primera de cambio —añadió con una carcajada para distender la situación.

—Muy gracioso —dije.

Paseamos un rato más en silencio hasta que hablé en plan broma, en un intento de aligerar un poco más el ambiente que, como os he dicho, se había puesto serio de repente y asustaba un poco:

—Nunca había paseado con alguien famoso. No sabía si nos perseguirían los paparazzi o qué.

—No soy esa clase de famoso —respondió—, pero también me han fotografiado por la calle. Es posible que lo hagan. Quizás debí decírtelo antes de que nos vieran juntos en público.

—Oh, no creo que tenga mayor importancia. Uno no debe cambiar su vida por algo así —contesté con ingenuidad.

Él sacudió la cabeza, no muy convencido por mi razonamiento, y dijo:

—Ahora llevan un tiempo que me dejan bastante en paz. Supongo que debido a... las circunstancias.

—¿Y no te asusta salir con un proyecto de periodista, ahora que lo sabes? —pregunté yo.

—Si me parecieras como esos que me han atosigado, no estaría aquí.

—Tienes razón. No soy este «tipo» de profesional. Bueno, ahora mismo, no soy de ningún tipo, pero no es la idea que tengo yo del periodismo.

—Ojalá todo el mundo pensara así...

No añadió nada más y yo no quise preguntar. Supuse que se refería al asunto de su ex novia. Si quería hablar de ese tema, ya lo haría.

—¿Cómo estás? He oído que sufriste una lesión...

—Vaya, te has informado sobre mí. —Rio.

—Un poco —admití, riendo también.

—Bien. Voy bastante bien. Si todo sigue así, en un par de meses estaré listo.

—Me alegro —respondí—. Entonces, ¿empezarás de nuevo a competir?

—Eso espero. Mi objetivo es Wimbledon, pero no sé si será posible este año, lo voy a intentar. Hay que luchar por ello.

—No acabo de saber si me gusta el tenis —dije, en un alarde de sinceridad.

Él sonrió y dijo con emoción:

—Si puedes, ve la final de Wimbledon del 81 o la de 2008 y sabrás a qué me refiero. Ojalá yo pudiera tener un partido así algún día.

Le miré y me gustó ese arranque de pasión que había tenido. Estaba claro que amaba lo que hacía.

—Lo haré —respondí.

Casi sin darnos cuenta, llegamos al portal de mi casa. Habíamos caminado muchísimo, pero el paseo no se me había hecho largo.

—Bueno, vivo aquí. Gracias por acompañarme —dije sin saber cómo debía acabar esa segunda cita.

Él se acercó más y pareció que iba a besarme en los labios. Me eché hacia atrás porque no me lo esperaba, pero eso no impidió que sintiera su respiración a tres milímetros de mi cara y que me temblase hasta la raíz del pelo.

—Lo siento —dijo.

—No, no, soy yo quién lo siente. Es que hace mucho que no... En fin, hasta la próxima —me disculpé tendiéndole la mano y acercándome a su mejilla para darle el par de besos de rigor.

Él me cogió la mano y la sostuvo unos instantes. Me iba a poner a temblar de arriba abajo otra vez si no me soltaba pronto. Y no sabía cómo podría evitar que él lo notase.

—Ha sido una tarde estupenda —dijo, por fin.

—Gracias —respondí con rapidez antes de volverme bruscamente y salir disparada hacia el portal.

Me sentía un poquito avergonzada por mi reacción y no quería que viera que me había puesto como un tomate. Por lo que parecía, ponerme roja cual pimienta morrón se estaba convirtiendo en una costumbre. Sergio se quedó allí de pie, mirando cómo entraba en el edificio, con una sonrisa pícaro.

Esa noche, Sergio estaba despierto mirando el techo y pensando en aquella chica tan curiosa (y mientras, yo en mi casa pensando que él creía que era idiota). Tenía que admitir que le gustaba de verdad y que cuanto más sabía sobre ella, más le atraía. Aunque solo hubieran salido un par de veces, estaba empezando a sentir algo más. Se repetía que no quería enredarse en serio con una chica tan pronto después de la experiencia que había tenido, pero no podía olvidar cómo se había apoyado dormida en su hombro, cómo la había observado, cómo su pecho subía y bajaba con cada respiración, su perfume (siempre me ha gustado perfumarme bien, no podía ser de otra manera viniendo de la familia que vengo). Y, sobre todo, cómo había sentido el impulso de abrazarla y besarla, de tomarla entera allí mismo, sin importar siquiera si alguien les veía (Uf., qué calor me ha entrado de repente). Era un sentimiento que empezaba a ser cada vez más intenso. Quizás debiera parar cuando aún estaba a tiempo. En esos momentos llamaron al timbre. Sergio consultó el reloj. Las doce y veinte.

—¿Quién podrá ser? —susurró.

Saltó de la cama, se puso una camiseta y un pantalón corto y fue hacia la puerta. Cuando abrió y vio quién era, su sorpresa no tuvo límites.

—¿Qué haces aquí? Pero, ¿cómo...? —preguntó indignado. Es que no se lo podía creer, menuda cara tenía esa chica.

—El portero me ha dejado pasar... Como me conoce. ¿No vas a dejarme entrar? —preguntó la joven recién llegada con voz humilde.

Sergio dudó un momento, pero decidió que era mejor tratar el asunto en privado y que si se quedaban en el descansillo los vecinos podrían oírlo todo. Bastantes problemas había tenido ya. La dejó pasar al recibidor, pero no se apartó para que no pudiera llegar al salón. A ese salón tan amplio y bien decorado que a ella tanto le gustaba. ¡Lo que había deseado que Sergio le hubiera propuesto vivir juntos en aquel magnífico piso! Pero eso no lo había conseguido. A pesar de todo, Laura no perdía la esperanza. Traía un vestido muy estrecho y escotado y venía subida a unos tacones tan altos, que parecía un milagro que pudiera mantener el equilibrio sobre ellos. Su perfume se podía oler desde la calle.

—¿Qué quieres? —preguntó con visible enfado.

—Vaya, sé que tienes que estar muy enfadado conmigo, hasta comprendo que me odies, pero, Sergio, he cometido un terrible error.

Él no podía dar crédito a lo que oía. Sencillamente, no podía creérselo. Ahí estaba Laura, su exnovia, frente a él. Después de todo lo que había pasado. Le había dejado por otro, le había puesto en ridículo delante de todo el país y, después, cuando a su «muñeco de gimnasio» se le empezó a ir la mano, vendió la exclusiva mencionando su nombre. El nombre de Sergio Noel.

—Mira, es muy tarde y no estoy de humor para tonterías.

—Lo sé, lo sé, estás en tu derecho, pero...

—Basta, Laura, déjalo ya. De verdad que no me interesa nada en absoluto lo que me tengas que decir.

—Es lógico que seas muy duro conmigo, después de lo que hice... Lo sé, pero si me escucharas...

—En serio, ¿a qué has venido?

La joven empezó a hacer pucheros y se puso a llorar.

—Lo siento tanto, no debí dejarte. Es un bruto y tú, en cambio, eres... —dijo con voz entrecortada por los sollozos, mientras intentaba abrazar a Sergio que se apartó bruscamente de ella.

—Esta vez no te va a funcionar. Has ido demasiado lejos —advirtió Sergio.

Tenía las aletas de la nariz dilatadas por el enfado y una mirada en los ojos que la chica no le había visto nunca. Se dio cuenta de que las cosas habían cambiado. El joven recordaba que esa no era la primera vez que Laura venía en ese plan; por lo menos, era la tercera, pero nunca antes se había comportado de una manera tan ruin con él. Había tenido un par de deslices, pero no habían trascendido, y siempre le aseguraba que no volvería a ocurrir. Él la había creído y la había perdonado. En esta ocasión todo había cambiado por varias razones.

—Pero, es que soy tan desgraciada... Papá me lo advirtió —respondió ella sin soltarse, aunque él evitaba tocarla en todo momento.

—Pues si no eres más afortunada, es, en realidad, porque no quieres. Si no te importa, mañana tengo que madrugar. —Concluyó mientras se desembarazaba de ella y se dirigía a abrir de nuevo la puerta.

Prefería no pensar en el padre de Laura, aquel vividor que había ofrecido a su hija en subasta al

mejor postor. ¡Cuántas cosas no había «visto» durante el tiempo que habían estado juntos!

«Debe ser verdad aquello de que el amor, si no ciego, es muy miope», pensó. Se alegraba de haber «recuperado la vista.»

Por su parte, Laura, al ver que su actuación no lograba el resultado deseado, dejó de llorar, y le espetó:

—¿Es que hay otra?

Sergio hizo un gesto de impaciencia.

—No es asunto tuyo. Y aunque la hubiera, no habría «otra», habría «una». Tú y yo ya no estamos juntos. Que no se te olvide más —añadió mientras la empujaba hacia fuera y cerraba la puerta tras ella.

Sergio se volvió satisfecho a la cama, mientras Laura se quedó fastidiada un buen rato en la escalera sin saber cómo reaccionar. Al final, sacó su móvil y marcó un número de teléfono.

—Oye, tengo un asunto que te podría interesar... —dijo a quien le cogió la llamada—. Sí, ya sé, ahora mismo no es prudente... No me importa si sale el mes que viene, y si lo haces bien, no hay motivo para que te preocupes de meterte en ningún lío... De acuerdo entonces... Te doy la dirección... ¡Qué listo eres! Pues en ese caso, todo arreglado.

—Esto no se queda así. ¡A mí no me desprecia nadie! —exclamó con furia Laura cuando colgó el teléfono, sin pensar que, quizás, tenía justo lo que se merecía.

CAPÍTULO XVIII

*E*l teléfono sonó y me trajo de vuelta a la realidad, estaba sumergida en mis pensamientos; no, esto es muy poético, la verdad es que me había quedado frita con el libro sobre la cara. Sí, antes de dormirme había estado pensando, pero en nada poético, sino en que al día siguiente me pasarían el recibo de la luz y el del gas. Perdonad la broma, pero es que cuando me acuerdo de esos días a veces me parecen tan prosaicos, tan poco interesantes y faltos de aliciente aventurero. Ya sé que me diréis que no es cierto, que estaba Sergio y tendréis razón. Empezaba a sentir de manera definitiva que él lo estaba cambiando todo. No olvidemos tampoco los progresos que había hecho en materia de espionaje y camuflaje cada vez que salíamos Bond y yo del edificio. El caso es que yo había seguido mi rutina de cada día, había sacado al perro, habíamos cenado y yo me había tumbado en el sofá a leer un rato —bueno, el también estaba en el sofá, a mi lado, ¿a quién voy a engañar— y no es que el libro fuera aburrido, es que a esa hora ya me costaba mantener los ojos abiertos.

Como decía, hubo una pequeña vibración musical y me despertó. La musiquita provenía de algún lugar del sofá y, por un momento, me pareció que el mueble tenía radio incorporada. El sonido venía de *dentro* del sofá. Me senté bien preguntándome si aún seguía dormida y agucé el oído. Volvió a sonar y, efectivamente, la melodía sonaba amortiguada. Me levanté y tomé en brazos a Bond que me miró con sorpresa. No había nada sobre el sofá, así que moví los cojines y, pude ver que el teléfono había quedado encajado entre un reposabrazos y la madera del fondo. ¿Cómo habría podido llegar hasta allí? Lo cogí al segundo temiendo que no me diera tiempo contestar antes de que colgaran. No sabía cuanto tiempo había estado sonando. Pulsé el botón y alguien dijo:

—Hola ¿No te estaré molestando?

No había escuchado esa voz en demasiadas ocasiones aún, pero ya me resultaba inconfundible. Era él.

—No, claro que no —dije yo colocando de nuevo los cojines con la mano que me quedaba libre para poder sentarme.

—Es que quería escuchar tu voz —añadió Sergio.

A decir verdad, me quedé un poco atontada. Hacía tiempo que nadie me daba ese tipo de sorpresas y, para ser sinceros, nunca me las había dado alguien como él. O, tal vez, es que nunca antes había sentido lo que estaba empezando a sentir por ese hombre. Se oyó un carraspeo al otro lado de la línea.

—¿No dices nada? A lo mejor te he pillado en mal momento.

Con la emoción, me había quedado completamente callada y, claro, Sergio se empezaba a sentir incómodo. Nada peor que hacer el ridículo en una situación como esa.

—No, no. Todo está bien. Si pudieras verme, comprobarías que estoy sonriendo —contesté yo flotando en una nube.

—Me alegro, porque contigo no sé muy bien a qué atenerme —añadió medio en broma, medio en serio.

—Te aseguro que no soy tan borde como te pudo parecer aquel día, es que había dormido poco. —Intenté disculparme una vez más. Es que aún, cuando me acuerdo de como le contesté aquella noche, me pongo roja como un tomate.

—Todavía no estoy del todo seguro... contigo —insistió con una pequeña carcajada.

—No digas eso —respondí yo revolviéndome en el sofá hasta el punto de que Bond se despertó otra vez y me miró extrañado.

—Lo pasé muy bien el otro día.

—¿A pesar de...? —comencé a preguntar, azorada de nuevo ante el pensamiento de haberme dormido en su hombro.

—A pesar de todo —añadió esta vez con un punto de seriedad en su voz que me hizo estremecer.

Sonreí de nuevo. ¡Ah! ¡Si hubiéramos estado juntos en aquel momento! Estaba segura de que no habría habido vuelta atrás.

—Me alegro de que pienses eso, pero yo no sé... —comencé a balbucear, un poco asustada por todo aquel cúmulo de emociones que empezaba a sentir.

—¿Te arrepientes de algo?

—No, no, de nada. Es solo que... —dije con cierta inquietud.

—¿Qué? —preguntó él sin dejarme acabar la frase.

—Que tengo una vida de locos ahora mismo, ya lo sabes. Ya viste el resultado en el Jardín Secreto. Nunca me había sentido tan avergonzada.

—No tienes por qué. Estabas encantadora durmiendo en mi hombro —respondió, no sé muy bien si en serio o no.

—Gracias, pero eso solo fue la prueba del tipo de vida que llevo en estos momentos —dije con resignación.

—Ya. Soy consciente. La mía tampoco es fácil ahora —añadió, y me dio la sensación por el tono de su voz que casi se arrepentía de haber llamado.

—Todo es tan complicado —murmuré—. Ojalá os hubiéramos conocido en otro momento de nuestras vidas.

Oía su respiración agitada al otro lado del teléfono y solo eso despertaba en mí todo tipo de sensaciones. En menudo lío me había metido. Porque ya estaba metida, aunque no quisiera verlo.

—Sí, desde luego... —Estuvo de acuerdo.

—Si yo pudiera...

—Sí, lo sé. A mí también me gustaría poder llegar a... —añadió él como si deseara decirme algo.

—¿Sí? —respondí yo, anhelante.

—Es mejor que lo dejemos por hoy... —concluyó.

—Si crees que es lo mejor... —dije yo. Había una lucha en mí entre la parte que pensaba que era mucho mejor de esta forma porque necesitaba tranquilidad y la parte que quería lanzarse de cabeza a esa aventura tan maravillosa de amar a Sergio, sin ningún tipo de restricciones.

—Sí, lo creo —respondió él de forma tajante. Me dio la impresión de que en el interior de Sergio había tenido lugar la misma lucha y había ganado su parte más práctica.

—De acuerdo —contesté yo resignada.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgó el teléfono y yo aún permanecí con él en la mano durante unos instantes. Había sido una llamada extraña. Tenía la sensación de que había llamado para decirme algo y que, al final, había cambiado de opinión. Y ¿para qué voy a mentir? Aunque no quería complicaciones en aquellos momentos —como he repetido ya no sé cuantas veces— habría dado cualquier cosa por que Sergio se hubiese sincerado conmigo y me hubiera dicho lo que sentía de una vez. Yo también le habría confesado unas cuantas cosas, si él no las había adivinado ya. No sé qué habría pasado. Quizás era mejor así.

Por su parte, Sergio, se sentía muy irritado consigo mismo. Se arrepentía de haber llamado. También él se había propuesto no complicarse la vida en aquellos momentos y no lo estaba cumpliendo en absoluto. Hacer la llamada había sido un impulso, uno más de esos impulsos que últimamente no se veía capaz de contener. Y es que se sentía arrastrado hacia aquella mujer (sí, yo, esa mujer que en esos precisos momentos miraba el móvil con cara de boba) y todas sus intenciones se las llevaba el viento. Toda su determinación de ser práctico se desvanecía en el aire. ¿A quién quería engañar? Volvería a verla en cuanto tuviera ocasión. Iría a buscarla sin remedio. Por eso se sentía más enfadado, ni había acabado con ella ni le había dicho lo que deseaba. Quería haberle contado el incidente con Laura y lo que había empezado a sentir por ella —que era algo que nunca había experimentado—; pero tampoco estaba seguro del terreno que pisaba. Helena se mostraba tan reservada. Había hecho bien en ser precavido, se consoló, pero tenía que reconocer que si la hubiera tenido al alcance de sus manos, no hubieran dormido en toda la noche, aunque al día siguiente no se hubieran podido levantar.

CAPÍTULO XIX

*H*asta hacía bien poco, el periódico era el lugar ideal para repasar los acontecimientos del día anterior. Con el poco trabajo que tenía, podía dedicarme a repasar mi vida. Pero eso ya se había acabado, en esos momentos no tenía mucho tiempo para mis cuitas, porque enseguida llegaba alguien a encargarme una búsqueda de información. El redactor jefe cumplió su palabra a base de bien, y yo había pasado de la becaria olvidada a la becaria explotada. Aunque, si pensaba bien la situación, era de lo más triste: si tenía que elegir, prefería lo segundo porque, aunque trabajara mucho, por lo menos aprendía. La cuestión es que empezaba a sentirme desbordada.

Por eso no podía negar que había llegado a esperar con impaciencia el momento en que Sergio venía a buscarme a la salida de la academia. Saber que estaba allí, en la puerta, me daba una sensación de seguridad que no recordaba haber sentido antes en mi vida. Luego paseábamos o íbamos a tomar algo. Él parecía haberse relajado y ya no iba mirando a todas partes como un agente secreto. Poco a poco nos fuimos conociendo.

—La verdad es que no me ha ido demasiado bien en las relaciones. Desde el instituto no he tenido una pareja estable y ahora estoy solo —dijo una de esas tardes.

Se reía, así que no sé hasta que punto hablaba en serio.

—No puedo creer que alguien como tú esté solo si no es porque quiere.

—Mucha gente se acerca a ti si eres conocido o si te va bien en tu profesión, pero de ahí a que sean sinceros... No, te aseguro que es más difícil cuando eres famoso. Todo el mundo quiere algo de ti.

—¿Y yo no? —pregunté parándome un momento y mirándole a los ojos, aunque no durante mucho rato, porque tenían algo que mareaba. Atontaba, por lo menos a mí, y no podía sostenerle la mirada mucho tiempo.

Se paró también y respondió:

—Es lo que quiero averiguar, pero de entrada no me lo parece o no estaría aquí.

Sonreí y continuamos caminando. En ese momento me cogió la mano y seguimos calle abajo sin hablar durante un rato. Él y yo caminando por la ciudad cogidos de la mano. En otras circunstancias hubiera pensado que era una imagen cursi, pero en ese momento no me lo parecía. Al contrario, creía que era maravilloso.

—¿Y tú? ¿Cómo te ha ido a ti? —preguntó al fin.

—Bueno, lo mío es bastante normal —contesté encogiéndome de hombros—. Tuve un noviete en el instituto con el que iba al cine y a la playa, y después tuve un novio durante tres años, pero no fue digamos..., profundo.

—Hombre, si salisteis tres años sería algo serio.

—No sé. Cuando lo pienso ahora, me parece que fue más la inercia que un sentimiento verdadero. Empiezas con alguien que te gusta y, a veces, aunque la cosa no vaya más lejos, te

quedas con esa persona porque te has acostumbrado a la vida que llevas con ella. En el pueblo tampoco es que haya mucho donde elegir.

—Dicho así suena tan poco excitante... Con tan pocas expectativas no me extraña que no prosperara, pero ¿qué te hizo acabar con esa situación?

—Era muy cómodo, desde luego, pero creo firmemente que una persona debe estar con quién te deja volar y no con te intenta cortar las alas.

—Sabías palabras...

—¿Te estás quedando conmigo? —pregunté.

—Te aseguro que no. Creo que tienes toda la razón —dijo y me atrajo hacia sí para pasarme la mano sobre el hombro.

El corazón se me aceleró y no acerté a decir nada más hasta que llegamos a mi casa y pude ver que la señora Díaz hablaba en la calle, justo con el cotilla del segundo, por lo que di por finalizada la cita antes de llegar siquiera al portal. Sergio me miró con sorpresa, pero creo que se dio cuenta de la situación al ver como miraba a aquella pareja que charlaba animadamente frente al edificio. Sonrió, me besó con suavidad —esta vez, sí— y concertamos la siguiente cita.

Sergio llevaba ejercitándose unas cuantas horas. Se había levantado muy temprano, según su costumbre, y se había ido directo al gimnasio. Después había pasado por el fisioterapeuta para hacer unos ejercicios específicos para su rodilla y see, había ido a pelotear un poco a las pistas donde solía entrenar. No estaba siendo su mejor día. No conseguía afinar el saque y hasta se le habían escapado unas cuantas de pelotas. Se notaba que le faltaba concentración.

—¿Qué te pasa? Pareces algo distraído —le preguntó Nacho, su entrenador desde hacía muchos años, que lo había estado observando.

—Tengo muchas cosas en la cabeza —respondió Sergio parando un momento.

—Vamos a hacer un descanso —dijo Nacho.

Ambos salieron de la pista de tenis y se sentaron en unos bancos que había en un lateral. Ahí había dejado Sergio una bolsa. Buscó algo y al fin sacó una botella con bebida isotónica, de la que tomó un trago.

—A ver, cuéntame qué te pasa —pidió el entrenador—. Sabes que soy como un confesor. Nada de lo que me digas saldrá de aquí —añadió con una sonrisa cómplice intentado que Sergio se sincerara.

El joven no contestó enseguida. Se secó el sudor con una toalla mientras reflexionaba si debía contárselo todo y por dónde empezar.

—¿Sabes que Laura vino a verme hace unas noches?

—¿No me digas que otra vez...? Esa mujer no te conviene. No paro de decírtelo. ¡Y después de lo que ha pasado...! —exclamó Nacho con visible disgusto.

—No, no. No hay nada de eso... Es agua pasada. No pienso volver con ella, no. El asunto es que la rechacé y...

—Y te inquieta... Lo comprendo.

—Sabes cómo es, temo que haga alguna barbaridad —dijo Sergio con evidente preocupación—. Bastante jaleo he tenido ya... Y luego está lo de mi padre...

—Nunca debiste mezclarte con ella... ¿Cómo está el asunto de tu padre?

—Va bien. Hemos fijado la fecha de la firma del contrato con los patrocinadores para el próximo mes. En cuanto tenga el dinero en mi cuenta, lo pondré a disposición de la empresa. Así

podrán hacer frente a los pagos... Y tú seguirás teniendo trabajo —añadió riendo.

Nacho le sacudió con la toalla.

—Y luego está... —A Sergio se le había escapado esta última frase sin querer. Había pensado en voz alta.

—Y luego está, ¿quién? —preguntó Nacho interesado.

Sergio cogió la raqueta y se puso a comprobar la tensión de las cuerdas como dando a entender que se disponía a regresar al entrenamiento. Se puso en pie y dijo:

—Debo continuar...

—Eh, no te escabullas —insistió su entrenador—. Ahora no me vas a dejar así. Te conozco desde que eras un niño y no me engañas, si mencionas a alguien más, es que es importante. ¿No te habrás metido en otro lío?

El tenista se sentó de nuevo y comenzó a darse golpecitos suaves en la mano con la raqueta. Volvía a dudar si contárselo todo. No sabía, o no quería acabar de admitir, lo que había empezado a sentir por Helena y creía que, si se lo contaba a alguien, si verbalizaba sus sentimientos, se convertirían en algo real. Ya no podría engañarse más. Aún así, respondió:

—No, un lío, no. Es que he conocido a una chica...

—Ya estamos. ¿No has tenido bastante con aquella para que vuelvas enseguida a las andadas? Podrías tomarte un descanso.

—Esta es distinta.

—¡Lo mismo decías de Laura!

Sergio sonrió. Los reproches de su amigo eran ciertos, no podía contradecirle. La diferencia consistía en que con Laura era perfectamente consciente de que había algo turbio. Su instinto se lo había dicho desde el primer momento, aunque él decidiera no hacerle caso. Decirle a los demás que Laura era distinta a las otras y un encanto, era una forma de intentar convencerse a sí mismo. Pero la relación con Laura había sido más física que otra cosa, ya podía verlo con claridad. Era como si se hubiera «enganchado» con ella, pero eso se había terminado.

—Esta es distinta de verdad. Si la conocieras, lo entenderías —respondió al fin el tenista ya seguro de lo que decía. Esta vez su instinto le hablaba de una forma muy diferente.

Nacho le miró con expresión divertida. Tenía que admitir que no recordaba haberlo visto así antes, pero a lo mejor tenía razón y aquella chica era distinta. No obstante, le preguntó con cierta sorna:

—¿No te habrás enamorado?

—Pues, la verdad....

—Uy, has dudado —rio su amigo—. Esta vez va a ser serio de verdad... No me lo puedo creer.

¿Han cazado de verdad al gran Sergio Noel? ¡Ay, que te veo casado!

Sergio guardó silencio. ¿Qué podía decirle? Ya no podía negar más que había surgido en él un sentimiento muy profundo hacia aquella chica. (O sea, hacia mí. ¿Os dais cuenta de que yo no sabía nada de eso en aquel momento? Aísss, cómo me hubiera gustado haber podido oír en directo ciertas conversaciones...)

—¿Tan raro sería? No veo a qué viene tanta risa —dijo un poco molesto por ser objeto de las burlas de su entrenador.

—¿De verdad va en serio? —preguntó Nacho cambiando de tono al ver la expresión de su amigo.

—No sé, pero por primera vez en mi vida no soy capaz de dar un no rotundo por respuesta —contestó el joven que no quería mostrar más de sus sentimientos ante su entrenador y amigo.

—Pero ahora debes concentrarte en recuperarte y en Wimbledon. No te olvides que Wimbledon está a la vuelta de la esquina. No puedes tirar por la borda el tremendo esfuerzo que has realizado hasta ahora —dijo Nacho, esta vez en tono serio—. ¿Has pensado en lo que te dije sobre ir unos meses a ese centro de alto rendimiento en Francia? Te lo recomendé cuando pasó lo de Laura y sigo creyendo que es lo mejor para ti en estos momentos. Después tendrás tiempo para todo.

—Aquí me está yendo bien y ahora mismo no puedo dar una respuesta... No me mires así, sé que estoy en el límite. Tengo treinta años, pero presiento que esta vez sí, presiento que es mi momento.

Lo único que sabía en aquel instante era que lo que sentía por aquella joven tan particular no lo había sentido nunca por nadie y que era mucho más fuerte y profundo de lo que hubiera imaginado nunca aquel primer día en la cafetería. Se sentía tan a gusto con ella como no lo había estado con nadie. Por fin se había calmado y, para la tercera cita, había dejado de pensar en los *paparazzis* y de imaginarse a algún fotógrafo accionando el flash de su cámara delante de su cara, porque ya solo podía pensar en ella, en Helena. Por eso, a pesar de sus propósitos de no complicarse la vida, de ir más despacio o, incluso, de dejar de verla, no había podido hacerlo. Algo le impulsaba hacia ella y estaba dispuesto a averiguar qué era.

CAPÍTULO XX

*M*i cansancio empezó a hacerse «legendario». Cada vez me costaba más mantenerme despierta por las mañanas. Había semanas en las que tenía que tomar un café doble para desayunar y repetir a lo largo de la jornada. Un día, sin ir más lejos, me dormí en el metro. Normalmente, antes de que dieran las ocho ya estaba corriendo calle abajo para coger el transporte público. Se notaba cuando se acercaba el fin de semana porque los lunes salía de casa de punta en blanco y a paso, digamos, tranquilo; pero hacia el jueves salía del portal como si me persiguiera el michelín que había logrado quitarme desde que estaba en la ciudad; no hay como una temporada de vida caótica para quedarme como una sílfide. Sé que a otras personas les pasa lo contrario. Además, solía ir ajustándome la chaqueta, retocándome el pelo... Tengo que confesar, para mi vergüenza, que a veces por la mañana sacaba a Bond en bata. Sí, hasta ese punto había llegado. En fin, que no salía con la taza de café en una mano y el cepillo de dientes en la otra de milagro. Esos días asaltaba, más que subirme, el vagón del metro y, a veces, con suerte encontraba un asiento libre que a esas alturas se apreciaba más. Sentada, con el cansancio acumulado y el traqueteo del tren me resultaba muy difícil mantener los ojos abiertos. Y lo intentaba, lo intentaba de verdad. Me ponía música lo más movida posible, trataba de leer... Pero aquel día todo fue inútil. Era viernes, después de una semana especialmente movida en todos los trabajos y en la que había salido cada día con Sergio.

—Apoyaré la cabeza aquí solo un momentito —me dije. Sí, volví a caer en la misma trampa del «solo voy a apoyarme aquí, pero no me voy a dormir ni nada parecido». Anda que no.

Lo siguiente que recuerdo fue abrir los ojos después de un minuto, eso es lo que me parecía a mí, y darme cuenta que me había pasado cinco paradas de la mía. ¡Me había dormido casi veinte minutos! Miré a mi alrededor con cara de despiste sin acabar de entender aún lo que había pasado. Una señora, que estaba sentada a mi lado desde el inicio del trayecto, con un bolsa grande con flores estampadas, me miró y dijo como adivinando mis pensamientos.

—Es que se te veía tan a gusto ahí, durmiendo... Daba pena despertarte. Se ve que lo necesitabas.

Yo asentí mecánicamente sin saber si sonreír o echarle una buena bronca a aquella pobre mujer por no haberme despertado. Cuando se detuvo el metro, me precipité fuera del vagón y me fui como una bala hacia el andén contrario para coger el metro de regreso a mi parada. Llegué casi media hora tarde, pero por suerte el jefe estaba en una reunión con los redactores y Nora fue la única que se enteró de mi retraso. Al menos no me había vuelto a dormir encima de Sergio, algo es algo. Si me hubiera pasado otra vez, creo que me hubiera muerto de vergüenza.

—Creí que no venias —me dijo nada más verme entrar.

—¿Dónde están todos? —pregunté con aprensión, aunque, en realidad, no sé por qué me preocupaba si era el último mono.

—Hay una reunión de todos los redactores.

—¿Y cómo es que no estás con ellos?

—Sí, estoy. Y que el jefe está de un pesado... Solo he venido a coger mi portátil. ¿No me dices que te ha pasado?

—Me he dormido en el metro —respondí yo con cara de pocos amigos.

—Es que llevas un ritmo de vida imposible, es de locos. Si no te paras tú, te parará tu cuerpo. Me senté con desgana en mi silla, dejé el bolso sobre la mesa y suspiré.

—Ya lo sé, pero solo necesito aguantar un poquito más. Falta tan poco para que esto acabe y pueda llevar una vida normal.

—Pide ayuda. Si querías demostrar algo, ya lo has hecho de sobra. Eres una mujer independiente y que se sabe cuidar, pero los seres humanos también necesitan que les echen una mano de vez en cuando y no pasa nada. A veces pienso que haces esto más por orgullo y cabezonería que por otra cosa.

Le hice un gesto con la mano. No estaba para sermones. Estaba claro que ella no lo entendía. Quería hacer algo por mí misma, aunque tenía que admitir que, quizás, al final no me iba a quedar otro remedio que llamar a mis padres y explicarles cuál mi situación. Ni el orgullo ni la tozudez lo iba a impedir si la cosa empeoraba. Me levanté de la silla y me fui directa al baño. Allí me refresqué la cara y después me preparé otro café; sí, ya lo sabía, si seguía tomando tanta cafeína, al final iba a acabar con una camisa de fuerza. Quería estar despejada antes de empezar a trabajar.

Salir con Sergio se había convertido en la razón más importante por la que me levantaba por las mañanas, y creo que ha quedado claro que, a esas alturas, necesitaba toda la ayuda posible para levantarme. No podía negarlo ya. Había llegado en el momento oportuno para ayudarme a acabar de salir del berenjenal en el que yo misma me había metido. Pensar en él y en Bond me servía más que todos los psicólogos del mundo para darme fuerzas. Además, era tan fácil hablar con él. Sin duda, aquellos breves momentos que podíamos robarle a mi descanso eran los que me impulsaban para seguir. Tenía la sensación de que nos veíamos a salto de mata, pero esperaba que nos pudiéramos desquitar cuando acabara la beca. Claro, que, a lo mejor, ya no podría vivir en la capital; esos pensamientos me rondaban cada vez más a menudo. Lo mejor era no pensar en ello y disfrutar de lo que teníamos. Una de aquellas tardes llegamos paseando a un parque, era ya bastante tarde y no quedaban niños a la vista.

—Hace tanto que no monto en uno de éstos —murmuré señalando unos columpios que teníamos delante.

—¿Te gustaba? —preguntó.

—Sí, desde luego.

—Pero ya somos mayorcitos para...

—¿Qué? —Lo tomé como un reto y me fui directa a uno de los columpios y me senté—. ¿A que no eres capaz?

—¿Qué no?

Al cabo de un minuto, estábamos los dos sentados y balanceándonos suavemente.

«Espero que aguanten nuestro peso», pensé. Y es que a veces soy un poco impulsiva.

—Ojalá no nos vea nadie, sino ya me imagino las noticias: «Tenista arrestado por asaltar las atracciones de un parque infantil».

No pudimos evitar reírnos. ¡Se estaba tan bien allí con aquella tenue brisa que soplaba y el suave balanceo del columpio!

—Me encanta estar contigo... Es como volver a ser niño —dijo de repente.

Creo que me sonrojé porque lo dijo de una manera tan profunda y convincente. Como él sabía decir las cosas cuando quería.

—Aparte de asaltar columpios por la noche, ¿qué más cosas te gustan? —preguntó.

—Veamos, me gustan los caramelos de fresa y las ilustraciones de paisajes... Y también me gustan los perros —añadí.

—A mí también me gustan los perros. Así que si ponemos un anuncio buscando pareja por internet los dos tendríamos que poner aquello de que «y que le gusten los perros...» ¿no era ese el título de un libro?

—¿Un libro? —respondí dudosa—. No. Me parece que no... *Y que le gusten los perros*, ¿no era una película?

—Puede ser. Ahora mismo no lo recuerdo.

Yo le tendí la mano desde mi columpio y él la tomó. No sé por qué lo hice, otro impulso, supongo. Después nos quedamos un rato callados. Disfrutando del silencio uno junto a otro hasta que perdimos la noción del tiempo.

El momento en que se acabaría la beca se aproximaba a pasos agigantados. De repente, me daba la sensación de que el tiempo se había acelerado y que se me escapaba de entre los dedos. Aunque pareciera una contradicción, ahora no quería que se acabara. Y Sergio era el principal responsable de ese cambio de actitud. Seguíamos viéndonos todas las semanas. Como es sabido, yo no podía quedar más que de lunes a jueves, después de dar las clases, o el sábado y el domingo por las mañanas. Luego estaba Bond y mi proyecto de artículo; a veces me parecía que estaba metida en una lavadora que no salía del modo centrifugado.

Una noche me desperté con el corazón acelerado, me quedé sentada en la cama mirando a mi alrededor sin comprender a qué venía esa sensación de temor. Tuve que respirar hondo varias veces y levantarme para prepararme una infusión relajante. Me senté a la mesa y me obligué a tomarla muy despacio. Bond enseguida se dio cuenta de que me estaba en pie y vino corriendo para ver qué ocurría. Le acaricié la cabeza y así, entre la bebida y las caricias, acabé tranquilizándome. Entonces vi con claridad el motivo de mis terrores nocturnos: era miedo a quedarme parada y perder comba, miedo a olvidarme de algo importante. En fin, que mi salud empezaba a resentirse con todo aquel jaleo. Cogí un calendario y comprobé que quedaban dos meses de beca.

—¡Solo hay un día de fiesta! —exclamé con desánimo, consciente de que debería pasarlo durmiendo si quería aguantar hasta el final—. Bond, vamos a necesitar toda la energía que podamos reunir.

Quedé pensativa durante unos instantes. De todo lo que hacía, ¿qué podía dejar? La beca no, era la razón por la que estaba allí y por lo que estaba realizando todo aquel esfuerzo. Los trabajos no podía dejarlos tampoco, era cuestión de supervivencia. Y ¿cómo dejar a Bond? Además, su compañía hacía que regresar a casa cada día fuera agradable. No, le necesitaba casi tanto como él a mí. Solo quedaba Sergio, pero, en cuanto se me pasó esa idea por la cabeza, me di cuenta de que era imposible. No podría dejarle. Hacía mucho tiempo que sentía algo por él, algo a lo que no me había atrevido a poner nombre, pero que se hacía cada vez más fuerte. Sí, estábamos los dos igual.

—¿Por qué es todo tan complicado? —suspiré con desgana.

Lo mejor sería que regresara a la cama a intentar dormir. No podía perder ni un minuto de descanso. Quizás unas vitaminas podrían ayudarme. Iría esa misma semana a que me recetasen

unas, si a mi médico de cabecera le parecía bien. Solo necesitaba un empujoncito más. Después pensaba ir a casa y pasarme un mes entero durmiendo... Si me dejaban.

CAPÍTULO XXI

Aquella tarde Amanda entró directa al vestuario de la cafetería sin saludar siquiera. Los demás, que habíamos llegado antes, nos miramos con cierta preocupación, no era propio de ella. Lo normal era que se parara con nosotros a contarnos cualquier anécdota que le hubiera pasado camino del trabajo. No he conocido a nadie a quien le ocurrieran tantas cosas. Enseguida pensé en aquel novio suyo, aunque decía que lo había dejado, no sé por qué, me vino a la cabeza que lo que fuera que ocurriera, debía estar relacionado con él. Así que me fui tras ella al vestuario.

—¿Pasa algo? —preguté.

Se sobresaltó. Miró hacia mí con aprensión y respondió:

—Oh, no, no. ¡Qué va!

—Como has pasado delante de nosotros sin ni siquiera mirarnos...

—Eh... Lo siento. Es que pensé que llegaba tarde.

Noté que seguía llevando puestas las gafas de sol, así que mis sospechas se confirmaban.

—¿Qué te ha pasado en ese ojo? —inquirí de manera directa, aunque en realidad no podía verlo debajo de aquellas gafas tan grandes y oscuras.

Amanda dio un respingo.

—No, nada. Me he golpeado...

—No, no me lo digas. Con una puerta... Pero ¿te crees que me chupo el dedo? ¿Cómo es posible que sigas con ese tío? Si aún ni vivís juntos y ya te hace esto, no quiero ni pensar... Porque no vivís juntos, ¿verdad? —preguté con cierta aprensión.

—No, no. Ni mucho menos...

—Entonces, ¿a qué esperas para mandarlo a paseo? Hazlo antes de que sea demasiado tarde.

—Es que es tan... guapo.

—¡Amanda! —exclamé yo con desesperación.

—Es que salir con un hombre así no le pasa a una todos los días —murmuró.

—¡Gracias a Dios! —volví a exclamar—. Con la cantidad de chicos guapos que hay en el mundo y te tienes que fijar en ese imbécil.

—Lo sé, pero es que es tan...

—Ya, es como uno de esos «malotes» de novela... Pero Amanda ya no tienes quince años para caer en esas tonterías.

Amanda asintió y se sentó en uno de los taburetes que teníamos almacenados en el vestuario por falta de espacio en el almacén.

—La verdad es que..., sí, os mentí cuando os dije que lo habíamos dejado. Lo intenté. Intenté dejarle, pero vino a buscarme diciendo que estaba arrepentido y le perdoné. Pasamos un par de semanas buenas, pero enseguida volvió a ser el mismo de siempre... Ahora es distinto, en esta ocasión decidí firmemente que lo dejaba. Se lo dije, pero pensó que sería como la otra vez que,

cuando volviera lloriqueando, le perdonaría. Cuando le dejé muy claro que no iba a ser así, pasó esto...

Yo me senté a su lado y le apreté la mano para darle a entender que la apoyaba.

—Tienes que denunciarle, no puedes permitir que te haga esto y se vaya de rositas.

—No quiero líos. Ya verás como ahora me deja tranquila, le he dejado muy claro que esta vez no hay vuelta atrás —dijo mientras se levantaba de la silla—. Tenemos que salir o la encargada nos llamará la atención.

Salió del vestuario y vi como entraba en el cuarto de baño con su bolsito de maquillaje. Unos minutos después aparecía la Amanda de siempre, y nadie hubiera dicho que a su ojo le pasara algo.

Era inútil tratar de ocultarle nada a Amanda, era la única que sabía que Sergio y yo habíamos estado saliendo. Estaba contenta porque se sentía un poco partícipe de ello y, además, estaba encantada porque una amiga suya estuviera saliendo con alguien famoso. Aunque no pudiera decírselo a nadie de momento, como ya le había dejado yo muy claro, esperaba desquitarse en cuanto se abriera la veda del cotilleo.

Aquella había sido una tarde de sábado especialmente movida en el trabajo y no habíamos tenido tiempo de comentar nada de lo ocurrido el día anterior. Tampoco es que Amanda estuviera muy por la labor de hablar del tema. Sergio había estado allí y habíamos quedado en que nos veríamos cuando cerrara la cafetería.

—Hasta mañana, y cuídate —le dije a Amanda cuando salimos.

Ella caminó hacia un lado de la calle y yo hacia el otro porque Sergio me estaba esperando en la esquina. Llegué a su altura y nos besamos. Creo que en ese punto a los dos nos daba miedo dar un paso más, por lo que procurábamos que nuestro contacto físico fuera bastante *light*. No podíamos responder de lo que pasaría si nos dejábamos llevar.

—¿Qué tal la tarde? —preguntó.

—Puf... —fue toda mi respuesta.

De repente escuchamos una especie de forcejeo que venía de la otra esquina de la calle.

—¡He dicho que me sueltes!

Enseguida reconocí la voz de Amanda y me imaginé lo que ocurría.

—¡Amanda! —grité, para que quien fuera, y tenía bastante claro quién era, supiera que no estaba sola.

Mi sorpresa vino de la actitud de Sergio. Él también se había dado cuenta de lo que pasaba porque, a pesar de la oscuridad de ese rincón de la calle, se entreveía a un hombre corpulento que sujetaba por el brazo a una mujer. Lo cierto es que todo ocurrió muy deprisa y casi no puedo recordar con claridad los hechos. Lo que sé es que vi a Sergio pasar por delante de mí y dirigirse como un toro hacia ese hombre. Cuando llegó a su altura le agarró con tal fuerza que le levantó del suelo. Aquel tipo le miró con una sorpresa indescriptible, y no digamos Amanda. Lo apartó de un empujón y el agresor cayó a la calzada. Parecía que todos sus músculos fueran simples globos hinchados de más y no el producto de un buen trabajo en el gimnasio.

—¡Deja en paz a la señorita! ¡Y no se te ocurra volver a molestarla! —dijo con un tono de voz que yo jamás le había escuchado.

Aturdido por la sorpresa de que alguien le plantara cara y por el vapuleo recibido, el «amigo» de Amanda se quedó petrificado durante unos minutos, después se rehízo y se levantó.

—Toda para ti, si esa tía no vale nada —dijo con desprecio mientras se alejaba calle abajo, sin dejar de mirar hacia atrás por si acaso.

—Pues vale mucho más que tú —no pude evitar decir.

—¿Estás bien? —le preguntó Sergio a Amanda que lo miraba embobada.

Afortunadamente, la chica aún se sentía fuerte y agradeció mucho su ayuda. Amanda y yo nos abrazamos aliviadas, y los dos la acompañamos a poner una denuncia, ella nos lo pidió. Pensó que era la mejor manera de dejarle claro a aquel tipo que no quería saber nada más de él y que no estaba dispuesta a permitir que la tratara así.

Cuando por fin nos quedamos solos, miré a Sergio con una expresión que decía: «me has sorprendido».

—Es que no soporto a esos tíos —fue la única respuesta que me dio.

Al llegar a mi edificio, nos besamos de nuevo, pero esta vez, no sé si por lo ocurrido y las emociones vividas o porque lo estábamos deseando, fue de una forma tan apasionada que, de no haber sido porque vi que había luces en casa de la portera, no sé que habría pasado. A pesar de lo tarde que era seguían levantados, ¿es que la gente no duerme o lo hacían por fastidiarme? Antes de despedirnos, Sergio y yo decidimos pasar juntos la mañana del domingo. Estábamos un poco hartos de que el final de nuestras citas fuera siempre interrumpidas por algún vecino inoportuno, así que nos desquitábamos viéndonos al día siguiente.

Dicho y hecho. Tal como habíamos acordado la noche anterior, esa mañana de domingo la pasamos juntos. Fuimos a un parque de atracciones y luego a comer. Lo pasamos como dos niños felices. La verdad era que cada vez procurábamos vernos más a menudo. Si yo estaba demasiado cansada un día, me acompañaba a casa y ya; por eso le pregunté aquella mañana:

—¿Te compensa venir a esas horas solo para verme un rato?

—Me compensaría verte aunque solo fuera un minuto —respondió con voz profunda.

Cuando se ponía serio es que no lo podía aguantar. Me sentía como un globo, porque iba flotando por la ciudad.

—Si no te he invitado a casa o a que vayamos a alguna parte los dos, es solo porque no me atrevo. Después de lo ocurrido con mi exnovia, supongo que ya sabes de qué va, porque no quiero hablar de ello...

—No te preocupes —le dije yo.

—Pues eso, no me atrevo porque los fotógrafos aparecen donde menos te los esperas y, ahora que todo se ha calmado un poco, no quiero avivarlo. Si me había prometido a mí mismo que no saldría con nadie ni a tomar café hasta pasado un tiempo prudencial...

—Y yo me había prometido lo mismo hasta que no acabara la beca y todo este lío —respondí sin poder reprimir la risa.

—Pues ninguno de los dos ha podido cumplir su objetivo.

Aunque eso explicaba por qué íbamos tan despacio y con tanto cuidado. Yo no quería liarme más hasta estar más libre de trabajo y aún no las tenía todas conmigo al ser él un personaje conocido, y él no quería repetir los errores que había cometido con su ex, fueran cuales fueran esos errores. Esta vez no fue un vecino entrometido el que interrumpió nuestra cita, sino la hora en la que tenía que entrar a trabajar en la cafetería.

CAPÍTULO XXII

Sergio había tenido que salir de viaje de manera imprevista para visitar la sede de la empresa que le patrocinaba e iba a estar varios días fuera. Al parecer, iban a firmar un contrato muy importante. Yo decidí aprovechar para irme directa de mis trabajos a descansar porque ya no podía con mi alma. Ese lunes pasó lo que tenía que pasar. Había conseguido evitarlo durante todo aquel tiempo. Me había ocurrido en otros sitios, cómo bien sabéis a estas alturas, pero nunca en el trabajo, hasta que al final sucedió. Me quedé dormida sobre la cartelera de cine que tenía en mi mesa, en el periódico, porque, aunque me habían asignado tareas nuevas, no me habían librado de las antiguas. Algo típico. El caso es que noté unas suaves palmaditas en el hombro y abrí los ojos y, por un instante, no supe dónde estaba. Hasta que miré hacia arriba y vi unos ojos socarrones que me observaban.

—Señorita, comprendo muy bien su situación, pero me temo que éste no es el lugar apropiado para echarse una siesta. Téngalo en cuenta en el futuro —dijo el redactor jefe antes de dirigirse a su despacho.

Nora, que era la única que podía verme por la disposición de las mesas, se encogió de hombros y me dijo bajando la voz:

—Lo siento, no me había dado cuenta.

—¡Qué gracioso! —murmuré mientras miraba como se cerraba la puerta tras el jefe.

Creo que lo que más me molestaba era su recochineo, parecía que le divertía meterse conmigo. Yo tenía bien claro que no se iba a deshacer de mí de ninguna manera. Era el empleado más rentable del periódico: trabajaba sin parar las horas que estaba allí y no les costaba nada. Por eso era tan comprensivo, no pararía hasta expresarme bien.

—Tengo tanto sueño que solo tengo despiertas las neuronas justas para pasar la mañana —añadí compungida.

—Ya sabes lo que pienso del asunto —respondió Nora, tozuda en su idea de que llamara a mis padres para pedirles ayuda.

No os cansaré repitiendo lo agotada que estaba, pero esa mañana, para mantenerme despierta tuve que ir tres veces al cuarto de baño a meter la cara en agua fría, además de tomarme dos cafés bien cargados... Y aún así me costaba mantener los ojos abiertos. Casi me alegraba de que Sergio no estuviera, porque necesitaba un par de días de los de acostarse a las nueve de la noche. Aunque ¿qué digo?, prefería que no se hubiera marchado, aun cuando lo único que pudiera hacer fuera dormirme en su hombro.

Así que me arrastré todo el día con la mente puesta en mi cama, blandita y confortable, y en dormir doce horas seguidas. Por fin acabó la jornada. Los niños de la academia se aprovecharon sin piedad de mi debilidad y se pasaron la tarde dibujando y riendo por lo bajo y por lo alto. Yo no tenía fuerzas para imponer orden; por un día, les dejé estar y transformamos la clase de geografía en una de dibujo. Debían dibujar el accidente geográfico que más les gustara: una

montaña, un río, el mar... En fin, no sé si alguno llegó a terminar la tarea, pero yo no estaba para muchos trotes. A la hora en punto, los mandé a casa y yo hice lo propio.

—Sí, papá. Está todo arreglado.

—Cómo me alegro, hijo... Tu madre también te está escuchando, he puesto el altavoz.

—Hola, mamá —saludó Sergio.

—Hola, ¿cómo estás? —respondió ella.

—Bien, gracias. Solo voy a decir que hay que cuidar bien este dinero porque no pienso mezclarme más con gente como Alfonso Bernal en el futuro —dijo con rotundidad.

—Lo comprendo, Sergio. Siento que hayas tenido que aguantar esto por nosotros.

—Lo he hecho por la familia y los trabajadores, y esa es la única razón por la que no me arrepiento. Pero no estoy dispuesto a repetirlo, mi dignidad no me lo permitiría.

—Ten por seguro que esta vez las cosas serán diferentes —aseguró su madre—. Nada de inversiones que no tengan que ver con la empresa.

—Desde luego —estuvo de acuerdo su padre.

—Muy bien. Nos vemos pronto, os quiero.

—Y nosotros a ti.

Sergio colgó el teléfono y sintió que se había quitado un peso de encima. Se echó en la cama de su habitación del hotel y respiró hondo. Pronto Alf saldría de su vida y no tendría más líos con la prensa del corazón. Qué equivocado estaba.

Por mi parte, después de salir de la academia, arrastré los pies de vuelta a casa, pero antes de llegar, algo en el quiosco de la esquina llamó mi atención. Lo había visto fugazmente al pasar, aunque una extraña sensación me hizo volverme. Allí estaba, en primera página en una de esas revistas que siempre añaden alguna onomatopeya a las fotos: Bzzz, sshh... o cosas así. Lo decía bien clarito: «Laura P. ex novia del conocido tenista Sergio N. quizás no sea tan ex...». De forma mecánica cogí un ejemplar y lo compré. Subí a casa y busqué como una loca la noticia en el interior de la revista y..., no me lo podía creer.

«La antigua novia del tenista puede que vuelva a serlo. Aquí tenemos en exclusiva estas fotografías en las que se ve a la joven saliendo del edificio de apartamentos donde vive su ¿ex? a altas horas de la noche. Recordarán que la joven se vio envuelta en un escándalo cuando...».

Tuve que leerlo tres veces para comprender el sentido de todo aquello, me resultaba imposible de creer.

—Hubiera jurado que Sergio no era así —murmuré.

Me había despejado de golpe. ¿Había sido todo una broma? Parecía que había algo entre nosotros. Quizás había sido solo por mi parte. Saqué enseguida a Bond porque también yo necesitaba pasear después de leer aquello. Todo el rato que estuvimos en el parque no pude dejar de pensar en el asunto, pero no llegué a ninguna conclusión. Respiré hondo y me dije:

—Calma. Ya sabes cómo son a veces estas revistas. Dale a Sergio la oportunidad de explicarse.

Regresamos a casa, cené algo ligero y, por fortuna, el cansancio de todo el día volvió, y me dormí casi sin tiempo para meterme en la cama y sin poder pensar en nada más.

Mientras, lejos de allí, Alf recibió un mensaje en su teléfono:

«Échale un vistazo a la revista *Exclusivas*», decía.

Alf, que aún se encontraba en la habitación del hotel y no había bajado a cenar, abrió el portátil, porque no le gustaba leer en el móvil, y buscó la versión digital de la revista. No encontró nada raro. Llamó entonces a recepción del hotel y pidió que le subieran un ejemplar de la revista física. En ciertos hoteles puedes conseguir cualquier cosa. Al cabo de unos minutos, un botones le traía la revista solicitada. No tuvo ni que abrirla para saber a qué se refería su secretaria con aquel mensaje.

—¡Esa idiota lo va a estropear todo! —exclamó malhumorado.

Marcó un número de teléfono y esperó a que se lo cogieran. No importaba lo tarde que fuera, cuando Alf tenía un asunto que solucionar, no dudaba en despertar a quien fuera a las cinco de la madrugada si era necesario.

—Hola, Tito —saludó en un tono que, a quien estuviera al otro lado del aparato, no le quedó la menor duda sobre el humor que tenía.

Alf miró de nuevo la revista como para asegurarse y después prosiguió:

—He visto que uno de tus fotógrafos ha publicado ciertas imágenes en la revista Exclusivas. Espero que se retiren de la circulación y que... *el asunto se solucione*.

La persona a quién iba dirigida aquella advertencia debió protestar porque Alf le contestó:

—Ya sé, ya sé que la agencia H es una de las de más prestigio del país y casi del mundo... No me vengas con esas monsergas.... Ya hay una demanda contra varias revistas por publicar titulares falsos, pero eso no es nada si también intervengo yo. Sabes muy bien de lo que soy capaz. Si este asunto no se arregla de inmediato, me encargaré yo en persona de que ese fotógrafo tuyo no vuelva a trabajar en su vida. ¿Me he expresado con claridad?

Alf colgó el teléfono aún irritado. No podía permitir que nadie estropeará un plan tan cuidadosamente organizado. No habría problema, él sabía hasta donde llegaba su poder en ese mundillo y, en ese momento, era la figura más poderosa. Y debía serlo porque las fotos desaparecieron esa misma noche de Internet, Alf no las había visto, pero estaban allí, y al mes siguiente la revista publicaba una nota de disculpa en la que decían que se había producido un error y que se trataban de imágenes antiguas, por lo que Sergio Noel y su ex no habían retomado su relación. Aquel hombre menudo y con cara de «extraterrestre» podía encumbrar a quien quisiera, pero también podía hundirlo si se veía obligado a ello. Ahora, su principal cliente era Sergio, bueno, más bien, las marcas de refrescos y material deportivo que lo patrocinaban, y haría lo que fuera necesario para cumplir con los objetivos que le habían marcado. Una prima de lo más sustanciosa le iba en ello. Y su prestigio, por supuesto. Alf se golpeó la barbilla con el móvil, pensativo.

—¿En qué estaría pensando ese chico? —murmuró.

Sergio había bajado al bar del hotel para hacer tiempo hasta la cena. Las cosas parecían ir bien y estaba más tranquilo. Con un poco de suerte todo se acabaría y podría volver a su vida de antes. Y no solo eso, esperaba poder tener una relación normal con Helena (no sé si os he dicho ya, que se refería a mí. Ay...). Poder salir con total tranquilidad, llevarla a su casa y, tal vez, que conociera a sus padres... Quizás eso fuera un poco precipitado, pero no se podía descartar.

Cuando más relajado se encontraba el destino quiso que apareciera por allí una persona a la que no le apetecía lo más mínimo ver.

—Pero ¿qué está haciendo aquí? —murmuró malhumorado mirando hacia la puerta por donde acababa de entrar el padre de Laura.

El hombre miró alrededor como esperando encontrar algún conocido. Cuando vio a Sergio, esbozó una sonrisa. Sergio trató de disimular, de aparentar que no le había visto, mientras deseaba con fervor que Laura no estuviera también allí.

—Vaya, muchacho. ¡Qué sorpresa! —exclamó mientras se sentaba a su lado en un taburete frente a la barra.

Sergio saludó con un leve movimiento de cabeza y siguió mirando en dirección opuesta. No tenía ganas de hablar con aquel hombre. Cuando hizo ademán de marcharse, éste le tomó por el brazo.

—Pero ¿qué prisa tienes? Deja que te invite, por las molestias...

Estaba muy achispado y cuando estaba así no podía dejar la lengua quieta, no callaba un momento. Sergio lo notó y decidió quedarse un poco más para no armar un escándalo. Era lo que le faltaba en esos momentos.

—No quiero nada, gracias —respondió secamente.

—¿Te importa que beba yo?

—No, claro que no —contestó con desgana.

El hombre llamó al camarero y pidió un *dry martini*. En cuanto lo tuvo delante, le dio un buen trago y se volvió hacia Sergio.

—Mi hija no se portó bien contigo, no señor, pero no es mala chica, solo caprichosa. Y ahora con los problemas de dinero que tenemos... Ni siquiera me hospedo aquí, en estos momentos no me lo podría permitir.

Y este hombre, que no era lo que se dice discreto, le contó a Sergio todos sus problemas y las conversaciones con su hija al respecto, mientras el joven le escuchaba cada vez más asqueado. Si podía albergar alguna duda, que no era el caso, sobre su decisión de no ver a Laura nunca más, a partir de entonces no podría quedarle ninguna.

—Tengo que irme —dijo al fin Sergio poniéndose en pie, harto de la situación. No quería escuchar nada más.

—¿Eh? Sí, claro, claro —respondió el padre de Laura con una estúpida expresión en la cara—. Yo también tenía que ver a alguien, pero no ha querido recibirme.

El joven salió a toda prisa del bar y se refugió en la cafetería que estaba en la sala contigua. Era tanta la tanta aprensión que le había invadido, que no quería subir a su habitación por si lo seguía. Temía que Laura estuviera también allí y que su padre le informara de dónde se hospedaba. No quería otra escena como la de aquella noche en su casa y esta vez en un lugar público.

Mientras, Alfonso necesitaba hablar con Sergio ya. Tenía que saber a qué atenerse. Sabía que le estaba esperando para cenar, por lo que le llamó a su móvil.

—Me gustaría hablar contigo de un asunto antes de bajar al restaurante... Sí, sí, es urgente. Vale, sube. Te espero —le dijo.

Prefería que trataran el asunto allí, en privado, y no en el restaurante del hotel donde había muchos oídos extraños. Tres minutos después, llamaban a la puerta.

—Pasa... Toma esto, mira... —le dijo Alf tendiéndole la revista a un Sergio que casi no había tenido tiempo ni de sentarse.

—Pero, ¡será hija de...! —exclamó el joven en cuanto vio la portada. Alf se le quedó mirando un instante antes de comenzar a hablar:

—Mira, tu vida privada no me interesa en tanto en cuanto no afecte a mi trabajo. Por lo que en este caso me veo obligado a preguntar, ¿qué pasa con esto? ¿Sigues viéndote con esa chica a pesar de todo?

Sergio hizo un gesto de desesperación y tiró la revista con desprecio al otro extremo del sofá.

—No, por supuesto que no... —respondió el joven con firmeza—. Laura vino a verme hace unas noches diciendo que estaba arrepentida. Yo la dejé pasar a casa para que no armara un escándalo delante de los vecinos, pero le dejé muy claro que habíamos terminado y la eché de casa. No pasamos ni cinco minutos en el pasillo. Debía estar de acuerdo con algún fotógrafo, algo muy típico de ella.

—Está bien. Te creo —dijo Alf mirándole a los ojos.

—Y ¿qué va a pasar ahora? —preguntó inquieto el joven.

—No te preocupes, ya me he encargado yo del asunto. Sergio asintió, pero, de repente, dio un respingo.

—Tengo que hacer una llamada —dijo mientras salía a toda prisa de la habitación.

Alf sonrió al verle salir. Cinco minutos más tarde sonaba el teléfono en mi casa, pero yo ya hacía rato que estaba en el mundo de los sueños y no lo oí.

CAPÍTULO XXIII

*M*i teléfono sonó a primera hora de la mañana, pero, a pesar de mis propósitos del día anterior de dejar que Sergio se explicara, en ese momento me sentía tan molesta que no lo cogí. Desayuné sin quitar ojo al móvil y sin contestar a las llamadas. Lo que más me fastidiaba era que a pesar de mi firme voluntad de no complicarme más la vida, lo había hecho. Ahora tenía que afrontar situaciones y problemas con los que no contaba y que había creído que nunca me afectarían a mí.

—¿Qué opinas, Bond? ¿Será un imbécil integral o no? —pregunté al aire, pero el animal estaba mucho más interesado en mirar mi tostada que en la conversación.

Al menos, me sentía más descansada y cuando llegué al periódico, solo tomé una taza pequeña de café. A media mañana me sentía mejor, más relajada y dispuesta a escuchar explicaciones. Miré el móvil y vi que había tres llamadas y un mensaje, todos de Sergio. Me fui al baño para que no me interrumpieran y escuché el mensaje. Decía:

«Soy Sergio... Bueno, ya lo sabrás porque habrás visto el número. Oye, yo... Te habrás enterado... Claro que te has enterado, si no habrías contestado a mis llamadas. Pero prefiero no hablar de este tema por teléfono. Solo te pido por favor que no saques conclusiones precipitadas. No he tenido nada que ver con eso. Bueno, hablamos... Un beso».

Suspiré, parecía tan afectado. El problema era que en realidad él no me había hablado mucho de su relación con aquella chica, y yo no podía saber si en verdad lo consideraba algo pasado o estaba esperando a que volviera con él. No sabía nada de cómo se sentía respecto a ella ni tampoco respecto a mí. No habíamos hablado de sentimientos ni de nada parecido. Simplemente, nos habíamos dado cuenta los dos de que estábamos muy bien juntos, o eso esperaba yo, pero ninguno había intentado dar un paso más allá. Decidí que, puesto que no habíamos hablado del tema, no teníamos ningún compromiso y por tanto no tenía derecho a enfadarme. Si él aún estaba enamorado de su antigua novia y le había surgido la oportunidad de volver con ella, yo no tenía nada que decir por mucho que me doliera. Pensé que lo mejor que podía hacer era sumergirme en el trabajo para no pensar, cosa nada difícil porque ya sabéis que trabajo no me faltaba. Procuraría mantener la calma hasta que Sergio regresara la semana siguiente.

Llevaba más de una hora con el bolígrafo en ristre y sin que se me ocurriera ni una sola palabra. Estaba sentada frente a la puerta de la terraza, pues las temperaturas se estaban volviendo cada vez más agradables y anunciaban un verano que ya se vislumbraba en el horizonte. Al final, el día había pasado con más rapidez de la que hubiera pensado por la mañana. Esa vez tenía que dar gracias a mi alocado ritmo de vida.

—Si sigo así, no voy a tener tu historia acabada antes de dejar el periódico —le expliqué a Bond que, por toda respuesta, me dedicó un movimiento de orejas.

Mi idea era dárselo a Nora para que lo leyera antes de que se acabara la beca. No había llegado a tener con ella una amistad como la que tenía con Amanda, pero en cuestiones laborales me había

ayudado mucho y me había dado muy buenos consejos, por eso quería que me diera su opinión sobre aquel artículo. Sin embargo, en esos momentos, yo solo podía pensar en Sergio y en aquella chica saliendo de su casa.

—¡Si yo ni siquiera sé dónde vive! —exclamé un poco indignada—. ¿Ves, Bond? Por eso no quería complicaciones ahora. Debería estar concentrada en mi trabajo y no pensando en..., en..., en tonterías.

Esta vez el animal no se molestó ni en mover las orejas. Estaba claro que, si quería impresionar a mi público, tendría que mejorar mi discurso. Sin duda, prefería cuando soltaba largas parrafadas entusiastas. Entonces sí que levantaba la cabeza y me prestaba atención, pero, aquella tarde, casi noche ya, no estaba yo muy entusiasmada. De pronto, sonó el timbre del interfono.

—¿Quién será ahora? No espero a nadie —dije; me había acostumbrado a expresar mis pensamientos en voz alta desde que tenía a Bond.

No os podría describir mi sorpresa cuando escuché la voz que contestó a mi pregunta de «¿Quién es?».

—¿Sergio? ¿Qué haces aquí? —preguté incrédula—. Un momento, ahora bajo.

Me cambié la camiseta y me puse los zapatos a toda prisa. Me pareció que se sentía decepcionado porque no le había abierto la puerta, pero, con los cotillas que tenía por vecinos, lo que me faltaba era meterme en otro lío. Bajé corriendo las escaleras y salí a la calle. Me esperaba en la esquina. Me pareció muy preocupado cuando llegué a su altura.

—Pensé que no venías hasta la semana que viene —dije lo primero que se me pasó por la cabeza. Sergio me miró a los ojos y, después, dijo con su profunda voz:

—He adelantado el regreso. He cogido el primer vuelo que había disponible esta mañana. Al fin y al cabo, lo importante ya estaba hecho, mi agente se encargará del resto. Pero yo tenía que venir a darte una explicación.

—Oh, no me debes ninguna explicación... No somos pareja ni estamos saliendo ni nada por el estilo. Solo somos unos amigos que han pasado algunos ratos juntos —dije yo adoptando la pose más digna que pude.

Hubo un silencio.

—Pues yo creía que sí estábamos saliendo —respondió él con contundencia. Le miré de reojo y pensé:

«Ah, ¿sí?»

Esto de que los hombres tiendan a no comunicar lo que piensan y lo que sienten y den las cosas por hechas... No me acostumbraré nunca.

—Pues, yo... —balbuceé, porque no se me ocurría nada que decir.

—Escúchame, quiero hablar contigo —dijo Sergio al fin—, pero no aquí, de pie en la calle. Vamos a algún sitio, a un bar o a una cafetería.

—Mira cómo voy... —dije recordando que, aunque me había cambiado de camiseta, seguía teniendo el aspecto de alguien que acaba de levantarse.

No soy una mujer tan segura como para poder ir así por la vida, por lo que miré con rapidez hacia el edificio y vi que la señora Díaz parecía no estar en casa.

—Está bien, subiremos a mi casa, pero vamos en silencio, que tengo unos vecinos muy chismosos y si creen que te vas a quedar, me metería en un lío. «No puede haber más inquilinos que los que figuran en el contrato» —repetí como un papagayo.

Sergio sonrió por primera vez desde que había llegado y me siguió hasta mi casa sin hacer el más mínimo ruido.

Sentado en el sofá, Sergio examinaba cada rincón del piso, tarea en la que se tardaba unos cinco segundos, quizás sorprendido de que hubiera gente que pudiera vivir en un espacio tan reducido. A Bond parecía gustarle mucho. En cuanto abrí la puerta, vino hacia nosotros y a mí me saludó casi de pasada, pero a él le dedicó una concienzuda inspección. Debió quedar satisfecho porque se apartó del paso como diciendo:

—De acuerdo, puedes entrar. Eres bienvenido.

Sergio le dedicó unas caricias y con eso acabó de conquistarlo. En seguida pasamos a temas más serios. Nos sentamos en el sofá y me dijo:

—Te aseguro que esas fotos son un montaje. Es cierto que Laura vino a verme aquella noche, pero yo la eché de mi casa. Será mejor que te cuente lo que pasó con ella, aunque seguro que habrás leído algo del tema en la prensa. Has de conocer mi versión.

Yo levanté la mano como para tranquilizarle y dije:

—En realidad, no tienes que contarme nada...

—Oh, sí que tengo. Por el bien de nuestra relación y porque a estas alturas ya estoy seguro y debes estar informada. No es algo que dependa solo de ti y de mí... Estando la prensa por medio, es mejor que lo sepas todo.

No sé cómo oí la frase completa, porque yo había empezado a flotar en cuanto había dicho «nuestra relación». El caso es que me lo contó todo. Cómo había empezado con ella, cómo la había conocido y se había encaprichado. Y cómo después ella le había engañado, se había fugado con otro y había utilizado su nombre para conseguir exclusivas en las revistas.

—... y por eso puse una denuncia. Y por eso, además, tengo que aguantar a un asesor de imagen —concluyó con resignación.

Me acerqué a él en un impulso y le besé en la mejilla para agradecerle su confianza; él me agarró y me besó en los labios. Yo correspondí con toda la pasión que llevaba contenida. Él lo notó y me besó aún con más fuerza. Sergio comenzó a besarme también el cuello y yo lancé un profundo suspiro... Hasta que notamos que alguien nos lamía las manos a los dos.

—¡Bond! —exclamé, entre divertida y molesta.

Pero no me hizo ningún caso. Puso su cabeza debajo de mi mano y empujó hacia arriba. Señal de que quería caricias. Supongo que pensó:

—Aquí están repartiendo mimos. Quiero mi parte.

No pudimos evitar echarnos a reír. En el fondo, me sentí aliviada por la interrupción. Sergio acababa de contarme todo aquello, pero yo prefería reflexionar un poco antes de dar un paso tan importante. Había pasado en un segundo de creer que éramos un poco más que amigos a tener una relación firme. Porque la verdad era que sí, que estábamos bien juntos y nos habíamos estado viendo a menudo, aunque de lo que sentíamos no nos habíamos sincerado nunca. Necesitaba reposar lo que me había dicho. Sí, ya sé que podía parecer muy claro que estábamos saliendo, pero es que, de verdad, no me podía creer que las cosas me fueran tan bien en el amor. Cada uno tiene sus manías, oye.

—En realidad has descubierto uno de mis secretos mejor guardados —dije para desviar la conversación hacia otros derroteros.

Sergio me miró sonriendo mientras jugaba con Bond en el sofá. El perro se había entusiasmado tanto que empezó a emitir pequeños ladridos.

—No hagas demasiado ruido al jugar con él. Es que tampoco se permiten mascotas en casa. Sí, ya sé que soy un proyecto de delincuente —continuó, riendo—. Pero es que lo de Bond fue un imprevisto. Verás...

Y le conté todo sobre cómo conseguí a Bond. Yo notaba cómo le iba cambiando la cara conforme le iba explicando la historia, cosa que me alarmó un poco. Lo achaqué a que quizás estaba empezado a pensar que era una especie de chiflada que iba recogiendo animales por la calle.

—... y te aseguro que es la única vez que he hecho una cosa así —concluí con la esperanza de que se lo creyera y no me tomara por una loca de atar.

—¿Lo encontraste en esa cafetería del centro, cerca de dónde trabajas?

No era raro, las mejores cafeterías de la ciudad se concentraban en aquella avenida.

—Sí.

—¿Y lo habían dejado allí dos mujeres que habían hablado con desprecio del animal?

—Sí.

—Y tú te lo llevaste cuando aquellas mujeres lo dejaron atado debajo de la mesa.

—Sí —dije un poco mosqueada ya.

Se quedó muy serio durante un buen rato. Yo me asusté, la verdad. No sabía a qué atenerme y me limité a mirarle con una expresión mezcla de sorpresa e inquietud. De pronto se levantó de un salto, Bond saltó detrás de él asustado, y dijo:

—Debo irme.

Mi expresión debió ser todo un poema, porque me miró y añadió:

—No te preocupes. No pasa nada... De verdad que no tienes que preocuparte. Es solo que debo arreglar un asunto.

No supe qué contestar y permanecí callada sin preguntar nada. Se acercó a mí, me besó con rapidez y se marchó. Me quedé mirando la puerta un rato con cara de boba y, por fin, dije:

—Ha debido pensar que estoy loca, ¿no crees Bond?

Este, satisfecho por la noche de juegos y mimos y por haber acompañado al invitado hasta la puerta, fue directo a su cesta y se acostó ronroneando como un gatito; supongo que con la sensación del deber bien cumplido. Y ahí me quedé yo, sentada en el sofá, sola con mis pensamientos que, en esos momentos, revoloteaban desquiciados en mi cabeza.

Por su parte, Sergio bajó la escalera a toda velocidad. Sus pies casi no tocaban el suelo. No sabía a qué atenerse, pero una sospecha se abría paso con claridad en su mente. Ya en la calle, sacó su móvil y llamó. No cogieron la llamada, pero dejó un mensaje:

—Alfonso, quiero hablar contigo ¡ya! Voy para tu casa.

CAPÍTULO XXIV

*H*abía cenado uno de sus platos favoritos: lenguado al horno. A Alf le gustaba cuidarse y regalarse todo lo que pudiera. Pocos hombres tan satisfechos de sí mismos como él. Después de la cena, decidió salir al jardín a disfrutar de una noche que ya anunciaba el verano. Contempló las vistas y asintió complacido. Se sentó en una de las hamacas y se dispuso a disfrutar de su café. Intuía por qué Sergio se había marchado con tantas prisas, y eso le hacía sonreír.

Después de que el joven regresara a casa, él permaneció unas horas más en el hotel atando unos cabos sueltos, pero a eso de las tres de la tarde ya lo tenía todo resuelto. El asunto Todo había ido mucho más rápido de lo previsto. Los contratos se habían firmado gracias a que él había empeñado su palabra con las empresas patrocinadoras asegurando que la imagen del tenista quedaría no solo limpia, sino que además se asociaría a algo muy positivo que sería beneficioso para todos. No quiso dar más detalles. Consideraba que era una de sus mejores campañas y no quería ningún fallo.

Además, al final se había encontrado con aquel tipo, el padre de Laura que tantos problemas había causado. No había podido verle ni en su despacho ni en la habitación del hotel. Alfonso siempre seleccionaba muy bien a quién recibía y a quién no. Por eso le irritaba que aquel hombre le hubiera abordado en la recepción justo cuando estaba a punto de marcharse.

—¡Qué difícil es hablar con usted! Y eso que he venido expresamente... —dijo al acercarse a Alfonso.

Alf ni le miró y siguió a lo suyo, con las maletas, tranquilo y sin prestar la más mínima atención.

—He oído que lleva los asuntos de Sergio Noel y había pensado que quizás podríamos llegar a un acuerdo...

Alfonso levantó la vista y le clavó la mirada. ¡Seguirle hasta Milán para eso! Estaba claro que no le conocía en absoluto. El hombre se sintió algo intimidado por la insistente mirada que le dedicó. Sabía hacerlo muy bien cuando quería.

—Si le parece que le explique lo que... —balbuceó.

Pero a Alfonso no le interesaba nada de lo que tuviera que explicarle. Aún así tuvo que oír lo que a ese hombre se le había ocurrido. Pensaba que podría sacar dinero de las fotografías que acababan de vender y que les pagaría por retirarlas y retractarse. Se reafirmó en su idea: no lo conocía lo más mínimo.

—Pero, ¿quién se ha creído usted que es? —le contestó Alfonso y lo despachó en un momento, no sin antes dejarle muy clarito lo que pensaba de él y de su hija, advirtiéndole que no se le ocurriera cruzarse más en su camino.

El hombre captó la indirecta, por decir algo, porque fue una directa y a la mandíbula, y se retiró sin decir nada más. De todas formas, Alf quedó preocupado, no podría retrasar sus planes mucho más tiempo.

Resumiendo, la cuestión fue que, ya que lo tenía todo hecho y no teniendo ganas de volver a ver a aquel tipo a su alrededor, decidió adelantar su regreso a esa misma tarde y no esperar a la semana siguiente como tenía previsto. Así que salió tan solo una hora más tarde que Sergio. Estaría en su casa a la hora de cenar y él siempre prefería cenar en casa. Su cocinera era excepcional y lo disfrutaba al máximo.

Sonó el móvil de nuevo, pero no lo cogió. Estaba acabando su café y en esos momentos no admitía molestias. En cuanto terminara, ya vería qué ocurría. Mientras, dejó volar de nuevo su imaginación pensando en lo que haría si todo salía bien y ganaba el dinero que esperaba. Y saldría bien, él no iba a permitir lo contrario. Estaba convencido. Los del programa de televisión le pagarían una prima muy elevada y las empresas patrocinadoras, aún más. Quizás entonces podría tener su propio avión. Un avión privado era lo único que le faltaba para consolidar su estatus. Yate, hacía tiempo que tenía, así que solo le faltaba eso, el avión. Se libraría de las humillantes y desesperantes colas de los aeropuertos. En esas estaba cuando acabó de tomar el café y miró el móvil. Vio que era Sergio quien le llamaba. Una sombra de inquietud le veló la mirada por un instante. Escuchó el mensaje que le había dejado.

—¿Qué querrá ahora que es tan urgente? ¿Qué podrá ser? —murmuró y se arrepintió de haberle avisado de que ya estaba en casa.

Permaneció pensativo unos minutos. En su mente volaban las ideas, como siempre que se ponía en marcha para resolver algún asunto. Y, con todo lo ocurrido, estaba claro que el asunto había que resolverlo ya. El pensamiento ágil era una de sus mejores cualidades y la que le daba ventaja sobre otros competidores. Tras sopesar varias posibilidades, llamó a su secretaria. En este caso no le importaba interrumpir su cena. Una persona como él ni siquiera pensaba en esas cosas.

Sergio se dirigía a toda velocidad a casa de Alfonso, irritado por no haber podido verle la noche anterior. Tuvo que frenar varias veces para regresar al límite permitido en la carretera, porque con la impaciencia, tendía a pisar más de la cuenta el acelerador.

—Nos vemos mañana. Me resulta imposible verte esa misma noche. En cambio, podríamos quedar en mi casa... Sí a eso de las ocho de la tarde —le había dicho su relaciones públicas y asesor de imagen cuando, por fin, le había llamado la tarde anterior.

Alf lo lamentaba profundamente, pero no podía ser antes de esa hora. A Sergio no le gustó nada aquel retraso, pero era algo de lo que no quería hablar por teléfono, quería ver la expresión de su cara cuando le interrogase.

—¿Será posible? —se preguntaba malhumorado—. Resulta que no tenía tiempo para verme ayer por la noche... No podía tener otra cita. ¡Si se suponía que regresaba la semana que viene igual que yo! Me ha hecho esperar toda una noche y casi todo un día con esta incertidumbre...

«¿Qué posibilidades hay de que ocurra el mismo incidente con un pomerania en la misma cafetería en el espacio de pocos meses? A decir verdad, muy pocas. Se ve la mano de Alf por todo el asunto», pensaba.

Necesitaba aclararlo todo, porque, por esas curiosas casualidades de la vida, también había recibido una llamada de Laura aquella tarde. No le cogió el teléfono, pero le había dejado un mensaje. Decidió escucharlo por si tenía algo que ver con las fotos de la revista. Estaba dispuesto a denunciarla a ella también por aquello y necesitaba toda la información posible. Se quedó de una pieza al oírlo:

«Mira, Sergio, sé que estarás enfadado conmigo por todo, pero que sepas que esa chica con la que andas es por lo menos igualita que yo. Mi fotógrafo, bueno, mi amigo *paparazzi*, me ha dicho que, la tarde que os siguió, vio a otro fotógrafo haciéndoos todo un reportaje cuando estabais en un parque... Sí, ya sé que no estuvo bien que le pidiera a mi amigo que os siguiera, pero es que, Sergio, te quiero tanto que necesitaba saber qué pasaba...»

Ni se molestó en contestarle. No quería más contacto con ella, pero se puso aún más furioso. Y lo peor para él era que no sabía con quién debía enfadarse. Si conmigo, por ser otra aspirante a «famosa», con Alf por su forma de manejar los asuntos o con Laura por ser..., por ser Laura. O con él mismo por haberse involucrado con gente como esa. Y por esta razón, antes de salir para su cita con Alfonso, me había llamado para hacerme una pregunta que a mí me había dejado de piedra por inesperada y porque no sabía qué relación podía tener con todo lo que estaba pasando:

—Hola, Helena.

—Hola —respondí yo con cautela, pues no sabía a qué atenerme después de su estampida de la noche anterior.

Durante el día lo único que había recibido de él había sido un mensaje en el que me pedía que tuviera un poco de paciencia, que enseguida me lo explicaría todo. Y menudo día de nervios había pasado yo, sin saber a qué venía todo aquello. Permaneció en silencio unos momentos, como si pensara qué iba a decirme, alargando mi tortura.

—Tú..., tú, ¿conoces algún fotógrafo de prensa? —preguntó, por fin, con cierto titubeo en la voz.

—Claro, soy becaria en un periódico —respondí.

—Sí, sí, es verdad... No había pensado en eso —contestó nervioso.

—¿Te pasa algo? Estás muy raro desde ayer por la tarde.

—No, no. Nada. ¿Conoces a un tal Alfonso Bernal? —preguntó.

—No, no me suena de nada. ¿Debería conocerle? —pregunté, a mi, vez inquieta.

—No, no te pierdes nada. No te preocupes. Mañana hablamos.

Y colgó el teléfono, dejándome aún más confusa que antes. Por su parte, él no había querido preguntarme a las claras si había contratado a un fotógrafo para tratar de vender la exclusiva de nuestras salidas juntos a alguna revista. No quería ofenderme por si yo no tenía nada que ver. Prefirió hablar antes con Alfonso. Cuando llegó frente a la casa de Alf, aquel impresionante chalet en las afueras de la ciudad, y bajó del coche, respiró hondo para intentar mantener la calma. Quería escuchar todo lo que ese hombre tuviera que contar.

Alf escudriñaba el rostro de Sergio para intentar descifrar su expresión y sus pensamientos. Estaban sentados en el enorme sofá de su inmenso salón, frente a frente, y llevaban así un rato. El joven había entrado directamente y se había sentado, sin esperar a que lo invitasen. Parecía muy enfadado. Nunca le había visto así, por eso no le había dicho nada. Había decidido esperar a que Sergio hablara primero.

—¿Qué te traes entre manos? —habló por fin.

—No sé qué quieres decir —respondió el otro con tranquilidad.

Sergio le fulminó con la mirada. Siempre le había admirado esa frialdad suya, pero en esos momentos le hacía hervir la sangre.

—Dime que no has tenido nada que ver en mi «encuentro» con la chica de la cafetería.

Alf se levantó y se dirigió al mueble bar casi con parsimonia. Estaba muy acostumbrado a situaciones como esa, y no le alteraban lo más mínimo. Eso enfurecía aún más a Sergio. Se sirvió una copa y respondió:

—A ver ¿qué quieres que te diga? Me contrataron para mejorar tu imagen pública y eso es lo que estoy haciendo.

—¿Entonces lo preparaste todo? ¿Te pusiste de acuerdo con ella para obtener una noticia... falsa? Alf sonrió. Podía ser muy cínico cuando quería.

—¿Falsa? Yo no diría eso... Sergio apretó los puños.

—Falsa, porque me habéis engañado —respondió haciendo verdaderos esfuerzos para contenerse. Alf dio un trago a su bebida.

—No, por eso no tienes que preocuparte. La chica no tiene ni idea. —Al menos, en eso, fue honesto.

—Entonces, ¿has involucrado en toda esta farsa a una persona inocente...? ¿Ajena a este estúpido mundo tuyo? —gritó más que preguntó.

—Eh, tranquilo. No la he perjudicado en nada. Mi idea no era más que hacerlos un par de fotos juntos en la cafetería. Cuando se descubriera el asunto del perro, podríamos publicarlas diciendo que habías ido a la cafetería para agradecerle su buen gesto, sSolo eso... El público adora a los chuchos y tú quedarías como un señor —dijo con un tono mucho más serio—. Un amante de los animales desvalidos y que no tiene problemas en visitar a una chica trabajadora normal y corriente, En nada parecida a esa muñeca hinchable de tu exnovia. Justo lo que necesitábamos... No es culpa mía si el destino se ha cruzado en el camino y ha hecho que surja algo más entre vosotros.

—De verdad que todo esto me da asco... ¿No sientes ningún reparo en utilizar a las personas como si fueran marionetas?

El enfado de Sergio iba en aumento, si eso era posible.

—Vamos, pero ¿en qué mundo vives? Así funciona esto, si quieres que se olvide lo de Laura y que tus patrocinadores no te rescindan el contrato, más vale que abras los ojos.

Sergio se levantó de un salto y se situó a la altura de Alf. Le miró a los ojos y le dijo:

—Quiero que dejes a Helena fuera de esto. ¿Entiendes? Déjala en paz. Busca otra forma, y si no la hay, me dan igual los patrocinadores. Estás advertido —concluyó y salió de la casa sin dejar de apretar los puños.

¡Estaba tan furioso! Era consciente de que, si los patrocinadores se retiraban, su familia quedaría en una situación comprometida, pero, por otra parte el contrato estaba firmado. Y se había firmado después del escándalo de Laura y su nuevo novio, por lo que si querían revocarlo, deberían utilizar otro argumento. Además, él estaba deseando dedicarse solo al tenis y olvidarse de todo aquel teatro que se había montado a su alrededor. Como no pretendía hacerse rico con la publicidad, en cuanto tuviera el dinero en su poder para la empresa familiar, dejaría a los asesores de imagen y todo cuanto les rodeaba.

En esos momentos pensaba que la situación se había solucionado y que yo quedaría al margen de aquel lío. No pensaba que Alf fuera capaz de utilizar las fotografías de los dos juntos, después de lo que le había dicho. Estaba claro que no le conocía nada bien. Pero, en su ignorancia, Sergio se sentía aliviado al pensar que lo había parado todo. Poco sabía él que, a unos kilómetros de distancia, justo mientras él hablaba con Alf, se interpretaba otra comedia bien diferente en uno de los parques de la ciudad.

CAPÍTULO XXV

Yo no había estado mejor que Sergio. Había pasado el día inquieta. Después de su huida la tarde anterior, no había podido casi ni dormir. No entendía nada de lo que estaba pasando. Como ya he explicado, aquella mañana, a primera hora, me había puesto un WhatsApp en el que me decía que no me preocupara y que ya hablaríamos. Soy de esas personas un tanto desconfiadas que creen que, si se insiste en decir: «no te preocupes, no pasa nada», es que, en realidad, algo pasa. Pero no podía imaginar qué podría ser. Lo de que recogiera a Bond en la calle no me parecía tan grave como para tener que salir corriendo de aquella manera. En fin, esperaba impaciente poder hablar con Sergio y aclararlo todo. Pero, en lugar de una explicación, lo que recibí fue aquella extraña llamada telefónica, preguntándome por un tal Alfonso no se qué.

Por lo demás, el día transcurrió sin más sucesos. Llegué a casa por la tarde y me llevé a Bond al parque, como siempre. Estaba allí tranquila, un poco más relajada, por fin, cuando de repente me pareció estar metida en una película de enredo o en una cámara oculta... Bueno, no tan oculta porque la cámara era enorme y se veía desde lejos. Los que estábamos en el parque vimos llegar a una chica con un micrófono en la mano y unas flores en la otra, acompañada por un cámara de televisión. Todos miramos con curiosidad para ver hacia dónde se dirigían. Yo me quedé sin respiración al comprobar que venían directos hacia mí. Agarré a Bond, por si le daba por correr al ver a tanta gente cerca. No sería capaz de contar con detalle lo que sucedió, porque me sentía como en un sueño. Lo que estaba pasando me parecía irreal. Recuerdo que la periodista me dio las flores en cuanto llegó a mi altura y empezó a hablar:

—Estamos aquí para homenajear a la gente extraordinaria que hay por el mundo. Sí, eres una joven extraordinaria. Lo que has hecho por este animal no lo hace cualquiera. Créeme, lo hemos comprobado...

Yo no podía dejar de mirar fijamente la cámara que me enfocaba y apenas pude balbucear algún monosílabo como respuesta a las preguntas de aquella mujer. Estaba anonadada. Nunca me había gustado la idea de ser un personaje televisivo y, en esos momentos, comprendí por qué. Un buen número de curiosos se habían reunido en torno a nosotros. No solo la gente que estaba en el parque, también empezaron a llegar vecinos de los edificios cercanos, y todos los que pasaban por allí y que habían visto una cámara grabando.

De pronto se acercó otra mujer muy alta y bien vestida, con el pelo muy rubio peinado en un artístico moño y la piel bronceada de cabina. Hablaba con un ligerísimo acento extranjero. Yo pensé que no llegaba a los cuarenta y cinco, pero por lo que comentaron sobre sus inicios en la cría de cachorros, debía tener alrededor de sesenta años, aunque llevados de manera espectacular, ya quisiera yo llegar así a su edad. Entonces empezaron a contar no sé que historia acerca de Bond, que no se llamaba Bond, sino que ya tenía otro nombre muy rimbombante.

—Erika, ¿qué le dirías a nuestra extraordinaria joven por haber cuidado tan bien de Arla todo este tiempo?

—Estoy muy contenta de comprobar que aún hay gente desinteresada en el mundo...

No recuerdo con claridad nada más. Por fin se acabó la entrevista y se apagó la cámara. Yo había estado a punto, a partes iguales, de desmayarme y de ponerme a gritar como una loca para que me explicaran qué pasaba. Así que, cuando vi que el cámara se quitaba del hombro su pesado instrumento de trabajo, respiré aliviada pensando que todo se había acabado, pero no era así, ni mucho menos. En ese momento me dijeron que ya podía entregarle a Bond o Arla, como le llamaban para abreviar, a su legítima dueña, que ya no me causaría más problemas. Aquella mujer altísima, me cogió al animal de los brazos y le examinó en el aire durante unos instantes moviéndolo, con cuidado, a un lado y a otro. Al fin, asintió y dijo:

—El pelaje va a necesitar un tratamiento de choque si queremos llegar con posibilidades al próximo concurso, por lo demás parece estar bien. Aunque será mi veterinario el que determinará que todo está correcto. Dile a tu jefe que nos hemos perdido ya unos cuantos certámenes importantes este año y que no podemos permitirnos el lujo de que se nos escape ninguno más; si hubiera cualquier problema que impidiera la participación de Arla en el siguiente concurso, tendrá que indemnizarme —le dijo a la periodista.

Puso el perro en el suelo, pero este tiraba hacia mí. Yo reaccioné en ese momento, empezaba por fin a darme cuenta de lo que había pasado.

—Pero... ¿Se lo llevan? —pregunté alarmada.

—Pues claro, criatura. Es mi perro —contestó muy digna.

—Creía que quizás podría quedármelo... Además ¿qué clase de dueño deja al perro de esa manera para que se lo lleve cualquiera?

La mujer me miró muy seria desde su altura y a mí me hizo sentir pequeña. Creo que me miró como debía mirar a sus perros cuando los entrenaba y de verdad que entendí por qué la obedecían. No obstante, me rehíce para no mostrar mi debilidad. He visto muchos reportajes de vida salvaje como para saber que en la naturaleza la imagen lo es todo a la hora de defenderse.

—Este perro es muy valioso —respondió—. Es un campeón, descendiente de campeones. Está educado a la perfección y ahora es toda una estrella. Te aseguro que ha estado en todo momento localizado y si no, pregúntale a los responsables del programa, ellos te lo aclararán todo.

—¿Es... es muy caro? —pregunté con temor. Si pudiera comprarlo...

—Pues, lo primero es que no está en venta. Si era valioso antes, imagínate ahora. Si me hicieran una buena oferta y me decidiera a ponerlo a la venta, con todo lo que ha ocurrido y la publicidad que va a obtener, no bajaría de los cinco mil euros.

Me quedé con la boca abierta. Ni en sueños podría adquirir un perro como ese. Noté que en ningún momento había dicho: «es mi perro y le quiero por eso». Solo mencionó lo valioso que era, pero supongo que así funciona el mundo en realidad, aunque no nos guste admitirlo. ¿Cómo podía costar eso un animal? ¿Cómo se podía poner precio al amor y a la amistad? Parece mentira, qué ingenua soy todavía en algunas cosas. Vi con tristeza e impotencia como se llevó a mi perro, sí, era *mi* perro, a rastras de mi lado. Y no pude hacer nada.

CAPÍTULO XXVI

Sergio, ajeno a lo ocurrido en el parque, había llegado a su piso después de su entrevista con Alf y se había ido directamente a la ducha. Sentía que ardía por dentro de toda la ira que llevaba acumulada. Necesitaba refrescarse, quizás así se templase su interior. Había decidido que iría a verme esa misma noche para aclararlo todo. Pensaba explicarme con detalle la absurda situación en que nos veíamos envueltos por causa de sus relaciones públicas. Ese Alfonso Bernal, cuyo nombre me iba a sonar tanto a partir de entonces.

Salió de la ducha más animado y se dio cuenta de que tenía varias llamadas perdidas en su teléfono. Era Nacho, su entrenador que le pedía que viera unas páginas de Internet. Fue hacia el ordenador y las buscó. Cuando vio de qué se trataba, lanzó una exclamación no apta para oídos delicados. Allí estábamos él y yo, que aún no sabía que también estábamos «quemando las redes», en la cafetería, en el parque, hasta había imágenes nuestras sentados en los columpios... En el cuerpo de la noticia se explicaba que, tras aquel programa de *Personas extraordinarias*, se había acercado a mi lugar de trabajo para felicitarme en persona por mi acción, y que parecía que la cosa había ido mejor de lo esperado. Prometían muchas más fotografías durante las próximas semanas. Éramos la pareja del verano.

—Alfonso, te voy a matar... —exclamó con mucha más furia que antes.

Entonces, dudó si venir a verme a mí primero o ir a partirle la cara a Alfonso. Pensó que sería mejor averiguar hasta dónde iba a llegar todo aquello antes de venir a darme una explicación. También porque necesitaba desahogarse, y vaya si lo hizo.

Por mi parte, yo seguía sentada en uno de los bancos del parque intentando asimilar qué había pasado. La gente se había ido marchando. Algunos vecinos de la zona se habían acercado a felicitarme, no sé si por mi gesto o por haber salido en la tele. Yo les sonreí a todos de forma mecánica y les despaché con un «gracias». No tenía ganas de hablar con nadie. Al lado del banco en el que me encontraba había un gran árbol y, detrás de él, el cámara que aún permanecía allí, estaba acabando de guardar el equipo.

—¿Qué haces tú aquí? —le oí decir.

No podía ver con quién hablaba desde donde yo estaba, pero los oía a la perfección.

—Ya sabes cómo es esto. Estoy husmeando un poco por si surge algo.

—Pues te has perdido el espectáculo...

—¿No habréis venido a grabar a la chica nueva de Sergio Noel?

Cuando oí aquel nombre, me sobresalté y agudicé el oído todo lo que pude para no perder ni una coma de aquella conversación.

—Pues sí... ¿Cómo sabes que vive aquí?

—Oh, seguí a Sergio un día y, cuando se reunieron, vinieron hacia aquí... Me envió Laura, ya sabes.

—¿Su ex? Vaya culebrón —respondió el cámara.

—Pues sí. Ella quería saber qué estaba pasando y me pidió que investigara y, de paso, si conseguía algunas fotos, pues... Pero Alfonso Bernal está detrás de todo esto y me han dado un toque por su culpa. Menudo pedazo de... Bah, en cualquier caso, yo no voy a dejar de conseguir toda la información que pueda... Nunca se sabe.

—La información es poder en este negocio.

—Sí, ya lo sabes. Me di cuenta enseguida que no era el único fotógrafo que estaba al acecho. Después de tantos años en esto, huelo la competencia a kilómetros... Primero pensé que a lo mejor había sido esa chica que quería sus cinco minutos de fama, pero está claro que se trata de Alfonso, el flamante asesor y relaciones públicas de Sergio Noel. Seguro que pretende mejorar su imagen después de lo que pasó.

—No sé si me acostumaré algún día a estos chanchullos. ¿Me acompañas a la furgoneta?

—Así funciona esto, lo de Sergio ha sido una buena jugada.

Me quedé de piedra en el banco. Me sentí tan pesada que creí que no podría levantarme. Se alejaron de donde yo estaba camino del aparcamiento y no pude oír nada más. A mi pesar, las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos. Así que todo había sido un montaje, un engaño. Empezaba a entender por qué Sergio había salido corriendo de aquella manera, no quería comprometerse más y habían decidido pasar a la acción. Y por eso el lío del programa de televisión.

—Así que su afán por huir de la prensa y no invitarme a su casa no era para protegerme a mí, era para proteger su exclusiva —murmuré furiosa—. Lo que no entiendo es por qué se marchó de esa forma ayer por la noche, por qué me envía un mensaje esta mañana para tranquilizarme y luego me hace esa llamada por la tarde. Todo para acabar con este *show*... A esta gente no hay quien la entienda —concluí triste y confusa.

Mi teléfono móvil echaba humo. No paraba de sonar con llamadas de la familia, los amigos del pueblo, Amanda... Hasta mi jefe en el periódico. Y por supuesto, Sergio. Tenía por lo menos cinco llamadas suyas. Pero yo no quería hablar con nadie, y menos con él. Aún no sé cómo me sostuvieron las piernas hasta llegar a mi casa. Fui afortunada, no me encontré con ningún vecino ni con la señora Díaz. Me fui directa a la cama y me tapé la cabeza. Esa tarde no estaba para nadie.

Aquellos momentos tampoco estaban siendo fáciles para Sergio, aunque, por supuesto, en ese punto de la historia yo no tenía ni idea. En cuanto supo lo ocurrido, había decidido ir a hacerle una visita a Alfonso Bernal. Se suponía que trabajaba para él y, sabiendo lo que había ocurrido con Laura, le parecía inconcebible encontrarse otra vez en las primeras páginas de las revistas del corazón por su causa. Hacía ya bastante que había anochecido, cuando llegó a su casa en las afueras de la ciudad. Llamó al timbre con impaciencia y no esperó ni a que el mayordomo le dijera aquello de: «Veré si el señor está en casa».

Le apartó de su camino y entró en el salón como una exhalación. Se encontró a Alfonso sentado en el inmenso sofá viendo un partido de fútbol. No pareció sorprendido por la visita ni por las formas de Sergio. El mayordomo apareció detrás del tenista y dio a entender a su jefe con un gesto que se había colado.

—No te preocupes, Germán. Todo está bien —aseguró el dueño de la casa y le indicó que se retirara.

Después se quedó mirando a Sergio con cierta displicencia. En cambio, el tenista echaba fuego por los ojos.

—¿Cómo te has atrevido? Te dije que la dejaras en paz... —bramó.

Alf, muy tranquilo, como siempre, cogió el mando de la mesa y apagó el televisor.

—Lo siento, pero todo estaba ya preparado. No podía pararlo.

—Y ¿por qué no me lo dijiste cuando estuve antes aquí? Sabías que mientras hablaba contigo la noticia estaba saliendo en todos los medios. Por eso no quisiste verme ayer, para poder decirme que «ya no puedo pararlo».

—Mira, de verdad, Sergio ¿qué quieres? Me pagan para hacer un trabajo y lo he hecho. No creo haber perjudicado a nadie, las noticias que se deriven de lo ocurrido son positivas... Esos bobos tienen con qué entretenerse...

Sergio resopló con indignación. Cada vez aguantaba menos a aquel tipo, no solo no tenía escrúpulos a la hora manipular a la gente a su antojo, tampoco sentía mucho respeto por los que, en última instancia, hacían de él lo que era y le proporcionaban su estilo de vida: el público. Aunque a Sergio no le gustaran mucho ese tipo de programas y revistas, para Alf eran su principal fuente de ingresos.

—Cada vez me das más asco —dijo el joven con desprecio.

—El mundo es como es —continuó Alf levantándose del sofá y acercándose al tenista—. Tú tienes lo que buscabas, una imagen limpia y tus patrocinadores contentos... Y esa chica, ¿qué más puede pedir? Tiene su momento de gloria, que no se queje y que lo aproveche.

Sergio cerró los puños con rabia.

—Eres...

—Seguro que está encantada de haber pescado a un famoso —añadió distraído.

No se dio ni cuenta, lo último que vio fue que el puño de Sergio se acercaba rápidamente a su cara y, al momento siguiente, estaba en el suelo. Tras descargar su enfado, el joven se dispuso a marcharse, pero antes se dio la vuelta y le dijo a un aturdido Alfonso, que aún no había tenido tiempo de levantarse:

—Ah, y estás despedido.

Alfonso se tocó el mentón dolorido mientras miraba como Sergio se alejaba por el pasillo hacia la salida. «Ese chico sabe pegar», pensó.

También pensó en que la suma de dinero que iba a recibir en el banco de los directivos del programa de televisión y de las revistas de cotilleo más leídas, bien valía un puñetazo. Germán, el mayordomo, corrió al salón en cuanto oyó el jaleo, pero Sergio ya no estaba y Alfonso se había puesto en pie.

—¿Está bien, señor? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió acercándose al mueble bar para servirse alguna bebida fuerte.

—Permítame —dijo Germán acudiendo para servir a su jefe.

—No te preocupes. Ya me encargo yo —respondió mientras se echaba la bebida—. El problema de ese chico... —añadió señalando con el vaso hacia el pasillo por donde había salido Sergio— es que cree que lo relacionado con este trabajo se trata de él, pero se equivoca, se trata de mí. Yo nunca pierdo una oportunidad. No, Alfonso Bernal, no... Y esta, que me ha venido a las manos gracias a él, no podía dejarla pasar de ninguna manera. En cuanto vi lo que ocurrió en aquel programa, lo supe...

Germán permaneció donde estaba. De vez en cuando su jefe soltaba algún discurso, y comprendía que escucharle también entraba en su sueldo. No debía tener muchos amigos y tenía

que contarle las cosas a él. Eso creía el mayordomo.

—Pasé de tener a un representado en un programa familiar y una pequeña reseña en prensa de su visita, a algo mucho mejor. Sí, al principio ese era mi único plan. Llevarle a programas familiares y a hacer visitas a colegios... Con eso intentaríamos hacer olvidar al público el lío que había montado su ex...

—Buen plan, señor —dijo Germán, sin prestar en realidad atención. Solía desconectar cuando su jefe se ponía así.

Alfonso le miró un segundo. ¿Había detectado cierta ironía?, le daba igual y prosiguió.

—Pero cuando vi a aquella chica me dije, ¿Y si hago que se encuentren? Las fotos de Sergio con una chica corriente que además salva animales desvalidos... La suerte me sonrió. La casualidad quiso que esos dos se enamoraran y conseguí material para todo el verano; los del programa de televisión están encantados, aprovecharon lo que tenían grabado de Sergio en el estudio cuando el perro desapareció y lo añadieron a la escena del parque, como si todo fuera en directo. Seguro que con esto han conseguido renovar para la próxima temporada, aunque no sé qué me contaba el productor, algo enfadado, sobre pagarle una fortuna a la criadora de perros...

Alfonso apuró lo que quedaba en su copa de un solo trago y prosiguió con sus pensamientos en voz alta:

—Desde luego, lo ideal hubiera sido que Sergio le hubiera llevado el ramo de flores en el programa y no la periodista, pero eso era imposible, como bien has podido escuchar...

—Desde luego, señor —repitió Germán.

Alf se irritó un poco, parecía que su mayordomo no prestaba suficiente atención a lo que le estaba contando.

—Prepara mi maleta, creo que saldré de viaje a primera hora. Quiero alejarme unos días de la ciudad —ordenó.

CAPÍTULO XXVII

Solo me quedaban quince días para acabar la beca y, gracias a Amanda, no tuve que dejarla o dormir en un banco del paseo hasta entonces. Después del numerito del parque y de que aparecieran las fotos de Sergio y yo juntos, los *paparazzi* no tardaron en aparecer por mi puerta. La señora Díaz se comportó de maravilla.

—No te preocupes, muchacha —me dijo cuando subió a ver cómo me encontraba.

Supongo que venía a decirme que cómo se me ocurría montar un circo de esos en una comunidad tan tranquila como aquella, pero, al ver mi cara, se dio cuenta de que yo no tenía nada que ver y que, en realidad, no sabía cómo evitar que me acosara la prensa. Así que se tomó el asunto como suyo y en cuanto veía a alguien merodeando por el portal, salía a decirle cuatro cosas. Debí surtir efecto porque el domingo por la noche no se veía ningún fotógrafo o periodista por los alrededores. Me consta que alguno se llevó un escobazo. Menuda era nuestra portera.

Al día siguiente de mi «triumfal debut» en televisión, llamé a mis padres para que no se preocuparan. Les expliqué lo que había pasado y les aseguré que estaba bien. Tuve que contarles también lo de los dos trabajos, porque Amanda me había puesto un mensaje en el que me decía que ya había periodistas rondando la cafetería. Mis padres me dijeron que dejara los empleos y me dedicara a acabar la beca, que ellos se harían cargo de mis gastos durante esas dos semanas que me quedaban de estancia allí. De hecho, ya me habían hecho una transferencia. Me sentí muy aliviada porque no tenía ganas ni ánimo para lidiar con preguntas ni huir de fotógrafos. Hablé por teléfono con mis jefes en la academia y en la cafetería y les expliqué lo que ocurría. Supongo que tampoco tenían ganas de tener *paparazzis* cerca y no me pusieron ningún problema.

De todas formas, aquel primer fin de semana lo pasé en la cama. No tenía ánimos para levantarme. No quería que nadie me viera. Todo había quedado expuesto, todo lo que yo creía íntimo y privado. Me sentía desnuda ante el mundo y no podía soportarlo. Puede parecer gracioso cuando le pasa a otro, pero cuando te pasa a ti, compruebas que no tiene la menor gracia. Además, había visto fragmentos del programa que me habían enviado por WhatsApp. Sergio estaba en el estudio mientras a mí me grababan en el parque. No solo lo sabía, sino que había sido parte de ello. Así que, entre mi corazón roto por lo que me había hecho Sergio (o al menos por lo que yo creía que me había hecho), y que se habían llevado a mi mejor amigo, no tenía ganas ni de levantar la cabeza. El lunes tuve que ponerme en pie. Me animé pensando que solo me quedaban esa semana y la siguiente para acabar con aquello y que no podía tirarlo todo por la borda. Fui al baño y me miré en el espejo. Tenía un aspecto horrible. Las ojeras me llegaban a los tobillos, decidí maquillarme un poco para no ir asustando a la gente por la calle.

Mi teléfono seguía echando humo y no sabía ya cuantos mensajes y llamadas de Sergio tenía acumuladas. Durante esos días también sonó el timbre de la puerta varias veces. Supuse que era él quien llamaba, pero no le abrí. No tenía fuerzas para afrontarle. Cuando me sintiese, mejor lo haría. Para colmo, como dicen, los problemas nunca vienen solos: esa misma mañana me

notificaron que debía abandonar el piso en veinticuatro horas. Es obvio que, todo el mundo se había enterado de que había tenido un perro en el piso, y mis «amables» vecinos, los cotillas, quiero decir, pusieron el grito en el cielo y exigieron que se cumplieran las normas de la comunidad. No importaba que el animal ya no estuviera. No tuve más remedio que sonreír. Con el cuidado que había tenido, había conseguido que nadie se diera cuenta de la presencia de Bond en el vecindario, y al final la noticia había estallado a lo grande: la habían dado por televisión. No dejaba de ser irónico.

—¿Qué voy a hacer ahora? —me pregunté.

Debía irme al periódico y no tenía tiempo de preparar nada, ni sabía cómo iba a encontrar otro alojamiento en un día, tendría que irme a un hotel. En ese momento, llamó Amanda; se lo cogí, la pobre había estado llamando todo el fin de semana.

—Hola, siento no haber contestado antes, pero no estaba muy animada...

Ella procuró levantarme el ánimo como pudo. Al final, me desahogué y le conté todo lo ocurrido, incluido lo del piso. Necesitaba contárselo a alguien.

—No te preocupes por eso, te vienes a mi casa —contestó sin pensar.

—Pero, no quisiera... —protesté un poquito, no mucho porque no tenía más opciones.

Decidí, por tanto, que aquella misma tarde recogería mis cosas y me marcharía. No sabía si era muy legal eso de dar a una persona solo un día para salir de un inmueble, pero no tenía ganas de más líos y no quería quedarme allí más tiempo. Al fin y al cabo, la casa estaba llena de recuerdos de Bond, y también Sergio había estado allí. Además, así quizás podría dar esquinazo de una vez por todas a los periodistas.

CAPÍTULO XXVIII

*E*n el periódico, los compañeros me miraban de reojo. No me habían dicho nada, pero estaba claro que todos lo sabían. Yo había salido de casa con gorra, gafas de sol y no me había puesto una bufanda por la cara porque la temperatura ya no lo permitía. Afortunadamente, no me encontré con ningún fotógrafo, al menos que yo viera. De todas formas, me sentía bastante incómoda notando las miradas de todos, pero sin que nadie hiciera ningún comentario. Supongo que después de no hacerme caso durante toda mi estancia allí, ahora les daba reparo venir a preguntarme. Solo Nora se acercó y me dijo:

—Menudo revuelo has organizado...

La miré con cara de circunstancias y respondí:

—Te aseguro que no he sido yo.

—Pues seguro que el jefe querrá hablar contigo sobre el tema. A lo mejor quiere una exclusiva —añadió medio en broma medio en serio.

—No te digo dónde le iba a mandar —contesté yo decidida.

Estaba tan enfadada que empezaba a darme igual todo aquello. Pero Nora tenía razón, el redactor jefe me mandó llamar, aunque, para mi sorpresa, fue muy amable y demostró mucho tacto. Sin rodeos me preguntó qué quería hacer respecto a la noticia. Yo le expliqué a retazos cómo habían sucedido las cosas y él estuvo de acuerdo en no ahondar demasiado. Por suerte para mí, era un periódico poco dado al cotilleo.

—Eso sí, tendremos que publicar una noticia breve sobre la posible nueva relación de Sergio Noel en la sección de sociedad del sábado. No podemos quedarnos atrás —concluyó.

—Lo comprendo —estuve de acuerdo.

—No te preocupes, dentro de poco tiempo nadie se acordará de esto... Así funciona este mundo —añadió intentando animarme.

—Ojalá tenga razón —respondí con total sinceridad.

—Ya lo verás. Llevo mucho tiempo en esto y sé de lo que hablo. No te apures más, es solo cuestión de que pase un poco de tiempo. Te lo aseguro.

—Gracias por los ánimos —concluí. Creo que nunca podría imaginar lo avergonzada que me sentía por la situación.

Por otra parte, él tenía que recoger la noticia, era su trabajo y debía mirar por el bien del periódico. Estaba segura que trataría el asunto con delicadeza porque había leído las crónicas de sociedad que publicaban en el especial de los fines de semana. Creo que, hasta entonces, no había sido consciente de lo importante y conocido que era Sergio. Supongo que al tratarse de alguien perteneciente a un ámbito que no es el tuyo ni por el que te hayas interesado demasiado, no eres consciente de ciertas cosas. No era lo mismo que si hubiera conocido a un actor como Hugh Jackman o algo así, cuya carrera si había seguido y sabía lo que significaba dentro de su profesión y de la sociedad.

La mañana transcurrió lenta y tediosa, pero cuando llegó la hora y el resto de compañeros empezaron a marcharse, me di cuenta de que no tenía ganas de ir a casa. Aunque solo tenía que recoger mis cosas, no me apetecía volver allí. Así que el lugar de irme, me puse a escribir. No tenía mi bloc de notas, pero, de repente, fue como si encontrara mi voz, y empecé a contar la «Historia de un perro»

«Una pequeña decisión puede cambiarlo todo. Es curioso cómo a veces esos pequeños gestos pueden marcar nuestra vida sin que seamos conscientes. El simple hecho de elegir ir por una calle u otra puede llevarte a destinos muy distintos. ¿Por qué elegí ir a aquella cafetería a gastar mis últimas monedas del mes? Ni yo misma lo sé, pero, desde luego, aquella decisión cambió mi vida...»

Y así fui desgranando lo que sentía y lo que había vivido aquellos últimos meses y, sobre todo, aquellos últimos días. No daba nombres en mi relato porque no quería más líos. Ya desconfiaba hasta de la informática. A ver si algún hacker iba a leer mi artículo o algo así. Estuve allí hasta que Amanda me llamó. Quería verme para darme una llave de la casa porque tenía que salir y no iba a estar en toda la tarde. Su abuela estaba algo sorda y no me oiría si llamaba al timbre. Me marché del periódico a toda prisa para recoger mis cosas e instalarme en casa de la que se había convertido en una de mis mejores amigas. Al menos no estaría sola aquellos días.

CAPÍTULO XXIX

*T*engo que reconocer que quedarme en casa de Amanda fue lo mejor que me podía pasar en aquellas circunstancias. Tuve calor de hogar cuando más lo necesitaba. Entre que no podía quedarme en mi apartamento, como bien sabéis, que se me caía encima después de todo lo ocurrido, y que no quería volver a casa para no desperdiciar tanto esfuerzo y no tener que dar demasiadas explicaciones, me hubiera encontrado muy sola sin la compañía de Amanda y su abuela que, por cierto, también se llamaba Amanda. Se portaron de maravilla conmigo. Creo que la abuela me «adoptó» después de que su nieta le contara lo que me había sucedido. En cuanto llegué con mis maletas, la señora me acompañó a mi habitación y se aseguró de que me encontraba a gusto. El piso era grande y antiguo; de techos altos y habitaciones muy amplias, como ya no se hacen. Yo tendría mi propio dormitorio mientras estuviera allí. Era donde dormía el hermano de Amanda cuando iba de visita. Después me llevó al salón donde había preparado una deliciosa cena.

—Vamos, ahora a cenar —dijo mirando a Amanda que estaba entretenida con el móvil.

—La verdad es que no tengo mucha hambre... —dije yo que, después de tantas emociones, notaba como si mi estómago se hubiera cerrado.

—Tonterías. Lo que necesitas ahora es alimentarte bien. No se pueden enfrentar los problemas de la vida con el estómago vacío —respondió dejando muy claro que no iba a aceptar un no por respuesta—. Toma, esta crema de verduras te irá muy bien para entonarte. No te preocupes que no está muy caliente —añadió pasándome un plato que, la verdad, olía de maravilla.

—No se te ocurra llevarle la contraria a mi abuela o no sabes lo que te espera —rio Amanda.

—Tú calla, niña —le advirtió.

No pude evitar sonreír. Probé la crema y sabía aún mejor. Empecé a comer con recelo, pensando si mi estómago lo toleraría, pero, poco a poco, me fui encontrando mejor y me acabé el plato sin dejarme nada. La dueña de la casa asintió satisfecha.

—¿Ves? Es mejor con algo en el cuerpo —sentenció como si tuviera mucha experiencia en consolar a la gente. Probablemente, la tenía.

Después de la cena nos sentamos las tres juntas en el sofá y por primera vez en todos aquellos días, me sentí relajada.

—No sabe como le agradezco que me deje quedarme aquí —le dije a la abuela de Amanda.

—Ni lo menciones. En confianza, desde que mi nieta te conoce, ha cambiado mucho para mejor. Ya necesitaba renovar las amistades...

—¡Abuela! ¿Qué estás diciendo de mí? —preguntó mi amiga levantando la cabeza del móvil y uniéndose a nuestra conversación.

—Nada... Nada más que la verdad. Y tú no te preocupes por los «papazis» esos...

—*Paparazzi*, abuela.

—Lo que sea... Si veo alguno asomar por aquí para molestarte, se las verá conmigo... Ya lo creo.

Me sentí profundamente agradecida y me acordé de la señora Díaz que había reaccionado de la misma manera. Pensé que quizás despertaba en estas señoras una especie de instinto de protección. Algo así como: «a la niña hay que cuidarla». En otro momento, mi aspecto rebelde se hubiera revuelto, pero como ya no era una adolescente deseosa de mostrar su independencia, me sentí afortunada de que quisieran cuidarme y lo aprecié en lo que valía.

—¿Y ese chico? ¿De verdad estas segura de que es el responsable de todo esto? —preguntó Amanda senior después de un buen rato en el que pareció reflexionar sobre lo ocurrido.

—¡Abuela! —exclamó su nieta haciéndole un gesto con la cara.

Yo suspiré porque no tenía ganas de hablar de ese tema, pero por otra parte no quería parecer descortés con ella; así que hice un gesto con la mano para calmarla, me resigné y contesté:

—Es el único que ha podido montar todo este *show*. ¿Quién si no? Nadie más se beneficia de ello —respondí yo en el colmo de la ignorancia. ¿Cómo iba suponer que «un extraterrestre televisivo de los años ochenta» era el responsable de lo más doloroso que me había sucedido nunca?

—Supongo que tienes razón... Pero siempre he creído que todo el mundo tiene derecho a explicarse antes de que le sentencien. No me hagas caso, son manías de vieja —dijo, al fin, al ver la expresión de mi cara.

Todo el mundo me decía lo mismo. Ains... ¿Por qué nadie podía comprender que no era capaz de hablar con él? No tenía fuerzas. Gracias al cielo, la señora no insistió y a partir de ahí hablamos de otras cosas. Dimos un repaso a las noticias y nos despachamos a gusto con los rumores que decían que iba a subir el recibo de la luz. Nunca había visto a nadie tan indignado por algo así como a esta señora. Y eso que estas cosas nos indignan bastante a todos. Tras conversar un rato, decidimos poner una película, aunque Amanda senior se durmió durante la primera media hora. Eso sí, no se le podía decir nada. Nunca lo admitiría.

—¿No debería irse a la cama? —pregunté yo.

—Ni se te ocurra insinuar que se duerme en el sofá si quieres seguir cayéndole bien —respondió Amanda riendo—. Ella no hace «esas cosas de viejo».

—¿Cosas de viejo? La de veces que me he dormido en el sofá estos últimos tiempos —reflexioné.

—Pues no creo que seas capaz de convencerla de lo contrario. Cuando tiene una idea clara, no hay forma de que cambie de opinión. Si ella dice que son cosas de viejo, son cosas de viejo.

Sonreí al mirarla con la cabeza apoyada en el respaldo y emitiendo suaves ronquidos. Dormía plácidamente, pero si ella decía que no hacía esas cosas, pues nada. Nosotras continuamos viendo la película y cuando acabó, nos levantamos haciendo algo de ruido para que se despertara.

—Ha estado bien la película, ¿verdad, abuela? —preguntó Amanda con retintín.

—Oh, sí. Estupenda, estupenda —respondió ella mirando alrededor aún con aspecto confuso.

Mi amiga y yo nos miramos y reímos por lo bajo. Me venían muy bien esos pequeños detalles de vida familiar. Me imaginé como estaría aquella noche si me hubiera quedado sola en un hotel y sentí un ligero escalofrío.

—Nunca os agradeceré bastante esto que hacéis por mí —dije de nuevo. No pude evitarlo, me salió solo.

—¿No vas a dejar de repetirlo? Anda ya —respondió Amanda con una sonrisa—. De verdad, no tienes que mencionarlo más. Estamos encantadas de que estés aquí. Y, aunque te acaba de

conocer, puedo decirte que mi abuela te adora.

—¿En serio?

—Sí. Le has gustado desde el principio y además cree que eres una buena influencia para mí.

—¿Qué poco me conoce! —bromeé yo.

—Pues yo creo que es cierto... Me has hecho pensar muchas cosas.

—Si es para bien, me alegro. Aunque no sé yo que se puede hacer contigo. —Reí.

—No mucho, no mucho. —Rió ella también.

Aquella noche pensé que podría dormir. El hecho de no tener tanto estrés debido al trabajo me hizo creer que me sería más fácil descansar esos quince días, más o menos, que me quedaban en el periódico. Nada más lejos de la realidad. En cuanto me acostaba venían a mi mente las imágenes de Sergio y de Bond, también, ¿para qué negarlo? ¿Quién iba a imaginar que estaban tan relacionados? Pues lo dicho, me venían esas imágenes a la cabeza y, , sentía unas ganas incontrolables de llorar, por lo que la primera media hora en la cama me la pasaba llorando. Cuando sentía que me había «vaciado» de emociones, empezaba la sesión de vueltas y más vueltas intentando conciliar un sueño que me rehuía. No quería levantarme para no molestar al resto de habitantes de la casa y, sobre todo, lo que no quería era que me hicieran preguntas. Sospechaba que, si me hacían algún comentario, me echaría a llorar sin remedio y no quería más espectáculos. Quería preservar un poquito de dignidad. Cuando al fin me dormía, todo era un interminable sueño en el que aparecían mezclados Sergio, Bond, las cámaras de televisión, un micrófono que me plantaban delante de la cara y mi vida expuesta al público. Me despertaba sudando y con ganas de salir corriendo. ¿El resultado? Que en esas dos semanas fui más cansada al periódico que todos los meses anteriores.

CAPÍTULO XXX

Aquellas dos semanas parecía que no se iban a acabar nunca. Por la mañana me arrastraba hasta el periódico vestida como una espía y por la tarde me quedaba en mi habitación leyendo y llorando, también, para qué lo voy a negar. Amanda respetó mi rutina la primera semana, pero la segunda se empeñó en que saliéramos por la tarde, aunque fuera a dar la vuelta a la manzana. No me cansaré de repetir que fue una suerte tenerlas cerca a ella y a su abuela, teniendo en cuenta, además, el poquísimos tiempo que hacía que nos conocíamos. Por las noches, solíamos quedarnos charlando. Como aquella noche en la que Amanda y yo estábamos tomando café en la sala de estar después de la cena y me habló un poco más de su familia.

—Mis padres se hartaron de la ciudad y se volvieron al pueblo. Como mi hermano está casado allí, así están cerca de sus nietos... Mi abuela no quiso irse, decía que allí no tenía a sus amigas para jugar al bingo, y a mí me vino muy bien. Vivimos las dos juntas, ella está acompañada, yo también y, además, no tuve que buscarme piso.

Yo sonreí y miré hacia un lado. La abuela de Amanda se había dormido en el sillón viendo la televisión, pero ya había aprendido que no debía decirle nada al respecto y mucho menos despertarla.

—¿No volviste a tener noticias de aquel...?

—No, gracias a Dios. No quiero verle ni en pintura. Te aseguro que esta vez me asusté de verdad. Creo que me ha servido de lección. Parece que Sergio le dio un buen susto..., ah, lo siento, he dicho su nombre.

—No te preocupes —dije haciendo un gesto con la mano. Ella se quedó pensativa un momento y afirmó:

—El caso es que parecía buen tío.

—Pues ya ves lo que ha pasado —respondí yo con resignación—. ¿Y esto? —dije de repente al ver un libro que asomaba por debajo de una pila de revistas.

No tenía ganas de seguir hablando de lo ocurrido y la excusa del libro me servía para cambiar de conversación. Era un manual de informática y reconozco que me sorprendió verlo allí. Supuse que sería de su hermano.

—Oh, es una tontería —respondió un poco ruborizada.

—Eh, ¿qué te traes entre manos? —pregunté intrigada al ver su reacción.

—Verás, es que... Es que me gustaría estudiar informática en la Universidad...

Me dejé de piedra. No por nada, no me parecía el tipo de persona que se interesara por los libros.

—Ya, ya se que solo es una ilusión... Dejé el colegio muy pronto. Los chicos... —añadió con cierto tono nostálgico—. Y todo el mundo cree que soy una cabeza hueca, pero la verdad es que cada vez que veo a alguien usando un ordenador me entra una curiosidad... Es como si hablaran en un lenguaje que yo no entiendo y no me gusta, quiero comprender, ¿sabes? Quiero aprender.

Amanda me sorprendió de verdad y me dio una lección. Me di cuenta de la facilidad con que etiquetamos a las personas.

—Siempre me decía que yo era una inútil y que nunca serviría para otra cosa que llevar una bandeja —susurró un poco triste.

—¿No hablarás de ese ex tuyo tan... inteligente? —pregunté con sorna y enfado.

—Si —musitó. Casi no la oí.

Me acerqué más a ella para mirarla a la cara y que me escuchara bien.

—Mira, puedes hacer lo que quieras... Ni se te ocurra hacerle caso a ese..., ese,... Bueno, ya sabes. Estoy segura de que, si esa es tu ilusión, debes intentarlo sin dudar.

—¿Tú crees? —preguntó ella más animada—. Solo me había atrevido a decírselo a él y al contestarme eso...

—Ni caso, puedes hacer eso y cualquier cosa que te propongas.

Amanda sonrió de una manera que me dio la impresión de que pronto la universidad iba a tener a una nueva y alocada alumna, pero de gran corazón.

CAPÍTULO XXXI

*D*espertarme de nuevo en mi habitación, en casa de mis padres, me resultaba aún un poco extraño. La aventura había acabado y yo había vuelto por fin a casa. Esperaba con sinceridad poder olvidarme pronto de lo sucedido, pero en el fondo de mi ser sabía que me iba a resultar muy difícil o, directamente, imposible. Había completado la beca y mi jefe en el periódico me había dado la enhorabuena por mi trabajo e insinuado que mi nota iba a ser muy alta. Al menos había conseguido aquello por lo que había ido a la ciudad. Si me iba a servir de ayuda en el futuro, ya se vería.

Me despedí de Amanda y de su abuela, me dio bastante pena, la verdad, porque, a pesar de que nos habíamos conocido hacía solo unos pocos meses, habíamos consolidado una verdadera amistad. La prensa no me molestó durante las dos semanas que aún permanecí allí, casi seguro que porque no pudieron dar conmigo. Pero claro, no todo el mundo iba a dejarlo así. Amanda tuvo su minuto de gloria cuando unos periodistas se acercaron por la cafetería y, al no encontrarme, entrevistaron a los compañeros de «la chica del momento» menuda tontería, pensaba yo de. Así que, Amanda estuvo encantada de poder decir que nos había visto a los dos juntos desde el minuto uno y que tanto Sergio como yo nos habíamos portado muy bien con ella. No entró al trapo contando detalles y no quiso opinar sobre nada más.

—¿No te habrás enfadado? —me había preguntado, un tanto recelosa, cuando nos vimos en su casa ese día.

—No, claro que no —respondí yo, que conocía su carácter y comprendía que se había venido arriba al tener un micrófono delante.

Pero no os creáis que las cosas quedaron ahí. Parece ser que Laura, la ex de Sergio, se resistía a quedarse al margen de la noticia del corazón del momento. Parecía que todo lo relacionado con él y conmigo era algo «del momento». Ese mismo fin de semana se había plantado en la cafetería para «un encuentro» conmigo». Según ella, solo pretendía mostrar que no le guardaba rencor a su ex y por eso quería felicitar a su nueva novia. La realidad es que solo quería seguir chupando del bote de la fama de otro, pero se llevó un chasco. Yo no estaba allí, pero sí Amanda que me lo contó todo con detalle:

«—Pues sí, tuvo el descaro de presentarse en la cafetería con su propio fotógrafo y todo. Iba tan ceñida que me pareció que se había envasado al vacío —comenzó a explicar Amanda.

—¿Qué quieres?— le pregunté yo.

—Solo quiero hablar con Helena para mostrar que no hay rencores.

—¿Y para eso te traes un fotógrafo? Anda ya... Y que sepas que Helena ya no trabaja aquí gracias a vuestros jueguecitos...

—Oye, a mí no me hables así —me contestó con toda su cara.

—Te hablo como me parece, si no, no haber venido... —Y me di la vuelta para entrar en el local, cuando me agarró del brazo y me dice:

—A mí no me des la espalda.

Me zafé tan bruscamente que hice que se tambaleara y perdiera el equilibrio. Se quedó allí, patas arriba, mientras todo el mundo hacía fotos con sus móviles. Seguro que fue «trending topic».

—La próxima vez que quieras hablar, bájate de los zancos primer —le dije y entré por fin en la cafetería.»

Aún no puedo evitar reírme cuando me imagino la escena. Conociendo a Amanda, debió ser memorable. Y sí, Laura fue noticia porque sus fotos tirada en el suelo se viralizaron enseguida, aunque creo que no era eso lo que ella pretendía en realidad.

Aquello fue lo único divertido de esos días. Yo sabía que debía enfrentarme con Sergio tarde o temprano porque no dejaba de llamarme y porque había ido a buscarme a la cafetería y supongo que. También, a la academia. Amanda le había explicado que había dejado el trabajo, pero no le dijo dónde encontrarme, tal y como yo le había pedido.

—Sé que es una situación muy difícil —le había dicho él—, pero quiero hacer algo. No puedo quedarme de brazos cruzados.

—¿No has hecho ya bastante? —le había respondido mi amiga.

Por mi parte, tenía claro que no quería verle. No respondía de mi reacción si nos encontrábamos cara a cara y me miraban aquellos inolvidables ojos color miel. No quería que me viera llorar, quería mantener la dignidad en la medida de lo posible. Así que cuando me sentí por fin más tranquila, respondí a una de sus llamadas. Sabía muy bien lo que iba a decirle:

—Hola.

—Hola. —Noté su expresión de sorpresa al ver que le cogía el teléfono—. Me alegro de que por fin me contestes.

—Solo quiero pedirte que, por favor, no me molestes más —dije en el tono más cortante que pude.

—Pero debes saber...

—Creo que ya sé bastante.

—No, no tienes ni idea... Déjame que te explique.

—No hay nada que explicar, de verdad. Ya tienes lo que querías: una imagen mejorada. Pues ahora déjame a mí seguir mi camino y sigue tú el tuyo.

—Es que yo no quería nada de eso —exclamó, pero yo ya notaba que las fuerzas me iban abandonando y que me iba a poner a llorar. No podía permitir que me oyera así.

—Pues la próxima vez deberás aclararte antes —respondí y colgué.

Los primeros tres días que pasé en el pueblo, estuve casi todo el tiempo durmiendo. Fue saludar a la familia que, fueron considerados, , y no hicieron demasiadas preguntas sobre «mi asunto», y meterme en la cama. Casi ni comí. Y es que, entre lo deprimida que me sentía y el cansancio acumulado durante todos aquellos larguísimos meses, mi cuerpo solo me pedía descanso, descanso y más descanso. Por cierto, me sentó muy bien. Después de esa «cura de sueño», me sentí renovada, más fuerte, y hasta mi estado de ánimo mejoró. Por fin pude reunirme con mis amigas que esperaban impacientes a que les contara todo tipo de detalles sobre mi «aventura en la ciudad».

—Queremos saberlo todo —me dijo una de ellas, Sara, la más alta y rubia de nuestro grupito, nada más verme aparecer por la heladería donde solíamos quedar en verano.

—Pero no preguntaremos nada sobre «eso» hasta que tú nos digas que estás preparada —añadió otra, Rebeca, pecosa y simpática como ninguna.

—Claro que sí —estuvo de acuerdo Mina, que era la morena misteriosa del equipo.

—Pero esperemos que sea pronto porque nos morimos de ganas de que nos expliques cómo es que has conseguido salir con Sergio Noel... Y qué ha pasado después —intervino de nuevo Sara. Le di una colleja, claro.

El encuentro no era solo para vernos de nuevo. Tenían algo para mí. Las muy «tontas» me tenían preparada una sorpresa que me emocionó. Sara me pasó un sobre por encima de la mesa. Lo abrí y me quedé con la boca abierta. No me lo esperaba. Habían organizado un fin de semana largo, cinco días, de amigas en los Alpes austríacos y, entre todas, me habían pagado mi parte. Si de verdad que son de lo que no hay. Reconozco una vez más la suerte que tengo de tener buenas amigas, tanto en el pueblo como en la ciudad. Son un auténtico tesoro.

—Pero, bueno, ¿cómo se os ocurre? —pregunté yo, al borde de la lagrimita.

—Sabemos lo que has pasado, así que como amigas tuyas que somos, es nuestro deber levantarte el ánimo —terció Lisa, pelo castaño, guapa e inteligente; sí parecíamos un anuncio de tintes para el pelo—. Además, ¿quién nos provee a todas del mejor perfume? —bromeó.

«Qué suerte tengo, después de todo», pensé otra vez.

—Así que nada de lloriqueos ni sentimentalismos, vamos a tomarnos los helados y a reírnos todo lo que podamos —sentenció Mina.

—¿Por qué a los Alpes austríacos? —pregunté con curiosidad a Rebeca por lo bajo. Suspiró y respondió:

—Es que Sara fue con su novio y sus futuros suegros esta primavera y, desde entonces, no habla de otra cosa. Ni nos dejó mirar otras opciones... Yo me hubiera ido al Caribe —concluyó con resignación.

Sonreí y, aunque no estaba del todo convencida de irme de viaje en esos precisos momentos, decidí disfrutar lo que pudiera de aquello. Además, no podía desairarlas con todas las molestias que se habían tomado por mí. Bien mirado, era la mejor manera de olvidar tanto a Sergio como a Bond, a quien también echaba muchísimo de menos. Así que aquel mismo jueves, salimos todas rumbo a Innsbruck donde nos esperaban cinco días de diversión solo para chicas.

El viaje fue de maravilla. Conocimos a un montón de chicos guapos y todas, menos Sara, por su novio, y yo, porque no estaba de humor, aprovecharon para salir con ellos. Sí, me temo que en cuanto los vieron, aquello de «diversión solo para chicas» se acabó, aunque si lo medito bien, fue todo lo contrario, fue auténtica diversión para chicas. Tuve que reconocer que las peripecias del viaje, como que al desembarcar en Innsbruck descubriéramos que nuestras maletas habían desaparecido y tuviéramos que salir corriendo a comprar, como mínimo, ropa interior, me distrajeron de mis pensamientos. Nuestras maletas llegaron un día antes de regresar a España, después de haberse dado un buen paseo por Singapur. Al menos, fue la excusa perfecta para ir de tiendas y comprarnos ropa nueva. Creo que nunca entenderé lo que pasa con las maletas en los aeropuertos...

También me encantó recuperar las largas charlas en la habitación de alguna de nosotras, en las que nos lo contábamos todo, y tanto las chicas como yo teníamos mucho que contar después de que las hubiera tenido a raya para que no me visitaran ni me llamaran demasiado cuando estaba en la ciudad. Ya recordaréis que no quería que descubrieran el pastel de mi caótica vida allí. Fue como regresar al instituto o la universidad. Entonces nos reuníamos en la casa que tocara, cada semana era una casa diferente, y nos quedábamos hablando hasta la madrugada. Que si me gusta este chico, que si este profesor me tiene manía, que si por fin me van a dejar ir sola de vacaciones...

¡Cómo las había echado de menos! Bueno, está bien, seré sincera, con todo lo que me había pasado y mi horario de locos, apenas había tenido tiempo de pensar en nadie ni en nada que no fuera mi día a día.

Resumiendo, me vino genial salir con las amigas e irme fuera de mi entorno por unos días, pero, una vez de regreso en casa, había que afrontar la realidad. No quería quedarme encerrada todo el día, así no deja una de pensar y no era eso lo que me convenía; tampoco quería buscar trabajo hasta septiembre, necesitaba un par de meses de ritmo pausado después de lo vivido. Me decidí y pregunté en casa si podía echar una mano en el taller de perfumes o en la tienda.

El nuestro era un negocio familiar fundado por mi bisabuelo que, cuando se retiró, lo dejó a su hijo. Cuando llegado el momento, mi abuelo decidió dejar el negocio, preguntó a su vez a sus dos hijos si querían continuarlo ellos; como dijeron que sí, él les propuso elegir qué función quería desempeñar cada uno en la empresa. Sabía muy bien lo que era hacer un trabajo que no te satisfacía. Él habría querido ser veterinario, pero no se atrevió a desilusionar a su padre y aceptó continuar con la fábrica de perfumes a pesar de que no soportaba el trabajo ni el papeleo de la oficina. Por eso les dio a elegir. No quería que sus hijos vivieran la misma experiencia que había tenido él. Creo que yo me parezco más a él que a nadie de la familia. Por muchas razones.

Así que, hasta las nueras tuvieron opción de elegir. Mi madre y mi tía escogieron la tienda. Mi padre decidió que, ya que había estudiado economía en la universidad, dirigir la fábrica era lo suyo y mi tío, que era químico, también tenía muy claro qué quería hacer: desarrollar los perfumes en el laboratorio. En realidad, no hay misterio, cada uno eligió según su gusto y formación. Más adelante mi primos también se unieron al proyecto: él se hizo cargo de la contabilidad y ella de la facturación y la logística; lo consideraban una preparación para cuando tuvieran que hacerse cargo de todo. Lo único que no quedaba claro era quién desarrollaría los perfumes cuando mi tío se jubilara, y no era un tema menor, porque ahí residía nuestro éxito. De momento, esa cuestión no se planteaba. Sé que yo había sido la esperanza para cubrir ese puesto, pero tampoco me habían presionado. No había que preocuparse, cuando trabajara en Elva conocería a los mejores *narices* del mundo y podría encontrar una solución... Ah, soñar no cuesta nada. De todas formas, siempre ayudaba en lo que podía. Cuando yo echaba una mano, estaba un poco de acá para allá, en el lugar en el que me necesitaran, porque siempre dije que quería tener una carrera al margen de la empresa familiar. Por tanto, no había un puesto específico para mí.

La nuestra era una empresa pequeña que solo podía competir con las grandes marcas ofreciendo calidad y perfumes exclusivos. Había visto pelear tanto a toda la familia por mantenerse a flote frente a esas megaempresas... Las noches sin dormir, los nervios por si el nuevo perfume no funcionaba, que implicaba meses de trabajo perdidos y retrasos en los pagos al banco. Por eso no podía pedirles dinero cuando estaba con la beca, no podía pedirles que financiaran mi locura y, si finalmente tuve que aceptarlo, fue por lo que fue, ya sabéis. Reconozco que, cuando estaba en pleno apogeo de trabajo y cansancio, me llegué a plantear en serio lo que Nora me decía sobre que no pedía ayuda a la familia solo por pura cabezonería. Pero al regresar y verlos trabajar tanto a todos, me convencí de que había hecho bien.

El caso es que me dijeron que una ayuda nunca estaba de más. La tienda estaba descartada porque todavía venía gente a ver si me veía. No sé como se había corrido la voz de que la «novia» de Sergio Noel vivía por la zona, y los curiosos se acercaban, imagino que creyendo que Sergio aparecería por allí, porque si no, no me lo explico. El caso es que no tenía ganas de ver a la gente ni de responder preguntas. Así que había de ser en la fábrica. Propuse redactar folletos publicitarios y echar una mano a mis primos si lo necesitaban, y así quedó resuelto el tema. Sería

solo por las mañanas, porque tanto mi madre como mi padre insistieron en que debía descansar. Así que trabajaría por las mañanas e iría a la playa por las tardes. No me pareció un mal plan para las vacaciones.

CAPÍTULO XXXII

*P*or su parte, Sergio, había «huido» a Barcelona. Todos sus intentos de hablar conmigo habían resultado infructuosos y no tenía ninguna gana de toparse a todas horas con periodistas a la puerta de su casa o de casa de sus padres. Incluso se había presentado en la cadena de televisión para hablar con el productor y pedirle explicaciones por haber utilizado las imágenes grabadas aquel *inolvidable* día y pasarlas como si fueran en directo. No le encontró y tuvo que conformarse con hablar con su ayudante, que se deshizo en disculpas y no tuvo inconveniente en contarle todo lo ocurrido con detalle. Le dejó muy claro que no había sido plato de su gusto tener que colaborar con todo aquello, pero la necesidad mandaba. Se lo confesó todo.

Sergio estaba aturdido por los acontecimientos y como un buen amigo le había dicho que no dudara en pedirle ayuda si lo necesitaba, cuanto saltó la noticia, decidió tomarle la palabra. Desde luego que allí también podían perseguirle los periodistas, pero si lograba darles esquinazo en el aeropuerto, creía que pasaría algún tiempo antes de que le localizaran en casa de su amigo. En realidad, había sido un impulso poco pensado. La necesidad de alejarse de todo.

—No sé si esto ha sido buena idea; cogí el último vuelo y nadie me esperaba al llegar. Ningún fotógrafo, pero aún así... —reflexionaba Sergio sentado en el salón de aquel amplio piso situado en la planta principal un edificio de la calle Diputación, en pleno centro de la ciudad.

—No creo que te busquen aquí, en uno de los lugares más concurridos de Barcelona. Creerán más bien que te has refugiado en el campo o algo por el estilo. Ya sabes, eso de que si quieres esconder algo, ponlo a la vista.

Sergio sonrió, le había leído el pensamiento.

—Pero es que no quisiera causaros ninguna molestia, Marc, de verdad. No me gustaría ver a los fotógrafos haciendo cola en la puerta.

—Por eso no te preocupes. El portero no los dejaría pasar. Pero ahora, cuéntame como narices te has metido en este lío, por teléfono no me aclaraste gran cosa.

Sergio asintió pensativo. Cansado de esquivar fotógrafos, cuando Marc le llamó, aprovechó para desahogarse un poco, pero sin entrar en demasiados detalles. En seguida, su amigo le ofreció su ayuda y él le preguntó si podía pasar unos días en su casa. No lo dudó, necesitaba alejarse de todo. Tenía pensado pasar allí a lo sumo una semana hasta tomar una decisión. Era muy consciente de que no podía interrumpir su entrenamiento al más alto nivel durante mucho tiempo, pero necesitaba pensar y en su casa no podía. Su amigo no había puesto ningún problema, por lo que, llegados a este punto, sentía que le debía una explicación más detallada de lo ocurrido y le relató, con más o menos profundidad, lo vivido esas últimas semanas. Marc, con mucho tacto, no le interrogó demasiado sobre la chica en cuestión, o sea, sobre mí, porque notó que estaba sufriendo y no quiso ahondar en la herida. Sergio lo agradeció con sinceridad.

Sergio apreciaba mucho lo que Marc y su familia estaban haciendo por él y, dentro de todo lo que estaba pasando, se sentía afortunado de tener gente así en su vida. Marc era uno de los pocos amigos que conservaba de la infancia y siempre se habían ayudado. Se habían conocido siendo niños, en la primera escuela de tenis a la que fueron los dos, y no habían perdido el contacto a pesar de vivir en ciudades diferentes y de las vidas tan distintas que llevaban ya de adultos. Marc había abandonado el tenis hacía mucho tiempo.

—Nunca tuve tu talento —le respondía a Sergio cada vez que le sacaba el tema en alguna conversación.

Su amistad había perdurado, y, a pesar de todos esos años que hacía que se conocían, Sergio no había hablado de sus problemas con nadie, ni siquiera con Marc. Solo le había confesado lo que empezaba a sentir a su entrenador aquel día en la pista de tenis y porque le había pillado con la guardia baja. Era muy reservado y había aprendido a no mostrar sus emociones. Esa era una de las razones por las que yo no había acabado de sentirme segura de nuestra relación durante el tiempo que estuvimos viéndonos. Era imposible adivinar qué pensaba o qué sentía.

Los días transcurrieron lentos y Sergio apenas salió de la casa, no quería arriesgarse a que la prensa le encontrara. Marc le había dicho que se sintiera con total libertad para entrar y salir mientras ellos seguirían con sus obligaciones. Eran amigos desde hacía mucho tiempo y tenían suficiente confianza para hacer eso. Pasaba largos ratos asomado en el balcón, con gorra y gafas de sol, pensando y mirando hacia Paseo de Gracia. Siempre le había gustado aquella calle.

A pesar de que Sergio era un hombre muy capaz de controlar sus emociones, en varias ocasiones se sorprendió a sí mismo notando como se le humedecían los ojos al recordar los momentos vividos juntos, él y yo, y cómo había acabado todo.

—Helena piensa que yo he organizado esto... ¡Ese Alfonso! —había exclamado más de una vez esos días, cerrando los puños con rabia.

Tenía que controlarse. Mucho más en esos momentos en que su regreso a la competición era inminente. No podía permitir que nada ajeno al tenis le perturbara y sin embargo... Estaba resultando mucho más duro de lo que creía. Amaba a esa chica (vamos que me quería a mí. Y yo perdiendo el tiempo como una tonta, ¿será posible?) mucho más de lo que había podido imaginar y pensar que tendría que seguir adelante sin ella se le hacía insoportable.

—Tienes que dejarlo todo atrás... Parece que no hay alternativa —se repetía.

Aún así, Sergio era un hombre de acción y no podía pasarse todo el tiempo sin hacer nada, así que le pidió a Marc que le buscara un lugar para entrenar un poco durante esos días.

—No te preocupes. Conozco bien a los dueños del gimnasio y hablaré con ellos. Seguro que no habrá ningún problema —le había asegurado Marc cuando le comentó su necesidad de seguir entrenando de alguna forma.

Tal como su amigo había previsto, no hubo ninguna dificultad en que asistiera a entrenar allí, aunque solo fuera un día. Los dueños fueron muy discretos y estaban encantados de tener a alguien como Sergio Noel en su gimnasio. De esta forma, a las seis ya estaba allí entrenando. No podía dormir demasiado y se levantaba muy temprano. La ventaja era que se trataba de un gimnasio del Example que estaba muy cerca de la casa y por tanto no tendría que dejarse ver mucho por la ciudad. Así pudo continuar sus entrenamientos los pocos días que pasó en Barcelona. Mantenía la forma y, al mismo tiempo, desfogaba los nervios, que buena falta le hacía. A veces se sorprendía a sí mismo viendo la cara de Alfonso Bernal frente a él cuando entrenaba un poco con el saco de boxeo. No le gustaba y trataba de apartarlo de su mente. No quería volver a pensar en ese tipo nunca más.

La mujer de Marc le había dicho que nunca había visto a Sergio tan deprimido. Incluso, él mismo, que no solía darse cuenta de esas cosas, lo había notado; sin duda, la cosa era seria. Estaba decidido a animar a su amigo y a distraerle. Había pensado que salir a comer por ahí sería lo indicado y por eso había reservado en un restaurante muy conocido en la calle Ganduxer y había pedido que les colocaran en un sitio discreto. Los dueños del restaurante le conocían y no hicieron preguntas. Estaban acostumbrados a que gente famosa frecuentara su establecimiento y siempre reclamaban discreción, por lo que la petición de Marc no les sorprendió en lo más mínimo. Lo tendrían todo preparado tal como les habían solicitado. A Marc le encantaba su comida de estilo tradicional y hasta la decoración de estilo modernista. Ya había estado con Sergio antes allí y también le había gustado mucho el sitio, por lo que pensó que sería el lugar ideal para salir y ayudarlo a pensar en otra cosa. Y resultó como había previsto. Pasaron un rato agradable y tranquilo que Sergio no dejó de agradecer.

De vuelta a casa, Sergio fue directo a su habitación y se puso a preparar las maletas, había tomado una decisión. A Marc no le sorprendería que se marchase tan pronto, no era un hombre de estar encerrado sin hacer nada y Wimbledon estaba a la vuelta de la esquina. No podía jugar con su forma física ni con su fortaleza mental en esos momentos. La charla que había mantenido con su entrenador la noche anterior había sido determinante, no tenía ningún sentido quedarse allí lamentándose ni escondiéndose.

Cuando acabó de hacer el equipaje, conectó el ordenador y se puso a buscar. Si conseguía vuelo, saldría a primera hora de la mañana.

—No hay otra... Es lo único que pudo hacer... —se dijo pensativo. Y deseó con todas sus fuerzas que se le ocurriera algo para hacer entender a Helena que él no había tenido nada que ver con los manejos de Alfonso.

De pronto tuvo una idea. Quizás eso le ayudara a sentirse algo mejor: tomó un trozo de papel y comenzó a escribir.

CAPÍTULO XXXIII

—*H*ay un mensajero en la puerta y pregunta por ti.

Mi padre hablaba desde el pasillo. Salí de mi habitación y me acerqué a ver qué quería. Parecía mentira, pero ya habían pasado tres semanas desde el viaje a Austria y me había incorporado al trabajo en la fábrica por las mañanas, tal como habíamos quedado. Yo seguía enferma de nostalgia, pero había logrado que no se me notase tanto.

—¿Que pregunta por mí? —dije yo al llegar a su altura.

—Sí, ahí lo tienes. A ver qué quiere —concluyó mi padre entrando hacia el salón.

—¿Es usted Helena...?

—Sí —respondí yo sin dejarle terminar porque había leído mi nombre completo en el aviso que llevaba.

—Es que tengo que entregárselo a ella en persona... —dijo con un tono un poco desconfiado.

—Pues soy yo. ¿Quiere mi carnet? —pregunté haciendo ademán de ir a buscarlo.

—No, basta con que ponga el número aquí, en la pantalla, y luego firme.

Odio firmar en esas pantallitas. Por mucho que me esmere, siempre me sale una letra que parece de alguien escapado del manicomio municipal.

—Un momento, voy a coger el envío. Es muy delicado.

No comprendía muy bien aquello, me asomé y vi la enorme furgoneta de una conocida agencia de transporte, aunque me pareció diferente a los otros vehículos de reparto. Enseguida el hombre regresó y puso en mis manos un transportín diciendo al mismo tiempo:

—Aquí tiene. Buenos días.

Se marchó dejándome con cara de alucinada.

No entendía nada hasta que noté cómo algo se movía dentro y miré por una rendija.

—¡Bond! —exclamé sin poder creérmelo.

Él ya me había reconocido y no paraba de agitarse y lanzar pequeños ladridos de excitación.

—Pero, ¿cómo...? —no pude continuar porque se me saltaron las lágrimas.

Dejé el transportín en el suelo y saqué al animal, que me dedicó una lluvia de lametones y movimientos de rabo.

—Sí, yo también te he echado mucho de menos.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó mi padre que volvió a salir atraído por el jaleo—. Vaya, ¿quién es éste? ¿No me digas que es...?

—Sí, papá, sí. Es Bond, pero no sé cómo...

—Aquí hay una nota —dijo mi padre que había mirado dentro del transportín—. Y una carta.

Ambas cosas habían sido pegadas con cinta adhesiva a la parte superior de la caja para que el perro no pudiera morderlas o ensuciarlas. Abrí primero la nota. Decía lo siguiente:

«Si hay una pareja en esta historia que debe estar junta, sois vosotros dos».

Firmaba Sergio. No podía creérmelo. Aquello era lo último que me hubiera esperado.

—A ver si no va a ser tan mal tipo ese Sergio —dijo mi padre de pasada, casi sin pensarlo.

—Es su mala conciencia la que le hace actuar así. Vamos dentro —dije yo, algo molesta.

Necesitaba calmarme un poco y pensar. Tendría que mirar qué teníamos por ahí de nuestras antiguas mascotas para que Bond tuviera un sitio donde comer y beber. Y también donde dormir. Si no encontraba nada que se pudiera volver a usar, habría que ir a comprar esa misma mañana. En cuanto lo dejé en el suelo, Bond empezó a corretear por la casa inspeccionándolo todo.

—¡Ah! ¿Qué es esto?

El grito provenía del dormitorio de mis padres.

—Tranquila, cariño, que no pasa nada. Es el regalo que ha recibido Helena... —contestó mi padre desde el salón.

Mi madre asomó la cabeza y dijo:

—¡Menudo susto! Creí que se nos había colado una ardilla o qué se yo... Es tan pequeño... Pero ¿un regalo para la niña? ¿No será...?

—Que sí, que es Bond —contesté yo de nuevo.

—Se lo ha enviado Sergio —explicó mi padre con cierto retintín en el tono y haciendo un gesto con la cara como diciendo «fíjate».

—Vaya, así que, Sergio —respondió mi madre con un gesto facial similar.

—Pero bueno ¿ya se os ha olvidado lo que me ha hecho?

—No, tesoro, no se nos ha olvidado. Como tampoco hemos olvidado el hecho de que no dejaste que se explicara —respondió mi madre—. Y este detalle es muy bonito.

Miré a Bond. La verdad es que estaba muy contenta de recuperarlo. Y ya había hecho buenas migas con mis padres.

—Sí, reconozco que lo de Bond es muy bonito, pero eso no cambia lo que ha pasado —dije muy convencida y muy digna.

—Venga, vamos a dejarla tranquila que tiene una carta que leer —prosiguió mi padre en el mismo tono.

—Así que también hay una carta... —respondió mi madre.

—¿Queréis parar ya? La leeré luego, ahora voy a llegar tarde al trabajo.

—No, no, querida. Tú te quedas aquí a acomodar a este nuevo miembro de la familia y a sacarlo a hacer sus cosas. No quisiera tener la casa llena de regalitos cuando volvamos. Y de paso lees la carta.

—Oye, que Bond es un perro educadísimo, hijo y nieto de campeones del mundo... —protesté.

—Sí, pero seguro que hace las cosas igual que todos los demás. Así que imagino que tener un excelente pedigrí no le convierte en adivin, y tendrás que enseñarle dónde puede hacer qué... Parece mentira, ni que fuera tu primer perro —añadió mi madre.

—Pero tengo trabajo...

—Ya recuperarás las horas al mediodía. No te preocupes, conozco al jefe —concluyó ella.

—Muy graciosa —rezongué resignada.

Esperé a que se marcharan al trabajo y cogí la carta. Bond se sentó conmigo en el sofá, como en los viejos tiempos, y enseguida se durmió. Supongo que para él había sido un viaje agotador. Menos mal que no me deshice del cubresofá que usaba cuando vivía en la ciudad. Seguro que, aunque lavado y relavado, aún podía detectar un olor familiar en él.

Por un momento se me pasó por la cabeza si debía aceptar un regalo tan valioso como Bond. Yo sabía muy bien lo que costaba. Desde luego, no era lo mismo que una joya, pero aun así había pagado mucho dinero por él. Por otro lado, me parecía feo cuantificar el amor y la amistad. Me

había regalado un amigo, no, algo más, un miembro de la familia, y eso valía mucho más que dinero. Además, caí en la cuenta de que no sabría donde encontrar a Sergio, así que... En fin, tenía la carta en la mano y no me atrevía a abrirla. La verdad es que me daba miedo leerla. ¿Reconocería en ella todo lo que había hecho o insistiría en que «eso no era lo que él quería»? Supongo que salió a relucir mi vena romántica, porque me encantó tener una carta en mis manos. Que él me hubiera escrito algo de su puño y letra... No es que no hubiera recibido cartas nunca, porque mi abuela solía escribir en vez de llamar por teléfono, decía que así las palabras perduraban más, pero yo no sabía cuanto tiempo hacía que no recibía una. En fin, no tenía sentido andarse con rodeos, así que abrí el sobre y comencé a leer:

Querida Helena:

Disculpa si te llamo así, pero a mí me parece apropiado. Como no conseguí que me escucharas ni en persona ni por teléfono, me he decidido a escribir esta carta. No creas que ha sido fácil para mí, puesto que no estoy tan acostumbrado como tú a expresarme escribiendo. Espero, de verdad, que Bond y tú seáis felices. A través de mi abogado «convencí» a Alfonso Bernal para que consiguiera el perro, y mis razones fueron tan de peso que no pudo negarse (una demanda de unos cuantos millones por abuso de confianza). Además, ya no trabaja para mí y me consta que, después de saberse lo que ha hecho, algunos otros de sus posibles clientes han decidido no utilizar sus servicios. Muchos nombres se han «caído» de su agenda. Por ciento, te adjunto el certificado de pedigrí y toda la documentación del animal. Intenté poner una demanda también al programa y a la prensa que había recogido la noticia, pero me dijeron que, si nada de lo dicho era mentira, al ser yo un personaje público, no iba a conseguir gran cosa, más bien iba a avivar el asunto. Por otra parte, las fotografías y demás estaban realizadas en lugares públicos, así que no había mucho que hacer. Ahora me marcho al extranjero, a un centro de alto rendimiento para deportistas. Pasaré allí las últimas semanas antes del torneo, ha sido idea de mi entrenador, cree que necesito alejarme de todo esto y concentrarme en recuperarme para la competición; yo estoy de acuerdo, pero, antes de irme, quería aclarar varias cosas: Primero, que mis sentimientos hacia ti siempre fueron sinceros, no te menté en ningún momento. Quiero que te quede claro. Y segundo, que no tuve nada que ver con los sucesos que han tenido lugar, por ello quiero explicarte qué pasó desde el principio...

Y entonces contaba la mayoría de las cosas que he explicado ya en estas páginas. No negaré que cuando acabé de leer tenía lágrimas en los ojos, el corazón más dolorido que nunca y unas ganas locas de partirle la cara al Alfonso ese. ¿Sería cierto todo lo que contaba Sergio? Tampoco podía estar al cien por cien segura porque podría ser una forma de intentar quedar bien delante de mí, pero si lo meditaba, ¿para qué querría hacerlo? Se había marchado y yo no tenía forma de contactar con él. Lo más probable era que no volviésemos a vernos. Si las cosas eran tal y como él las explicaba, el resultado de todo aquello había sido dos personas con el corazón roto y con pocas posibilidades de recomponerlo.

Miré los documentos que me adjuntaba con toda la información de Bond. Ahí descubrí que tenía un perro mucho más aristocrático de lo que creía con un nombre más largo que la cuesta de enero.

—Pues yo pienso seguir llamándote Bond —le dije, y él pareció estar de acuerdo.

—¿No te has enterado? Este fin de semana es la final de Wimbledon y ¿a qué no sabes quién juega? —me había dicho mi tío de sopetón aquel día al llegar a la oficina.

Me dio un vuelco el corazón. Lo había conseguido, había logrado colarse en la final. No sabía si sería capaz de aguantar viendo el partido. En ese momento, caí en la cuenta de que nunca había visto jugar a Sergio; mientras estuve en la ciudad, porque no había tenido tiempo, literalmente, y, después porque no había querido verlo. Demasiado doloroso. Esta vez me iba a costar evitarlo.

El día de la final, toda la familia se reunió en casa para ver el partido. Mi primo y mi tía eran bastante aficionados al tenis, los demás eran aficionados de circunstancias. Uno de los jugadores

había tenido cierta relación con la familia y había que verlo. Aunque solo fuera por curiosidad. Es como cuando alguien le pide un autógrafo a un famoso solo porque sale en la tele, no porque tenga ni idea de quién es. Pero no seamos bordes, reconozco que, en este caso, entiendo la curiosidad que pudieran sentir.

Se lo tomaron muy en serio y lo prepararon todo con mimo: refrescos, picoteo dulce y salado, que incluían canapés, patatas, tartaletas, cruasanes de jamón, de queso, de chocolate, de crema, incluso, de sobrasada. Hasta había té y cafés para el que quisiera, parecía un cumpleaños. De hecho, yo, ingenuamente, lo creí y lo pregunté, por si se me había olvidado alguna fecha.

—Hace tiempo que no nos reunimos todos y solo por eso lo vamos a celebrar —me había dicho mi madre.

Por mi parte, yo había pensado salir esa tarde y no tener que oír hablar de Sergio, pero, para mi sorpresa, todas las chicas tenían ya otro plan para ese día. No me hubiera extrañado nada que mi madre o mi padre hubiese tenido algo que ver en eso. Así me obligaban a afrontarlo, aunque fuera por la tele.

El caso fue que el partido comenzó y yo permanecí en mi habitación durante un buen rato, pero al final, salí. Me moría de curiosidad cada vez que alguien profería una exclamación o hacía un comentario. Lo mejor para mis nervios era verlo. Y allí estaba él, espléndido, en plena forma otra vez. Y cómo jugaba, qué fuerza en el saque, qué belleza de movimientos, igual que su rival, que también era muy bueno. Tenía que serlo para llegar allí. Aunque siendo sinceras, yo solo tenía ojos para Sergio. No entiendo mucho de tenis, pero el partido me resultó emocionante, y lo mismo decían los que sabían del asunto, como mi tía o el locutor que hacía la retransmisión. Me di cuenta en ese momento de lo grande que era. Estaban muy igualados y en un par de ocasiones noté que me quedaba sin respiración. No puedo expresar la emoción que sentí cuando, tras un peloteo bastante largo, consiguió ganar el partido. Lo había conseguido de verdad y no pude evitar que mis ojos se llenasen de lágrimas. Al ganar lanzó un grito sordo de alivio, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Se dirigió corriendo a la grada y se abrazó a una pareja mayor y a dos chicas jóvenes, supuse que era su familia, luego se acercó otro hombre, quizás su entrenador. No pude parar de llorar cuando le dieron el trofeo y él lo agradeció: «Ha sido una dura lucha y casi no llego, pero aquí estoy. Debo agradecerlo a mi familia, a mi entrenador... Y en especial a quien ha estado conmigo este año, a pesar de todo».

Todas las miradas de la casa se dirigieron hacia mi. ¿Me estaba dedicando el triunfo? Tuve que disimular y escabullirme a la cocina para que no me vieran llorar. No sé como soporté tantas emociones en tan poco tiempo.

CAPÍTULO XXXIV

*E*l verano se fue escurriendo poco a poco y pronto llegó el final de agosto. Ahora sí tenía que ponerme las pilas y pensar en qué iba a hacer. Bond se había adaptado de maravilla a su nueva casa y se había ganado a toda la familia. Desde luego, era el perro más educado que habíamos tenido nunca. No volví a tener noticias de Sergio, aunque mis sospechas sobre quién le había dado mi dirección se habían confirmado en seguida. Bastó una simple llamada de teléfono.

—¿He hecho bien? —preguntó una tímida Amanda cuando escuchó mi voz, ni siquiera saludó. Supongo que estaba inquieta por mi reacción.

—No te preocupes —suspiré yo.

Me llamó el mismo día en que recibí a Bond para contarme que Sergio había ido a la cafetería a hablar con ella y la había convencido para que le diera mis datos.

—Es que parecía tan afectado por todo lo ocurrido... Tan sincero. Además, era para enviarte a Bond. Hasta que no me explicó para qué quería tu dirección no le dije nada.

—De verdad, no tienes que preocuparte. Has hecho bien... Sabes lo triste que me quedé cuando se llevaron al perro y recuperarlo ha sido lo único bueno que me ha pasado desde que estalló todo este lío —aseguré convincente.

—Lo sé, por eso lo hice. ¿Y cómo se lleva eso de seguir siendo parte de la «pareja del verano»? Resoplé y agarré el teléfono con más fuerza.

—Pues ya te puedes imaginar. Estoy hasta aquí. —Me señalé la cabeza, aunque, claro, ella no podía verme—. Ojalá pase pronto este rollo...

Por fin pasó, para finales de agosto la noticia casi se había olvidado, reemplazada por otras exclusivas y «últimas horas». Por fortuna, la hija de un conocido político esperaba un niño de un cantante de reguetón, y eso dio para muchas portadas. Los curiosos desaparecieron, y las llamadas de números desconocidos que, hasta hacía poco, me asaltaban a cualquier hora, cesaron. Todavía me pregunto de dónde sacaría la prensa mi número de teléfono. Hasta Laura parecía haberse dado por vencida respecto a Sergio, por suerte para él, y empezó a salir con un futbolista brasileño. Para mí fue un gran alivio y empecé a sentirme mejor. Guardaba en mi interior todos los recuerdos de los momentos en que habíamos estado juntos y todos los sentimientos y emociones. A pesar de tener el corazón destrozado, tenía que mirar hacia delante. No me quedaba otra.

Una mañana de principios de septiembre, cuando yo estaba ya preparando mis currículums para empezar un «bombardeo», recibí una llamada inesperada. La verdad era que no ganaba para sorpresas.

—¿Helena...?

—Sí —respondí yo.

—Soy, Ariadna, redactora jefe de la revista Elva.

Me quedé callada unos instantes. Miré el teléfono y entonces me di cuenta de que era un número que yo no reconocía. Desde lo ocurrido con la prensa, colgaba al segundo cuando aparecía en pantalla «número oculto», pero esta vez, al ver números, cogí sin más la llamada. No me había parado a pensar que hay periodistas que no esconden su número. Me resultaba extraño que una revista como Elva se interesara por una noticia como la nuestra, sobre todo, ahora que ya había pasado su momento álgido.

—¿Qué desea? —pregunté con cautela.

—Tengo algo que proponerle.

—Lo siento, no doy entrevistas ni exclusivas.

Una leve risa se escuchó al otro lado de la línea y eso me desconcertó. ¿Me estaban tomando el pelo? Si era una de las chicas, se iba a enterar.

—Oh, no, no se trata de eso. No somos ese tipo de publicación. No, se trata de algo profesional. ¿Cuándo podría pasar por mi despacho?

Todo sucedió bastante deprisa. Se ve que cuando el destino tiene algo preparado para ti, no te lo quita nadie. Y cuando le da por acelerar los acontecimientos, aún más. Quedé con la redactora jefe de Elva para el lunes siguiente, aprovecharía el día para hacer algunas compras en la ciudad y para ver a la gente, además de para hacer la entrevista. Pasaría allí la noche y luego cogería el primer tren de regreso. No obstante, no tenía yo muy claro todavía que no fuera una bromita de mis amigas, pero ellas se mantuvieron firmes en que no habían tenido nada que ver.

—A ver qué sale de todo esto —me dije.

El lunes, a la hora en punto, estaba en las oficinas de la revista temblando como una gelatina. Al menos, había conseguido algo: entrar en la sede de Elva y verla por dentro. Lo observé todo con detenimiento por si no tenía la ocasión de volver. Las paredes eran unas blancas y otras pintadas en tonos tierra muy claros, dando una sensación de amplitud y tranquilidad, eso me gustó. Estaban decoradas con reproducciones a tamaño grande de las mejores portadas y, en una vitrina de cristal, tenían una colección de fotos dedicadas por personajes que les habían visitado o concedido una entrevista. Había miembros de la realeza de diversos países, actores, escritores, diseñadores, artistas de todo tipo, empresarios, miembros del gobierno..., en fin, cualquier persona relevante en el mundo en los últimos cincuenta años se podía encontrar allí. Quise sacar el móvil y hacer una foto para recordarme después que no había sido un sueño, pero me dio vergüenza. Una es como es.

Por fin, me hicieron pasar al amplio y luminoso despacho de la redactora jefe (yo quiero uno igual). Era una mujer esbelta, de unos cuarenta y cinco años, muy elegante, pero sin estridencias. Mi sorpresa fue grande al descubrir que ella y mi jefe en el periódico durante la beca, eran buenos amigos.

—Justo él me habló de ti. Me envió un artículo que escribiste sobre un cambio en la vida relacionado con un perro... Parece que le tocaste la fibra sensible, pero no por el tema del artículo, que por otro lado está tratado de una forma que no puede ser menos sensiblera, sino por lo bien que escribes y lo bueno que es.

La verdad es que en ese momento me quedé sin palabras. Primero, porque no me esperaba que la redactora jefe de Elva se dirigiera a mí en esos términos y elogiara mi trabajo como lo había hecho; segundo, porque me preguntaba cómo había conseguido mi artículo el jefe de mi periódico; y, tercero, porque nunca me imaginé que ese hombre haría algo así por mí. Tendría que darle las gracias.

Por cierto, el misterio de cómo consiguió mi artículo se desveló enseguida, en cuanto recordé

que el día que al final lo escribí del tirón, estaba en el trabajo y fue la misma tarde que me llamó Amanda y tuve que salir corriendo a recoger mis cosas para mudarme. Me fui tan deprisa que me olvidé cerrar el archivo. Supongo que lo leyó entonces, pero no me dijo nada. No tenía ni idea de que fuera un tipo dado a las sorpresas.

—No sé qué decir... Muchas gracias —balbuceé al fin.

La mujer sonrió y echó un vistazo rápido a su móvil que había vibrado, pero no interrumpió la entrevista.

—Pero no la he traído aquí solo para elogiar su trabajo. Su antiguo jefe también me dijo que uno de sus sueños era trabajar aquí.

Creo que me puse colorada de la impresión. ¿Había oído bien? ¿Me ofrecía trabajar en Elva?

—Pues sí, la verdad, es que es una idea que tengo desde hace tiempo. No soy experta en moda, pero sí que sigo con atención el resto de secciones —quise aclarar para que no hubiera malos entendidos.

—No, no necesitamos a nadie para esa sección. Lo que le ofrecemos es escribir un artículo de opinión al mes, al estilo del que nos envió su jefe, y estar disponible para cubrir eventos dentro y fuera del país. Le adelanto que el sueldo no es estratosférico, pero es bueno.

¿Qué podía decir yo? Pues un sí como una casa. Solo lamentaba la cantidad de tiempo que había empleado en hacer las diversas versiones de mi currículum, pero que todos los problemas que vengan sean como ese. Tenía una semana para incorporarme, y tendría que buscarme de nuevo un piso en la ciudad, pero esta vez con un sueldo como Dios manda; seguro que me resultaría más fácil. Lo que me importó de verdad fue que ese día salí de allí como la nueva redactora de la revista Elva.

CAPÍTULO XXXV

*D*espués de mi entrevista paseé flotando por la ciudad, con una mirada muy distinta a la que tenía cuando estaba de becaria. Enseguida llamé a mis padres y a las chicas para contarles la noticia. No podía esperar a llegar al pueblo al día siguiente. Todos se alegraron mucho, sobre todo mis amigas:

—Por fin tendrás una casa como debe ser y nosotras ya tenemos «hotel» en la capital —fue lo primero que pensaron.

Tenga usted amigas para esto. La verdad es que me encantaba la idea. A Amanda no la llamé porque había quedado con ella para tomar café después de comer y preferí darle la noticia en persona. Cuando me dirigía a la cafetería me llamó:

—Cambio de planes —dijo—. Vamos a la Heladería del Centro, hay que aprovechar que aún estamos en temporada.

Y allí que me fui. Estaba muy cerca. Esta Amanda, siempre tan golosa. Cuando llegué ya estaba sentada a una mesa. Tengo que reconocer que era un local precioso, decorado a la francesa. Casi parecía más una perfumería antigua que una heladería, con su papel pintado a rayas doradas y las vitrinas de madera que llegaban hasta el techo. Era un lugar muy agradable.

—¿Cómo estás? Te veo muy bien —dije cuando llegué a su lado.

—Es que me siento bien. Tengo algunas novedades —respondió ella levantándose para darme los dos besos de rigor.

—Oye, qué sitio tan bonito. Nunca había estado... No me extraña, si cuando vivía aquí no tenía tiempo ni para mirarme al espejo.

—Me alegro de que te guste. Además, hacen los mejores helados y batidos de la toda la ciudad.

Antes de contarnos las novedades, miramos la carta, era difícil decidirse. Al final optamos por un gran batido de chocolate para mí y una copa de helado de mango y frambuesa para Amanda.

—Bueno, ¿y cuáles son las noticias? —pregunté yo, una vez que el camarero nos tomó nota.

—Primero, ¿cómo estás tú? —me preguntó a su vez mirándome con cierta preocupación.

—Voy haciendo... No es fácil, pero al menos algunas cosas se han ido arreglando. Recuperé a Bond, como ya sabes —dije con una sonrisa.

—Sí, y eso fue un buen detalle.

—Pero, además, tienes ante ti a la nueva redactora de la revista Elva.

—¿¡Qué!?! —exclamó con los ojos como platos.

—Sí, como lo oyes.

—Pero ¿cómo no me lo has dicho antes? ¿Cómo has podido tener en secreto algo tan importante??

—Es que ni yo misma lo he sabido hasta esta mañana —le expliqué todo lo sucedido—. Así que pronto volveré... —acabé, riendo.

—¡Cuanto me alegro! —exclamó con sinceridad—. Volveremos a estar juntas para salir por ahí... Y ese hombre del periódico, menudo detalle también.

—Sí, tendré que llamarle para darle las gracias...

—Y respecto a Sergio... empezó a decir bajando la voz, pero en ese momento el camarero interrumpió nuestra conversación.

Guardamos silencio y observamos con atención como colocaba el pedido sobre la mesa. Me quedé impactada por el tamaño de mi batido, pero, sobre todo, por el tamaño de la copa de Amanda. El aspecto era excelente.

—¿Vas a ser capaz de comerte todo eso? —pregunté asombrada.

—Huy, desde luego... No es la primera vez —contestó, muy convencida, metiendo la cuchara con decisión.

La miré casi con admiración porque yo soy incapaz de comer tanto. Dudaba de poder acabarme el batido y no era tan grande ni por asomo. Después de probar su helado y de asentir con gesto de aprobación, Amanda volvió a la carga:

—Como te decía, el asunto de Sergio ¿no podría tener solución? Tendrías que haberlo visto aquel día, cuando vino a pedirme tu dirección, parecía desolado; cómo hablaba... De verdad que me llegó al alma.

Suspiré, hablar de Sergio me hacía daño y sospechaba que seguiría siendo así durante mucho tiempo, quién sabía si el resto de mi vida.

—Ojalá, pero se ha marchado y yo no sé donde localizarle. Cuando todo eso «estalló», me di cuenta de que él sabía dónde vivía yo, pero yo no tenía ni idea de dónde vivía él. Con el tiempo justo que tenía siempre, solo íbamos del trabajo hasta mi casa o a algún local que estuviera cerca. Y en esos momentos de tanto enfado y agobio de llamadas telefónicas, borré su teléfono.

—Oh, Helena... ¿Y cómo sabes que se ha marchado? ¿A dónde ha ido?

Le expliqué entonces lo de la carta que había recibido el día que me entregaron a Bond.

—Vaya panorama. ¿Le crees? —hizo la pregunta justa.

—No sé qué decirte, siempre me pareció muy sincero cuando estaba conmigo y poco dado a «ciertas cosas». Por eso me resultó tan difícil de encajar lo que pasó, no me lo esperaba. Además, ¿por qué mentir si se marchaba y no íbamos a vernos más? Amanda asintió pensativa antes de responder:

—Eso me pareció a mi también, aunque sabes que no soy un modelo de intuición respecto a los hombres... ¿Qué piensas hacer?

—No hay mucho que pueda hacer a este respecto. Me concentraré en el trabajo y miraré hacia delante —dije con un involuntario temblor en la voz porque, a mi pesar, iba a ponerme a llorar.

Amanda me puso la mano en el brazo y apretó suavemente, como diciendo no estás sola, al menos tienes amigos.

—No te pongas así, vamos a hablar de otra cosa —dijo para tratar de distraerme—. Como ya te dije, yo también tengo novedades.

—Es cierto —respondí tratando de rehacerme—. Ya puedes soltar por esa boquita toda la información.

—Verás, me he matriculado en el instituto...

—¿En serio?

—Sí, a clases nocturnas. Lo voy a intentar como me aconsejaste.

—Así me gusta. Un sueño puede ser difícil de conseguir, pero si no se intenta, es imposible.

—Sí, empezaré sin prisas, a ver qué tal me va, pero tengo que intentarlo. Además, quiero tener

mi propia cafetería. Traspasan un pequeño local cerca de aquí y le he echado el ojo... Tengo unos ahorrillos y mi abuela me apoya, así que quizás también dé ese paso. Y Víctor... ¿te acuerdas de Víctor? —se interrumpió.

—Sí, era otro de los camareros de la cafetería. Trabajaba durante la semana, ¿no? —respondí yo.

—Eso es. Bueno, pues está interesado y quiere ser mi socio. Fíjate, Amanda empresaria. Hemos quedado en que yo trabajaría por las mañanas y él por las tardes. Así sería mi propio jefe y tendría tiempo para estudiar.

Sacudí la cabeza sorprendida y muy contenta por sus planes.

—Seguro que te irá muy bien. Nadie como tú para ponerle ganas —respondí.

—Pero eso no es todo... —continuó— tengo aún alguna que otra noticia más que darte.

—Por favor, no me digas que... con aquel tío —intervine temerosa de que hubiera vuelto a las andadas pese a todos sus propósitos. .

—Nooo, rotundamente, no. No es eso, es que, verás, para matricularme en el instituto necesitaba las notas del colegio, y vete a saber dónde las puse en su día... Igual las quemé —explicó divertida.

—No sé por qué no me sorprende.

—Tuve que ir a mi antiguo colegio a que me dieran una copia y me encontré con un antiguo compañero de clase. Fue una sorpresa, algo inesperado. Ahora trabaja allí, es profesor y, bueno, hemos empezado a salir.

—Me alegro muchísimo por ti —dije con sinceridad.

Amanda seguía dando buena cuenta de su helado. Para ella hablar y comer a la vez no suponía ningún problema, pero esta vez tardó un poco más en seguir con la charla.

—Imagínate, yo con un profesor de mi propio colegio... ¿Quién me lo iba a decir? Reconozco que es diferente a los tipos con los que acostumbraba a salir. ¡Y cómo me trata! Es un encanto.

—A veces viene bien probar algo nuevo.

—Fíjate, cuando estábamos en la misma clase, yo no le hacía ningún caso. Ni me enteraba que existía, pero cuando nos hemos encontrado ahora, él me ha confesado que sí se había fijado en mí. En ocasiones tenemos las cosas delante y no las vemos...

Estaba muy sorprendida. Aquella era una nueva Amanda, no sé si me iba a acostumbrar a verla filosofar, pero estaba claro que el cambio había sido para mejor. Al menos a alguien sí le iba todo bien, y ella se lo merecía.

—Tienes que presentármelo.

—Eso está hecho —respondió ella.

CAPÍTULO XXXVI

Me había mudado a un apartamento amplio y confortable. Esta vez mis padres, y hasta mis tíos, habían insistido en ayudarme y no aceptaron un no por respuesta. Me dieron el dinero para la fianza y así pude alquilarlo y no tuve que esperar a cobrar varios meses de sueldo.

—No tienes que preocuparte por esto, niña —me habían dicho—, si será también como nuestra casa en la capital.

Por lo visto, todo el mundo había tenido la misma idea. Y vaya si lo cumplieron. Que si hay un estreno de teatro, que si es la semana de la moda, que si necesitamos ideas para la tienda... Y yo, aunque pusiera cara de circunstancias, para qué lo voy a negar, estaba encantada de tener gente alrededor después de lo sola que me había sentido mientras estaba con lo de la beca. Tenía la suerte de que mi familia era muy discreta, no se metían con mis horarios o si iba aquí o allá ni con quién, por lo que no suponía ningún problema que vinieran a verme. Mucho más cotillas eran las chicas, que cuando venían no paraban de hacerme el tercer grado. Y si había conocido a éste o si había conocido al otro...

Me había llevado a Bond conmigo. Además había un miembro más en nuestra pequeña familia, porque, por muchas visitas que tuviera, lo cierto es que la mayor parte del tiempo durante la semana Bond estaba solo en casa. Aunque yo lo sacaba por las mañanas, a primera hora, después, hasta que no llegaba yo por la tarde, no había nadie con él. Por eso decidí que lo mejor era conseguirle una compañía a su medida, así que me fui a la protectora municipal y pregunté si tenían una hembra de tamaño pequeño. Me pareció lo más apropiado. Y así llegó Daisy a nuestras vidas. Era una mestiza de unos cinco kilos.

—Tenemos tres perros de esas características... Te los enseñaré, pero no son cachorros —me había advertido el encargado de la protectora.

Me llevó a la zona donde estaban los perros en adopción y prosiguió:

—Aquí están: Esta es Daisy, es muy buena, pero ya tiene ocho años y nadie la quiere por eso —añadió con un toque de amargura en la voz.

—Pues si se lleva bien con mi perro, ya tiene casa —le respondí yo.

Pensé que el hecho de que la perrita fuera más mayor ayudaría a que se llevaran mejor. La primera cita fue muy bien, en menos de una semana ya estaba instalada en casa. Bond estaba muy contento de no estar solo todo el día, y Daisy dejó muy claro desde el primer momento que la edad es un grado. Pronto se hizo evidente quién mandaba allí, Bond pareció entender que tenía una «hermana mayor» y lo aceptó sin problemas. Y yo estaba más tranquila si mi jornada laboral se alargaba.

Trabajar en Elva era casi mejor de lo que había pensado. En los pocos meses que llevaba allí ya había conocido a un montón de gente interesante y a algún que otro famoso, pero famoso de verdad, no como los que se hacían conocidos *de esa manera*, aunque en mi caso fuera muy a mi

pesar. Lo cierto, es que no me habían vuelto a molestar ni se había hablado más de mí en la prensa.

¡Qué alivio!

Por lo que se refería a la revista, para empezar, me habían dado un pequeño espacio para un artículo de opinión, pero lo querían con gracia y sentido del humor, como en «Historia de un perro». Aparte, debía acompañar y hacer de asistente a los periodistas encargados de las grandes entrevistas y de cubrir los principales eventos a los que se invitaba a la revista. Estaba aprendiendo muchísimo y estaba muy contenta. Mi corazón seguía cortadito en tiras, pero al menos el trabajo me mantenía con todos mis sentidos ocupados.

Claro que era cuestión de tiempo que me cruzara con alguien, digamos, «conocido». En una recepción conocí al productor del programa de televisión que me había «cazado a traición», y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no ir a darle en la cara. Por fortuna, pude contenerme, porque sino hubiera dado al traste con mi trabajo en la revista. Un par de días después conocí a Ana, la ayudante del productor, porque debía concertar una entrevista con él para la revista, entrevista que no iba a hacer yo, pues sólo soloactuaba como asistente. Tuve que hablar con ella un par de veces y, animada porque parecía simpática, acabé diciéndole quién era yo. Ana se disculpó y me contó con detalle todo lo relacionado con el asunto. Era como si se sintiera un poco culpable de lo ocurrido y explicándomelo se liberara de una carga. También porque así se desquitaba de todas las veces que había aguantado llamadas de la tal Erika, según me explicó. No supe muy bien qué quería decir, pero me alegré de que hubiera confiado en mí. Pude comprobar que, al menos en lo que al programa de televisión se refería, Sergio no había tenido ninguna participación y ni siquiera había estado en el plató en el momento de mi entrevista. Había sido todo un montaje. No había mentido. Eso me alegró y me hirió a partes iguales.

La cosa no acabó ahí. Al mes siguiente, en la fiesta de los premios Elva, conocí, por fin, a Alfonso Bernal. Alguien mencionó su nombre al pasar a mi lado en el salón, y yo miré en todas direcciones, pero no pude ver a quién se referían. Decidida como estaba ya a llegar al final de la cuestión, me acerqué a la compañera periodista a quién me tocaba asistir ese día, y le pregunté:

—Es ese de allí —me dijo señalando con un gesto hacia una esquina del salón—. Es inconfundible, es Alf.

—¿Ese? —pregunté yo desconcertada.

Sí, ese —respondió con una sonrisilla maliciosa al notar mi reacción.

No era muy bajo ni tampoco era muy corpulento, pero tenía una expresión extraña, con unos ojos redondos muy oscuros entre hundidos y saltones, no sé, algo muy raro; y una especie de cresta en lugar de flequillo. Al día siguiente busqué en Internet al extraterrestre ese de la serie, Alf, y sí, se daban un aire. Volviendo a la fiesta, me acerqué decidida hacia donde él estaba para que me viera y hasta dije mi nombre en voz alta cuando me presentaron a un escritor de moda que estaba en el mismo corrillo que Alfonso. Pero nada, para un hombre como él, yo ya no significaba nada.

No obstante, no estaba dispuesta a darme por vencida tan fácilmente, así que me hice con su dirección, no hay nada como tener contactos, pues en ese mundillo del periodismo y la comunicación, parece que se conocen todos, y me presenté en su casa. No tenía muy claro para qué. Lo que me hubiese gustado hubiera sido darle un buen bofetón, pero eso tampoco iba a solucionar nada. Según lo que había oído sobre él, no me iba a dar ninguna explicación; seguía siendo tan poderoso que hubiera podido acabar con mi carrera, si es que ya se le podía llamar así, de un plumazo. Un hombre como él suele saber renacer de sus cenizas y lo había hecho, aunque no fuera igual que antes. Lo mejor que podía hacer era tranquilizarme, dar media vuelta y volver a

casa. En eso estaba cuando, de repente, un coche se detuvo junto a la puerta y un hombre bajó del mismo. Había debido verme merodear por los alrededores porque se dirigió hacia mí a buen paso.

—¿Desea algo? —preguntó. No era Alf.

—No, no... No se preocupe. Ya me iba.

—Usted... Su cara me resulta familiar —dijo el hombre.

Yo me puse tensa pensando que era algún periodista o fotógrafo y que todo iba a comenzar de nuevo.

—Pues, no sé de qué podría...

—Usted es la novia de Sergio Noel, ¿no es cierto?

—No, no es cierto —dije a mi pesar.

Se quedó pensativo un momento y añadió:

—No estuvo bien lo que hizo. No señor, no estuvo bien.

Le miré sorprendida. Con lo que había dicho no parecía un periodista, pero estaba al tanto de todo, así que ¿quién era ese hombre?

—No comprendo...

—Soy el mayordomo de Alfonso Bernal y nunca olvidaré la noche en que Sergio Noel llegó aquí hecho una fiera.

Aquel hombre no parecía tener en mucha estima a su jefe y me contó toda la parte de la historia que me faltaba por comprobar. Además, me dijo que había quedado bastante tocado por como se había desarrollado la historia. La denuncia, el hecho de que ciertos personajes ya no se pusieran al teléfono cuando los llamaba, habían sido un duro golpe a su orgullo, pero no era de los que se daban por vencido. Lo que me quedó claro definitivamente, fue que Sergio había sido sincero conmigo en todo, y yo ni le había dejado explicarse y había eliminado toda forma de contactar con él. Primer premio a la idiota del año para Helena.

CAPÍTULO XXXVII

Una de las cosas buenas que tenía trabajar en un medio como el mío, era que podías ayudar a los amigos. Era algo que no se me había ocurrido hasta que asistí a la inauguración de la cafetería de Amanda. Había dado el paso y, junto con Víctor, habían conseguido abrir el local. La verdad es que me impresionó. No me lo esperaba tan bien diseñado y tan cuidado.

—A ver si te vas a convertir en una persona formal —le dije a Amanda riendo.

—Eso, jamás —respondió ella riendo aún más que yo.

Realmente era precioso. Habían reformado el local por completo y lo habían dejado con un aire casi parisino.

—Vi unas fotos en una revista de una cafetería en Viena, con sus enormes lámparas de cristal y las sillas de madera, y pensé, quiero algo así. Aunque para las paredes me he inspirado en la Heladería del Centro, ya sabes cuál te digo... Nos ha costado más de lo que pensábamos, pero con nuestros ahorros y la ayuda de mi abuela, que también es socia, aquí estamos. Y las obras han acabado antes de lo previsto —me contó Amanda entusiasmada.

Admiré de nuevo la decoración y no pude evitar que me entrara un hambre tremenda al percibir el olor que venía de la cocina.

—Mi abuela me ha pasado sus recetas de tartas y pasteles. Cuando era más joven hacía pasteles para todo el barrio, porque los conocidos le encargaban sus tartas de cumpleaños, de boda... Y no sabes lo que me dijo...

—¿Qué te dijo? —pregunté yo con curiosidad.

—Que ahora que había demostrado tener más seso en la mollera y había vuelto a los estudios y dejado a «esa panda de cromañones» con los que salía, me prestaría dinero para la cafetería y me confiaría sus recetas secretas.

—Ya te digo, una chica formal. —Me burlé de nuevo.

—Que no, que no, que sigo siendo la Amanda de siempre, pero un poquito más lista que antes. Y es que lo que ha hecho mi abuela me ha dado mucho que pensar. Te he dicho que también he usado mis ahorros para este proyecto, pero es que yo ¡no había ahorrado nada!

No entendí muy bien lo que quería decir, pero lo cierto era que cuando me habló de que iban a abrir la cafetería con sus ahorros, los de Víctor y la aportación de su abuela, me extrañó mucho. Amanda no era de las que ahorran. Si casi no llegaba a fin de mes, a pesar de ganar un sueldo bastante decente. Hacía muchas horas, tenía mucha antigüedad en la empresa y cobraba muchísimo más que yo.

—Ahora no te sigo —le dije.

—Verás, cuando me quedé a vivir con mi abuela, me dijo: «No creas que vas a estar aquí a la sopa boba. Trabajas, así que harás una aportación a la casa, sino tendrás que buscarte un alquiler».

—Tu abuela tiene carácter.

—Vaya si lo tiene. El caso es que cada mes, nada más cobrar, me pedía la parte que me correspondía aportar a la casa. Aún así era mucho más barato que irme a vivir por mi cuenta. Cuando le conté mis planes, con un poco de miedo, la verdad, he metido la pata tantas veces, pensé que se iba a reír de mi si le decía que quería estudiar y tener mi propio negocio; pero no solo no se rió, sino que fue a buscar una libreta bancaria y me la puso en las manos diciendo: «Toma, aquí tienes la primera piedra de tu cafetería».

—¿No me digas que...?

—Sí, había estado guardando todo lo que le he ido dando durante estos años y, no creas, había una cantidad respetable.

—Es todo un personaje, tu abuela.

—Y tanto que lo es, y ahora puedes estar segura de que no la voy a decepcionar. ¡Pues no he aprendido nada estos últimos meses...! Ah, por cierto, este es Javier —dijo señalando a un joven que se acercaba a nuestra mesa.

—Encantada —dije yo.

Por fin me presentó a Javier, su antiguo compañero de colegio reconvertido en novio, y la verdad es que me gustó. No tenía nada que ver con aquellos «armarios roperos» con los que acostumbraba a salir, pero tenía una firmeza de carácter que le hacía mucho más interesante y también más fuerte. Tampoco era feo, ni mucho menos, resultaba muy atractivo. Tenía la impresión de que la vida de Amanda había mejorado de manera definitiva. Y, cuando por fin pude probar los pasteles, me quedé de piedra, eran estupendos.

—¿Los has hecho tú? —pregunté a Amanda sorprendida.

—Entre Víctor y yo, asesorados por mi abuela, claro —respondió ella.

—Pues si lo de la informática no te sale, la pastelería es lo tuyo —le dije yo. Amanda se encogió de hombros.

—De momento estoy disfrutando al volver a estudiar. Y, fíjate que cosa más rara, aunque no tenga nada que ver una cosa con la otra, desde que estoy con los estudios, se me ocurren más ideas para la cafetería. A ver si lo que necesitaba mi cerebro era solo un poquito de entrenamiento.

—Un poquito, no, mucho —intervino Víctor que se había unido a nosotras, con una gran sonrisa.

—¿Has visto que socio tan amable y simpático tengo? —dijo Amanda ante semejante afirmación, riendo también.

El caso es que la idea me empezó a rondar por la cabeza ese día, pero no la comenté con nadie. Al fin y al cabo, yo era todavía el último mono de la revista y no quería crear expectativas que después no se cumplieran. Pero, como estaba decidida a intentarlo, a la mañana siguiente me fui derecha al despacho del crítico gastronómico de Elva. Había una sección en la revista en la que se recomendaban restaurantes, pastelerías, bares y demás.

—Ya sé que está muy ocupado, pero solo le pido que pase por allí y pruebe lo que hacen. Nada más que eso, después actúe según su criterio.

Le había pillado por sorpresa y le había soltado el discurso del tirón para que no pudiera interrumpirme. Se me quedó mirando desde su altura y yo empecé a sentirme incómoda y a ponerme colorada. Esperaba que de un momento a otro me dijera algo así como: «Pero, ¿quién te has creído que eres?». En lugar de eso, dijo:

—Está bien, me lo pensaré.

Debió pensarlo pronto porque en el número siguiente de la revista apareció una reseña del local poniendo por las nubes su repostería y su selección de té y cafés, y recomendaba a todo el mundo que lo visitara. Creo que le gustó de verdad porque desde entonces empezó a tutearme.

Por su parte, Amanda y Víctor no podían estar más contentos. Desde entonces, no daban abasto y habían tenido que contratar personal. Les iba de maravilla y me dijeron que, aunque como amiga, tenía acceso gratis a los pasteles que quisiera, después de lo que había hecho por ellos la invitación se hacía extensiva a toda mi familia. Y bien que lo aprovecharon porque cada vez que venían a la ciudad hacían al menos una paradita en la cafetería. De todas formas, insistían en pagar al menos el café, tampoco hay que abusar. Pero, ya conocemos a Amanda, siempre preparaba una bandejita con dulces y los dejaba en la mesa como quién no quiere la cosa con la excusa de:

—Es que son nuevos sabores que estamos probando, a ver qué os parece... —Y cosas así.

Como su relación con Javier iba viento en popa, yo seguí muy contenta de que al menos a alguien le fueran bien todas las cosas importantes de su vida.

CAPÍTULO XXXVIII

Se acercaba diciembre y en la revista todo el mundo andaba alborotado con la preparación del especial de Navidad, no me imaginaba que un especial diera tanto trabajo. En realidad, habían comenzado con los preliminares, los contactos y demás desde finales de verano, pero ahora habían metido el turbo y el ritmo era frenético. Yo también tenía más trabajo, porque había más eventos que cubrir, y estaba todo el día de un lado para otro. Aún no lo sabía, pero me esperaba otra sorpresa. Otra gran sorpresa.

Aquella mañana había comenzado como todas las demás de esa semana, corriendo, pero, a eso de las doce, la redactora jefe me llamó a su despacho. Me inquieté un poco porque no era habitual; de hecho, no había vuelto a estar a solas con ella desde la entrevista de trabajo. Además, me había enterado de que sus verdaderas intenciones respecto a mí no eran en realidad las que yo pensaba. O por lo menos así había sido al principio. Había estado a punto de formar parte de la plantilla de la revista solo durante unas semanas. Al parecer, un redactor les había dejado colgados de un día para otro y, en esas, mi antiguo jefe (a quién por cierto llamé después para agradecer su gesto e, incluso, nos vimos en un par de ocasiones más para tomar café) les había hecho llegar mi trabajo.

En realidad, su intención era buscar a alguien de renombre y mientras usarme a mí, de ahí que me hubieran hecho un contrato de dos meses para empezar. De prueba, dijeron, menuda faena si al final me dejan en la calle después de tan poco tiempo. Pero mi pequeña sección había gustado y eso les había hecho cambiar de opinión; por esa razón me habían nombrado «asistente» de los redactores veteranos, para que me curtiera. En el fondo me daba igual, lo importante es que estaba ahí y con un contrato mejor, pero, aún así, que el jefe te llame sin avisar... No sé por qué nos ponemos tan inquietos cuando un gran jefe nos llama. Siempre pensamos qué habremos hecho mal, en qué nos habremos equivocado, nunca pensamos que pueda ser algo bueno. Como la mayoría de las veces tenemos razón al preocuparnos, entré a su despacho con un ligero temblor en las manos.

—Siéntese —me dijo señalando la silla que había frente a su mesa. La misma en la que me había sentado pocos meses atrás, aunque a mí me pareciera que hacía siglos de aquello.

Hice lo que me pedía y esperé a que me dijera algo, pero estaba ocupada revisando unos documentos, y la agonía de no saber a qué atenerme se prolongó unos minutos más. Por fin habló:

—Tengo que decirle...

Mi cara debía ser un poema en esos momentos.

—...que estamos muy contentos con su trabajo.

Volví a respirar, aunque mi corazón tardó un poquito más en serenarse.

—Por tanto he pensado que ya es hora de que dé un paso más. Ha observado como trabajamos aquí y ha tenido la oportunidad de empaparse del espíritu de la revista. Como sabe, estamos preparando el especial de Navidad y pensamos incluir una serie de entrevistas a los personajes más relevantes del año.

Asentí, pero no quise hablar, para no interrumpir su discurso.

—Pues lo que he pensado es que se encargue usted de una de esas entrevistas.

—¿En serio? ¿Yo...? —No pude evitar sonreír de oreja a oreja.

—Sí, usted. Va siendo hora de que demuestre lo que sabe hacer de verdad. Tiene una cita el próximo día cinco, a las diez de la mañana, en el hotel Intercontinental con nuestro flamante campeón de Wimbledon.

Por un momento no asocié las ideas, pero en cuanto lo hice mi expresión debió decirlo todo.

—Sí, Sergio Noel nos recibirá en exclusiva... Ya sabe que no le gusta prodigarse en los medios. Llevamos meses tras él. ¿Algún problema? —preguntó cuando alzó la vista y vio mi cara.

—Eh... No, ningún problema —balbuceé.

—Excelente. Pues ya sabe, deje todo lo que esté haciendo y prepare bien la entrevista.

—Claro —respondí yo.

Si la redactora jefe había olvidado se acordaba de lo ocurrido entre Sergio y yo, no, lo sé, lo cierto es que tuvo la delicadeza de no decirlo ni dejarlo traslucir. Yo tampoco tenía ganas de recordárselo. Además, era una profesional a la que le daban su primera oportunidad de destacar de verdad, no lo iba a estropear. Si me habían elegido para la entrevista expresamente por la relación que habíamos tenido él y yo, no me lo dijeron. Por otro lado, Sergio se había portado muy bien conmigo, ahora lo sabía seguro, por lo que era yo la que tendría que disculparse llegado el caso. Y lo haría. Lo haría si hacía falta, y si no, también.

Por muy profesional que sea una, la perspectiva de encontrarte frente a frente con el hombre al que no has dejado de amar puede acabar poniéndote un poquito nerviosa. A mí me estaba desquiciando, esa era la verdad. ¿Habría podido él pasar página? Mi mente era un hervidero de pensamientos encontrados y no sé como llegué de una pieza al día cinco por la mañana. Me desperté a las tres, pero me obligué a quedarme descansando un rato y, al final, dormí alguna hora más. No quería aparecer ante él con más ojeras que un besugo ni quedarme frita en la silla mientras esperaba. Bastante bochorno pasé ya aquel día en el Jardín Secreto.

Aún así, me levanté mucho más temprano de lo habitual. Saqué a Bond y a Daisy y me despejé con el aire fresco, a esas alturas del año, ya más bien frío, de la mañana. Me vestí lo mejor que pude para parecer segura y profesional y, después de desayunar, me dirigí al hotel. Llegué con más de media hora de adelanto y aquí estoy, sentada en el hall del Intercontinental, esperando que los fotógrafos acaben su trabajo y me avisen de que ya puedo subir y verle. Me ha dado tiempo de repasar todo lo que ha sido mi vida este último año y medio, y no me ha ayudado lo más mínimo a relajarme.

—¿Cómo será el encuentro? —he murmurado, y he atraído hacia mí las miradas curiosas de las personas que están sentadas cerca.

Consulto el reloj y mis notas una vez más y me resigno a armarme de paciencia. Se acerca uno de los recepcionistas, creo que viene hacia mí.

—Es de Elva, ¿verdad? —pregunta.

—Sí, soy yo.

—Puede subir. Habitación 218.

Respiro hondo y me levanto. Mi destino me espera.

CAPÍTULO XXXIX

—*Y*a nos vamos, no te preocupes. Solo estamos recogiendo —me dice el fotógrafo de la revista al disponerse a salir de la *suite*.

Me tiemblan las piernas, pero estoy decidida a que no se me note. Miro hacia dentro y le veo. Está más guapo que antes, si eso es posible. Él gira la cabeza en mi dirección y nuestras miradas se encuentran a través de la habitación. Es solo un instante, pero se para el mundo. Sonríe y yo siento una corriente eléctrica que me sube por la espalda. No sé si podré aguantar.

—¿Usted es la periodista, ¿verdad? Encantado.

Ha venido directo hacia mí en cuanto la maquilladora le ha dejado en paz, pues el fotógrafo ha insistido en hacer una foto más cuando ya casi estaba saliendo por la puerta. Ya le diré yo un par de cosas cuando vuelva a la oficina. Le tiendo también la mano y no sé que contestar. Me siento confusa con su actitud. La habitación es enorme, pero a mí me parece pequeña y que me falta el aire por la excitación que siento.

—Ya os dejamos solos para que podáis hablar con tranquilidad —asegura, de nuevo, el fotógrafo haciendo gestos a todo el mundo para que salgan de la habitación. Espero que esta vez sea cierto.

Por fin se marcha y llega el momento esperado y temido a la vez. Estamos solos. Intento aparentar tranquilidad. Adopto una actitud profesional, consulto mis notas, ya me las sé de memoria, y pregunto:

—¿Le importa que grabe la entrevista? Así será más cómodo.

—¿Ahora vamos a hablarnos de usted?

Le miro con duda y sorpresa. No entiendo una palabra.

—Ha empezado usted —digo.

—Lo he hecho para guardar las apariencias frente a los demás. No quiero que se sienta incómoda.

—Pues..., esto es una tontería. Nos conocemos, y es absurdo fingir otra cosa, así que dejémonos de historias, ¿vale?

—Vale, pues de tú. No, no me importa que grables la conversación.

—Está bien. Gracias.

—¿Cómo está Bond?

Levanto la vista de mi móvil y le miro. La verdad es que me siento un poco avergonzada por mi comportamiento con él y no me atrevo a sostenerle la mirada. ¿Notará cómo me tiembla la mano? Ojalá pudiera permanecer tan fría como él.

—Muy bien. Ahora tiene una «hermana» canina, Daisy. Así no se queda solo nunca —le digo tratando de esbozar una sonrisa serena.

—Buena idea —contesta.

—Por cierto, muchas gracias por lo de Bond. Fue un gesto maravilloso. Nunca podré pagarte lo que has...

Levanta la mano en un gesto de despreocupación.

—No tiene importancia.

—Sí la tiene, y más después de cómo me porté contigo. Ni siquiera te di la oportunidad de explicarte. Yo..., lo siento. —No veas lo que me ha costado decirlo, con la vergüenza que paso yo en estos trances.

Se queda callado. ¿Qué pensará? Es tan impenetrable.

—Gracias por reconocerlo. Aquellos no fueron los mejores días de mi vida. Ese tipo consiguió sacarme de mis casillas, no estoy orgulloso de ello. La violencia no arregla nada, pero no sé qué me pasó que acabé dándole un puñetazo; dijo unas cosas... Pero parece que Alf causa ese efecto en la gente —añadió pensativo.

¡Qué tristeza en su voz! Por fin un atisbo de emoción. ¿Será que aún siente algo por mí? Trasteo el móvil, intentando poner en marcha la grabadora, pero, con los nervios, mis dedos no responden. Hago eso porque no sé cómo actuar y pienso que empezar con lo que me ha traído aquí es la mejor solución, aunque los nervios no me lo están poniendo fácil. Por fin, consigo que se ponga en marcha.

—Entrevista a Sergio Noel, vigente campeón de Wimbledon —grabo y de paso le hago saber a él que empiezo la entrevista y voy a pasar al modo «usted».

Le hago un gesto con la cabeza para indicarle que voy a formular la primera pregunta.

—Había comentado alguna vez que Wimbledon se le resistía, ¿cómo se siente ahora que por fin lo ha conseguido?

—Muy contento. Ha sido una satisfacción muy grande, pero que se ha conseguido también gracias al esfuerzo de mi entrenador, mi familia que me ha apoyado siempre... Sobre todo, en los momentos más duros de este año.

Carraspeo. Debe referirse sin duda a nuestro «*affaire*», pero como tampoco ha sido claro en expresar qué siente en estos momentos, yo no sé qué responder. Sigo a lo mío.

—Se refiere al hecho de que incluso haya tenido que ir al INSEP, el centro de alto rendimiento deportivo que está a cerca de París, a acabar de recuperarse de las lesiones. ¿Le sirvió entrenar allí? —me estoy metiendo yo solita en el lío.

—Me refiero a una serie de problemas personales a los que me he enfrentado esta temporada, y me sirvió, sí, porque me permitió alejarme de todo...

—Problemas personales dice usted —repito como un loro.

No he debido hacerlo, se supone que la entrevista ha de tratar los asuntos personales de una manera muy superficial. Algo como ¿qué cualidades admira en una pareja? o ¿piensa que se hace suficiente para salvar al oso del Ártico? Sergio sigue sin perder la compostura, permanece sentado con apariencia relajada delante de mí (¿cómo lo hace?), pero yo cada vez estoy más nerviosa.

—Cuando la mujer que amas te pide por favor que no la molestes más, es un gran problema personal.

Se me caen las notas al suelo. Lo ha soltado como si nada, igual que si hubiera dicho: «hace buen tiempo esta mañana» u «hoy desayunaré tostadas». Me agacho a recoger mis papeles (sí, he perdido los papeles, adelante, haced el chiste) y él se agacha también para ayudarme. Nuestras manos se rozan y nos miramos, esta vez muy de cerca, tanto que podemos notar el respiración de uno sobre el otro. Es tan solo un instante, pero a mí me parece que dura una eternidad. Es que me

puedo perder en sus ojos y no tener prisa en que me encuentren. De repente, Sergio me agarra de los hombros y me atrae hacia él lentamente. Yo no puedo hacer nada, estoy anonadada. Después me besa despacio, recreándose en el momento. Y entonces, entonces alguien llama a la puerta.

«¡Aaaah! No puede ser verdad», pienso.

—No me lo puede creer, es qué no me lo puedo creer ¿Quién narices vendrá justo ahora? — exclama Sergio, entre enfadado y divertido de que la historia se repita una vez más—.

¿Es que nos espían para poder interrumpirnos en el momento más inoportuno?

Nos levantamos del suelo. Él abre la puerta y nos encontramos con un sonriente empleado del hotel.

—Buenos días. Me envían de recepción para saber si necesitan algo y si está todo a su gusto.

Yo no puedo evitar reírme al contestar desde dentro de la habitación, dejando al empleado un poquito perplejo:

—Sí, sí. Hasta ahora estaba todo a nuestro gusto —y remarco bien el «hasta ahora», por si había alguna duda.

—Si necesitamos algo, ya le llamaremos —añade Sergio cerrando la puerta casi en su cara.

—Por poco le das.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —pregunta sin hacer caso a mi observación.

—Yo quería decirte que de verdad lo siento y que me comporté como una auténtica idiota...

—En eso tienes razón —dice en tono de broma.

Le doy un ligero empujón. Esto es serio, me estoy sincerando y no me resulta fácil. Trato de ignorar su comentario y sigo:

—Siento todo aquello que te dije, sé que ni me mentiste ni te aprovechaste. Entre otras cosas, borré tu número de teléfono y por eso no he podido contactar contigo antes para darte las gracias por lo de Bond y para disculparme. Porque yo..., yo también te amo —añado fijando los ojos en el suelo, sigo sin atreverme a mirarle y mucho menos a sostenerle la mirada.

Noto que se acerca y me gira despacio hasta que estamos frente a frente. Me levanta un poco la barbilla para obligarme a mirarle y me besa suavemente, sin prisas. Cómo le había echado de menos.

—Eso es lo que quería oír, lo demás no importa.

—Tenía la esperanza de que, a través de la revista, quizás, conseguiría contactar contigo algún día, al menos para decirte cuánto lo siento. Y mira, resulta que eres mi primera entrevista. Casualidad o no, ¿quién sabe?

—Lo importante es que estamos aquí —añade mirándome a los ojos para después abrazarme con fuerza, como si temiera que me fuera a escapar o que alguien me apartara de su lado. Yo le abrazo también con la avidez de quien ha estado vagando por el desierto y de repente encuentra un oasis.

Sin dejar de abrazarnos, nos besamos de nuevo con una mezcla de suavidad y pasión que por fin puede desatarse, pero entonces él dice:

—Un momento...

Va hacia la mesilla sin dejar de sonreír y coge el cartel de «No molesten» que está sobre ella.

—Y ahora tampoco está Bond, ni hay vecinos entrometidos para poder interrumpirnos esta vez —añade mientras me muestra el cartelito y se dirige a la puerta para colgarlo en el pomo exterior.

Me mira y sonrío. Cierra tras él y por un segundo pienso que va a soltar aquello tan manido de «al fin solos» o algo por el estilo. Pero no lo hace, es demasiado creativo para eso. En su lugar dice:

—Tenemos mucho que hablar... —Remarcando el «hablar».

—¿Sí? —pregunto tímidamente.

—Sí —responde con rotundidad—. Tenemos mucho que contarnos. Han pasado muchas cosas desde que no nos vemos y habrá que comentarlo todo con mucho detenimiento —añade con ternura.

—Vale... —digo con una media risita. Con tal de escuchar esa voz, me quedo despierta toda la noche si hace falta.

Se acerca muy despacio a mí sin perder la sonrisa y... Solo os diré que estoy segura de que no habrá más interrupciones por hoy, lo demás lo dejo a vuestra imaginación.

Nota de la autora

*L*a idea para esta novela me vino por una anécdota. Había visto en un programa de televisión, de Canal Sur para ser más exactos, cómo probaban a la gente enfrentándola a determinadas situaciones. En uno de los casos, unas actrices dejaban abandonado a un perrito en una cafetería, después de comentar cómo lo habían maltratado. Una chica llamó enseguida a su padre porque tenía que llevárselo, no podía dejarlo allí. La rápida intervención de los presentadores del programa impidió que se lo llevara, al tiempo que le decían a la chica lo maravillosa que era por no quedarse indiferente. Se me quedaron esas imágenes en la mente hasta que pensé, ¿y si se lo hubiera llevado? Les agradezco la parte que les toca en la composición de esta obra. Solo comentar que esta anécdota es lo único basado en hechos reales de esta novela. El resto es pura ficción y en nada se parecen la chica ni los responsables de aquel programa con los aquí descritos. Aunque seguramente algún Alf ande suelto por el mundo.

En cuanto a las frases que aparecen en la novela, aquí os dejo de dónde son, por si tenéis curiosidad:

«Anoche soñé que volvía a Manderley», Daphne du Maurier, *Rebeca*.

«Eran las cinco de una madrugada de invierno en Siria», Agatha Christie, *Asesinato en el Orient Express*.

«Ya era de noche cuando K. llegó», Franz Kafka, *El Castillo*.

«... porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra», Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*.

La final de Wimbledon de 1981 fue la que jugaron Björn Borg y John McEnroe, con victoria del primero. La final de 2008 fue la que enfrentó a Rafa Nadal y a Roger Federer, y en la que Nadal se hizo con su primera copa de Wimbledon.

© 2020, May Bonner

Primera edición en este formato: febrero de 2020

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-55-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.